

LITERATURA RANDOM HOUSE

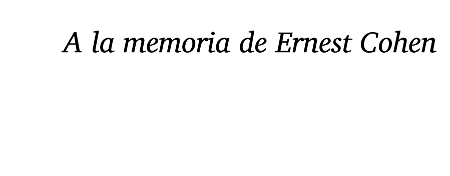
Un mundo modelo

Michael Chabon

Traducción de
Mariano Antolín Rato



www.megustaleer.com


A la memoria de Ernest Cohen

Más delicados que los de los historiadores son los colores de quienes hacen mapas.

Elizabeth Bishop

El autor está muy agradecido a Daniel Menaker, Douglas Stumpf, Mary Evans y Lollie Groth.

PRIMERA PARTE

UN MUNDO MODELO

S ANGEL

La mañana del día en que se casaba su prima, Ira se arregló, como de costumbre, con paciencia, esperanza y una meticulosidad que no pasaba nada por alto. Se puso los pantalones italianos de lana, la camisa de seda, los calcetines color rosa, que en su opinión le daban buena suerte en el terreno sexual, y una cazadora deportiva Willi Smith algo usada pero aún presentable. Se afeitó el entrecejo y dedicó unos minutos a limpiar el interior de su coche, un cupé japonés muy baqueteado y sin el más mínimo carácter que olía un poco mal. Siempre que Ira iba a algún sitio, tenía la esperanza de que allí conocería a la mujer de la que se había de enamorar de verdad. Atravesó Los Ángeles desde Palms a Arcadia, donde su prima Sheila iba a casarse en una sinagoga que le costó encontrar. Llegó con retraso, por lo que molestó a las personas sentadas en la parte de atrás, y su tía Lillian le pellizcó el brazo de modo bastante doloroso cuando se sentó junto a ella. Los asistentes eran austeros y conservadores, y, a medida que se desarrollaba la ceremonia, Ira se fue sumiendo en un tedio nostálgico y sintió añoranza de cosas que nunca podría volver a tener.

Durante la fiesta que siguió, en el salón de banquetes del viejo hotel El Imperio, en Pasadena, Ira buscó inútilmente a alguna de sus jóvenes primas más interesantes, como Zipporah, de Berkeley, que medía uno ochenta y jugaba en el equipo femenino de baloncesto de la universidad, o la tremenda Leah Black, que cuando eran niños, en dos ocasiones, le enseñó algo que ansiaba mucho ver. Sin embargo, tanto Ira como Sheila pertenecían a ramas de los Wiseman con mala reputación, por lo que pocos de sus parientes asistían a la boda. Todos los comensales de la mesa de Ira, excepto sus tías abuelas Lillian y Sophie, y el segundo marido de esta última, el señor Lapidus, eran

familiares del novio.

—Te hace falta una cazadora nueva —comentó tía Sophie.

—Lo que le hace falta es un *reloj* nuevo —bufó tía Lillian.

El señor Lapidus dijo que lo que le hacía falta era cambiar de barbero. Hubo una animada conversación en la mesa diecisiete cuando los mayores se pusieron a quejarse de los cortes de pelo contemporáneos, citando frecuentemente como ejemplo el del propio Ira, que era bastante extravagante. Ira los ignoró y se comió más de un kilo del carpaccio de salmón con limón y cilantro que los camareros iban ofreciendo de mesa en mesa, así como buen número de profiteroles rellenos de níscalos, champiñones y queso de cabra. Observó a los miembros de la orquesta, especialmente al saxo tenor, un negro de aspecto agradable con trenzas de rasta, y trató de imaginar qué pensarían de los anticuados chachachás que tenían que tocar. Observó a Sheila y a su flamante marido, que hablaban en susurros mientras bailaban, y realizó el mismo experimento. Sheila parecía bastante contenta —sonreía y se ruborizaba y se diría que estaba encantada de llevar aquel vestido deslumbrante—, pero no tenía aspecto de estar enamorada, o al menos no el que él imaginaba que debía tener una persona cuando lo estaba. Sus ojos parecían inquietos, vagamente preocupados, como si estuviera tratando de recordar quién era exactamente aquel hombre que le ceñía la cintura con los brazos, la echaba hacia atrás y le plantaba un beso en el cuello.

Mientras Ira observaba a Sheila y Barry abandonar la pista de baile, la mujer del vestido azul cruzó su mirada con la suya y la apartó inmediatamente. Estaba sentada con otras dos mujeres a una mesa, bajo una de las palmeras gigantes colocadas en macetas en el interior del salón de banquetes, al que en el hotel llamaban el salón Oasis, y que había sido decorado de acuerdo con este nombre. Cuando Ira le devolvió la mirada, notó un placentero calorcillo interno, como si acabara de tomarse un trago de whisky. Durante un instante la mujer pareció volverse miope, pero acto seguido adoptó una expresión vagamente desdeñosa. Llevaba el pelo rizado y teñido de rubio; sus labios, gruesos y rojos, eran tristes y manifestaban desaprobación, y

sus ojos, tal vez grises, o pardos, iban pintados a juego con su electrizante vestido. Una inmediata comprobación reveló que su cuerpo había envejecido mejor que su marchita cara, que, sin embargo, Ira encontró hermosa, y en la que, en la piel del cuello y alrededor de los ojos, creyó leer peleas domésticas y una triste experiencia y voluntad de probar suerte.

Ira se puso de pie y se acercó a la mujer con el pretexto de ir a la barra, un camino que exigía que pasase por delante de su mesa. Cuando lo hizo le lanzó otra larga mirada y escuchó por un instante su conversación. Tenía una voz suave y un tanto pesarosa; quizá por lo que les estaba diciendo a las mujeres que tenía al lado: algo desaprobador, le pareció a Ira, sobre las ínfulas de los abogados. En los agujeros de los lóbulos de sus orejas llevaba unos sencillos cilindros de oro. Ira pasó como un cometa junto a la mesa dejando tras de sí, o al menos eso suponía, una burbujeante estela de atractivo erótico y Eau Sauvage, pero la mujer no pareció fijarse en él, y cuando llegó a la barra se dio cuenta, para su sorpresa, de que de verdad le apetecía beber. Su cuerpo era impredecible y tenía tendencia a funcionar defectuosamente, así que, en consecuencia, bebía poco; pero en aquel bar no había que pagar, después de todo. Pidió un Sauza doble.

Había dos hombres hablando detrás de él mientras esperaban sus copas, e Ira se les acercó un poco, sin volverse, para escucharles mejor. Estudiaba cuarto curso de arte dramático en la Universidad de California en Los Ángeles y solía dedicarse a ejercicios tan valiosos para un actor como escuchar conversaciones, espiar y contar complicadas mentiras a sus compañeros de asiento de los aviones.

—Esa Charlotte era un putón de tomo y lomo —decía uno de los hombres, con el tono sedoso de un locutor de emisora de música clásica—. Y estaba pidiendo que se la follasen desde el culo a las cejas.

Tenía un levísimo acento de Nueva York.

—Cierto, muy cierto —dijo el otro, que por la voz parecía mayor y muy acostumbrado a dar obsequiosos consejos a los jóvenes—. No hay duda. Tenías que despedirla.

—¡Debería haberlo hecho el mismo día en que pasó! ¡Ja, ja, ja! ¡Debería haberla despedido en su propia cama! ¡Zas!

—Ciertamente. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ira!

Era su prima, la novia, resplandeciente y aún sofocada a causa del baile. Sheila tenía una larga cabellera, negra y rizada, unas pestañas espectaculares y una nariz que, como la de Ira, coqueteaba peligrosamente, aunque había que reconocer que con éxito, con la inmensidad. Ira pensó que tenía un aspecto realmente magnífico. En otros tiempos habían estado muy unidos. Sheila le pasó el brazo por el cuello y le besó en la mejilla. Ira notó su aliento cálido en la oreja.

—¿Qué bebes?

—Tequila —dijo Ira. Se volvió para echar una ojeada a los hombres de la barra, pero era demasiado tarde. Los había reemplazado una pareja de mujeres mayores con vasos altos vacíos y gigantescos pendientes de pinza.

—¿La puedo probar? —Sheila bebió un sorbo y torció el gesto—. Espero que sus efectos sean mejores que su sabor.

—No podrían ser mejores —dijo Ira, que bebió a su vez un buen trago y puso cara de éxtasis.

Sheila estudió su rostro, mordiéndose el labio. No se habían visto desde la tarde, hacía más de un año, en que ella le había llevado a ver una pesada y exasperante película soviética (*La sombra del amor uzbeko*, o algo así) en la universidad. Sheila buscaba, le pareció a Ira, señales de cambio.

—¿Sales con alguien? —dijo ella; había cierta tensión en su tono intrascendente.

—Con montones de gente.

—¡Vaya! ¿Quieres que te presente a alguien?

—No, gracias.

Las cosas habían sido un tanto incómodas aquella noche, recordó Ira, al volver a casa en coche desde Westwood. Sheila tenía uno de esos cochecitos italianos de dos asientos, capaces de llenarse muy rápidamente de tensión sexual, en particular ante un semáforo en rojo, con Marvin Gaye sonando en la radio y una prima guapa en el asiento

del conductor mordiéndose pensativamente un mechón de pelo. Ira, en una especie de arrebato, se había puesto a hablar sin saber por qué de Marx y George Orwell y el maccarthismo mientras rezaba para que el semáforo cambiara a verde; y cuando llegaron a su casa subió corriendo las escaleras camino de su apartamento y cerró la puerta a sus espaldas. Sacudió la cabeza, lamentando su falta de decisión, y vació el vaso de tequila.

—¿Quieres bailar? —dijo Ira.

Fueron a la pista y dieron unas vueltas lentamente a los compases de «Nunca volveré a ser la misma persona». Sentía a Sheila a la vez suave y almidonada dentro de su vestido de tafetán, gigantesca y ligera como el plumón.

—La verdad es que me gustaría presentarte a mi amiga Carmen —dijo Sheila—. Necesita conocer a un hombre agradable. Vive en la casa de al lado de la de mis padres, en Altadena. Su marido le pegaba, pero ahora están divorciados. Tiene unos ojos grises maravillosos.

Al oír esto, Ira se puso rígido y cayó en la cuenta.

—¿Está sentada allí, debajo de aquella palmera? ¿Es la del vestido azul?

—¡Ay! ¡Me has pisado!

—Lo siento.

—De modo que te fijaste en ella, ¿eh? Estupendo. Venga, Ira, pídele que baile contigo. Está muy sola, ¿sabes?

La información de que aquella mujer mayor que él tal vez aceptara encantada sus galanteos le desanimó y, en cierto modo, le hizo sentirse menos seguro de su éxito. Ira trató de encontrar una excusa plausible.

—Parece antipática —dijo—. Me lanzó una mirada terrible hace menos de cinco minutos. ¡Oh, hola! ¡Si es Donna!

—¡Donna!

Donna Furman, que vestía un elegante traje sastre de estambre gris, se acercó y besó a la novia, primero en la mano en que llevaba la alianza, luego en ambas mejillas, en un gesto que sorprendió a Ira, pues resultaba extrañamente papal y al tiempo totalmente de Hollywood. Donna empezó a decirle a Sheila lo guapa que estaba,

pero entonces se acercaron unas personas con cámaras fotográficas y se llevaron a la novia, de modo que Donna le tendió los brazos a Ira, y los dos primos se abrazaron. Llevaba el pelo corto y estirado hacia atrás con algo que olía a ozono y que crepitó como si hubiera sido electricidad estática contra la oreja de Ira. Donna era una pariente muy lejana y varios años mayor que él, pero como los Furman habían vivido en Glassell Park, no lejos de donde vivía la familia de Ira, en Mt. Washington, conocía a Donna de toda la vida, y se alegró de verla.

Esta sensación de alegría no estaba completamente justificada por la historia reciente, pues Donna, una chica con una lengua ingeniosa y una imaginación maquiavélica, se había convertido en una mujer encantadora pero poco de fiar, y si Ira se hubiera parado a pensarlo, habría recordado que tenía un par de cuentas pendientes con su primita en cuarto grado. Era muy guapa, de tez morena y lesbiana —lo cual no disimulaba—, y tenía un busto exuberante y una sonrisa deslumbrante. La vena de trapacería que había encontrado su expresión más pura en el abuelo de Sheila, Milton Wiseman, un fabricante de polvos para adelgazar y falsos afrodisíacos, corría con más finura pero no menos abundancia por la personalidad de Donna. Hablaba deprisa, tomaba drogas misteriosas y contaba historias divertidas sobre famosos, a los cuales aseguraba conocer. A pesar de que trabajaba en una de las grandes agencias dedicadas a descubrir talentos de Culver City, en el departamento de música, y sus ingresos eran diez veces superiores a lo que ganaba Ira como camarero y trabajando los veranos en el campamento judío de arte dramático de Idyllwild, le debía, cuando se dieron aquel cariñoso abrazo, trescientos veinticinco dólares.

—Esta noche podríamos ir a Santa Anita —dijo Donna guiñando uno de los húmedos ojos pardos que había heredado de su madre, superviviente de un campo de concentración y diseñadora de ropa en Hollywood, una mujer muy dulce que había tomado una sobredosis de somníferos cuando Donna todavía era adolescente. Los ojos redondos y tristes de Donna hacían imposible dudar de que en algún punto en lo más profundo de su interior se escondía un alma inteligente y

atormentada; en su trabajo esos ojos eran la carta que le daba todos los triunfos.

—Me encantaría —dijo Ira—. Podrías apostar por mí trescientos veinticinco dólares.

—¡Es verdad! ¡Se me había olvidado! —dijo Donna apretando la mano de Ira—. Tengo el talonario en el coche.

—He oído que has venido con una amiga, Donna —continuó Ira, que no quería que su prima pensara que era mezquino. Cuando Donna te apretaba la mano, siempre creaba un portento de ficciones y falsas certidumbres. Le gustaba tocar a la gente, lo que a Ira le parecía muy bien. Le encantaba que le tocasen—. ¿Dónde está esa pobrecita chica?

—Está allí —dijo Donna inclinando la cabeza hacia Ira como si lo que iba a decirle fuera una información confidencial, capaz de derribar un régimen político o acumular una fortuna en una sola tarde —. Allí, en aquella mesa, debajo de la palmera. Con esas otras dos mujeres. Es la alta del vestido de flores y la nariz puntiaguda. Se llama Audrey.

—¿Trabaja contigo? —dijo Ira, contento de tener una excusa para mirar abiertamente a Carmen, que estaba sentada a la derecha de la amiga de Donna y ahora le devolvía la mirada de un modo que, pensó él, no dejaba lugar a dudas. Flexionó los dedos de los pies unas cuantas veces dentro de sus calcetines rosa de la suerte. La amiga de Donna, Audrey, les saludó con la mano. Era guapa, llevaba un peinado caro y llamativo y tenía los ojos azules, aunque su nariz era tan puntiaguda como la de una marioneta.

—Vive en la misma casa que yo. Audrey está en lo más alto, en la cima, de una pirámide que se dedica a especular en Bolsa, con vitaminas. Tiene, digamos, no lo sé con certeza, diez mil inversores, desde Oxnard hasta Norco. Ven, te presentaré. —Cogió la manga de la cazadora de Ira, y entonces se fijó en el pequeño vaso vacío en su mano—. Espera, bebamos una copa. Yo invito. —Esto lo dijo sin la menor ironía—. ¿Qué tomas?

—Sauza. Doble.

—Un C. C. con agua y una corteza de limón, y un Sauza doble —le dijo al camarero—. El tequila da mala suerte con las mujeres.

—¿Ves a esa rubia que está sentada al lado de Audrey?

—¿Quién? ¿La de la boca antipática?

—Me gustaría tener mala suerte con ella.

—Aquí tienes —dijo Donna tendiéndole un vaso pequeño lleno hasta el borde de un líquido que anunciaba resaca y remordimientos —. Por lo que he oído, es un caso perdido. Un marido terrible. Está completamente ida. Se harta de tomar esas tabletas de beta-caroteno cada vez que tiene un problema, como si fuera una especie de dieta posdivorcio o algo así.

—Creo que le gusto.

Los dos se dirigieron hacia la mesa, pero se detuvieron para mantener una conversación en la pista de baile, debajo de la fronda de una rechoncha palmera. Desde que Ira tenía nueve años, Donna era su consejera sentimental.

—¿Cuántos años tienes, veintiuno?

—Casi.

—¡Esa mujer es mayor que yo, Ira! —Donna se dio unos golpecitos en el pecho—. No irás a enrollarte con alguien tan mayor. Necesitas a alguien que todavía conserve intactas sus ilusiones, o lo que sea.

Ira estudió a Carmen mientras su prima hablaba, y comprendió que era verdad lo que le decía. Todavía no se había enamorado hasta el grado en que se sentía capaz de hacerlo; nunca había escrito poemas de amor ni se había declarado por medio de metáforas veladas, ni había vendido su plasma sanguíneo para comprar champán ni flores, ni había espiado un buzón o una cabina telefónica o un determinado café, ni había gritado el nombre de su amada por las calles a las tres de la mañana sin preocuparse de los vecinos, y parecía posible que enamorarse de una mujer que estaba de vuelta de todo esto implicara privarse de muchos de los elementos puramente ornamentales de un primer amor, de sus festones y sus macasares, por así decirlo. Era evidente que Carmen estaba más que harta de esa clase de cosas. Y, sin embargo, era aquel aspecto suyo desilusionado y distante, aquellos estoicos ojos grises en medio de aquella cara encantadora y abatida, lo que más le atraía. Tal vez fuera un error enamorarse de ella, se daba cuenta; pero creía que todo gran amor, en cierta medida, era un

terrible error.

—Preséntamela, Donna —dijo—, y no tendrás que devolverme lo que me debes.

—¿Devolverte qué? —dijo Donna haciendo gala de su sonrisa halógena.

Era un caso perdido. El cenicero de terracota que tenía delante, en la mesa, con las palabras el imperio grabadas, estaba abarrotado de las delgadas colillas de sus pitillos, y el encendedor cuadrado que sujetaba con sus largos y encantadores dedos temblaba de modo evidente mientras soltaba un enorme y nervioso caos de humo. Sus grandes ojos grises estaban húmedos y tenían un color rosado, como si hubiera estado llorando menos de cinco minutos antes, y cuando Donna, al presentarle a Ira, apoyó una mano en su hombro, pareció como si Carmen fuera a empezar a llorar de nuevo, debido al sobresalto y a la inesperada suavidad de aquel contacto. Todo esto hubieran podido ser figuraciones de Ira, o hubiera podido tener una explicación distinta y plausible, pero al lado de Carmen, en la silla vacía donde él esperaba sentarse, estaba su bolso, abierto y boqueando, y una ojeada fue suficiente para convencerle de que Carmen era una mujer que iba a la deriva. Entre un amasijo de paquetes de pañuelos de papel de diversos colores, suficientes para decorar una carroza en alguna cabalgata, Ira distinguió un botellín de ginebra de unas líneas aéreas, una bolsa de plástico de pastillas de goma (todas negras), dos frascos inidentificables de medicinas, un mapa de carreteras arrugado y desgarrado, los restos de una barra de caramelo y un llavero en forma de brontosaurio, con una triste y solitaria llave. El mapa estaba tan doblado y tan mal plegado, que solo resultaban legibles las fragmentarias palabras s angel en una esquina.

—Carmen Wallace, te presento a mi adorable primito Ira —dijo Donna al tiempo que utilizaba la mano que no descansaba en el hombro desnudo de Carmen para dar un tirón a la mejilla de Ira—. Me pidió que os presentara.

—¿Cómo estás? —dijo Ira poniéndose colorado como un tomate.

—¡Hola! —dijo Carmen dejando su pitillo en la ranura del cenicero y extendiendo las puntas de los dedos hacia Ira, que hizo una pausa para canalizar toda su energía sexual al centro de la palma de su mano derecha; luego los estrechó. Eran blandos y desaparecieron al instante, como si el contacto con Ira la hubiera quemado.

—Esta es Audrey…

—¡Hola, Audrey!

—… y esta Doreen, que es… ¿amiga…? del novio.

Ira estrechó la mano de las dos mujeres y, una vez que Carmen puso su espantoso bolso en el suelo, a su lado, para hacerle sitio, se encontró en la envidiable posición de ser el único hombre en una mesa a la que se sentaban cuatro mujeres. Doreen llevaba un vestido de un amarillo vivo con un escote enorme; había acudido a la boda de su amigo Barry mostrando tan gran cantidad de su notable pecho, que Ira se preguntó cuál podía ser el motivo. Por lo demás, era más bien del montón y se reía de un modo desabrido y caballuno, pero se dedicaba a los negocios inmobiliarios, y Donna y Audrey, que tenían la intención de comprarse una casa, parecían tener muchas cosas que decirle. De modo que Ira y Carmen tuvieron que conversar por fuerza.

—Sheila me ha explicado que vives al lado de la casa de sus padres —dijo Ira.

Carmen asintió y volvió la cabeza para exhalar un prolongado chorro de humo. El contacto de sus ojos fue breve, pero él pensó que muy significativo. Quedaban aproximadamente unos siete centímetros de Sauza en el vaso de Ira, así que bebió cosa de centímetro y medio, calculando que el resto sería suficiente para intercalar cinco preguntas más. Ya empezaba a adivinar que hablar con Carmen no iba a ser fácil, pero opinaba que eso era un augurio excelente. Siempre había considerado que los ligues fáciles carecían de mérito a causa de su misma facilidad, y no le interesaban demasiado.

—¿Es esa casa grande de madera con una especie de… bueno, no sé… esas *cosas*, esos maderos, o lo que sean, que sobresalen por debajo de los tejados?

Abrió los dedos de una mano y los deslizó debajo de la otra hasta

que sobresalieron haciendo una tosca imitación de los aleros de las casas de estilo californiano. Al norte de la de los padres de Sheila había una casa muy grande de ese estilo que él siempre había admirado.

Otro signo de asentimiento. Carmen tenía la costumbre de abrir mucho los ojos, y lo hacía tan a menudo, que casi era un tic. Ira se preguntó si no sería que le resbalaban las lentillas.

—Es una Hetrick y Dewitt —dijo ella amargamente, como si fueran los dos epítetos más tristes que se le pudieran aplicar a una casa. Aquellas eran las primeras palabras que le había dirigido, y, aunque no sabía de qué le estaba hablando, Ira intuyó que encerraban toda una historia. Tomó otro sorbo de tequila y asintió condescendiente.

—¿Vives en una casa de Hetrick y Dewitt? —dijo Doreen, que había interrumpido su conversación con Donna y Audrey para estirarse por encima del regazo de Audrey y darle a Carmen un golpecito en el brazo. Parecía asombrada—. ¿En cuál de ellas?

—Es esa enorme y pretenciosa de Orange Blossom, en Altadena —dijo Carmen apagando el pitillo. Soltó un suspiro muy cáustico y se levantó; era más alta de lo que Ira pensaba. Después de haberse puesto de pie de un modo bastante teatral, parecía insegura de lo que debía hacer a continuación y permaneció de pie vacilante sobre sus altos tacones azules. Era evidente que pensaba que había cometido un error al ir a la boda de Sheila, pero eso era lo único que parecía capaz de hacer, y al cabo de un momento volvió a dejarse caer lentamente en su silla. Ira se sintió muy triste por Carmen y trató de pensar en algo que pudiera arrancarla de permanecer sentada con aquel aire tan abatido. Entonces la orquesta empezó a tocar «Noche y día», y, casualmente, Ira miró hacia la mesa donde había dejado a sus tías. El señor Lapidus estaba levantando a su tía Sophie de la silla tirándole del brazo. Iban a bailar.

—Carmen, ¿te apetecería bailar? —dijo Ira sonrojándose y flexionando los dedos de los pies.

Su réplica no fue más que un susurro, e Ira no estaba seguro de haberla entendido bien, pero le pareció que había dicho:

—Bueno.

Se dirigieron andando por separado hasta la pista de baile y se volvieron el uno hacia el otro. Durante un terrible momento se quedaron quietos, marcando el ritmo con sus dubitativos pies. Pero los dos vejestorios describían un lento arco en dirección a Ira, y, finalmente, con objeto de anticiparse a cualquier observación embarazosa del señor Lapidus, que era famoso por su ironía, Ira tendió los brazos para sujetar a Carmen por la cintura y la mano, y dio vueltas con ella por el amplio suelo de parquet del salón Oasis. Era una canción antigua, y forzosamente tenían que bailar enlazados.

—Bailas bien —dijo Carmen sonriendo por primera vez desde que Ira la conocía.

—Gracias —dijo Ira. De hecho, era un bailarín competente, pues su madre, preparándole para un destino fantástico y anticuado, le había enseñado algunos de los viejos bailes. Carmen bailaba maravillosamente, e Ira comprendió, encantado, que en cierto modo había dado con la actividad que la alejaría, al menos durante unos momentos, de la melancolía de su beta-caroteno y sus pastillas de goma—. También tú.

—Trabajé en el Arthur Murray de La Cienega —dijo Carmen bajando un poco la mano por la espalda de Ira—. De eso hace quince años.

Este pensamiento aparentemente soñador pareció revivir un poco su tristeza habitual, y Carmen adoptó la lejana y vacía expresión de una bailarina de baile taxi y se volvió pesada en sus brazos. El movimiento de sus piernas se hizo abiertamente cuidadoso y exacto. Ira trató de buscar un tema de conversación, para distraerla, pero todas las preguntas que se le ocurrían tenían que ver, al menos en algún aspecto, con *ella*, y comprendía que cualquiera de las que le hiciera la volvería a sumir, a pesar de su seguro uno-dos, en una irrevocable tristeza. Por fin la burbuja de silencio entre ellos se hizo tan grande, que Ira, impotente, se vio forzado a reventarla.

—¿Dónde pasaste la infancia? —dijo, y apartó la vista mientras le hablaba.

—En hoteles —dijo Carmen, y eso fue todo—. No me parece que Sheila sea feliz, ¿no crees?

Tosió, y entonces la canción se interrumpió bruscamente. El director del conjunto dejó la trompeta, se llevó el micrófono a la boca y anunció que dentro de breves momentos iban a cortar la tarta nupcial.

Cuando volvieron a la mesa, un hombre guapo y alto, de pelo negro que ya empezaba a clarearle, con un hoyuelo en la barbilla y ojos verde claro, estaba de pie detrás de la silla desocupada de Carmen, apoyado en el respaldo y hablando con Donna, Audrey y Doreen. Llevaba un elegante traje de estambre de corte europeo, una corbata de cachemira morada y azul celeste, una camisa blanquísima, resplandeciente, y un pequeño diamante en el lóbulo de la oreja izquierda. Tenía la nariz larga, más aún que la de Ira, y de una forma complicada, como la hoja de una herramienta muy especializada, la cual dominaba su cara de un modo que hacía que el propio hombre pareciese dominador. La brillante tela de la chaqueta de su traje se tensaba sobre los músculos de sus hombros. Cuando Carmen se acercó a su sitio de la mesa, el hombre apartó la silla para que se pudiera sentar. Ella le dio las gracias con una sonrisa llena de felicidad y asombrosamente sensual, y, cuando se sentó, el hombre miró, con una refinada audacia que hizo que Ira se estremeciera de envidia, hasta lo más hondo del pronunciado escote de su vestido.

—Carmen, Ira —dijo Doreen—, os presento a Jeff Freebone.

Cuando Doreen les presentó al guapo señor Freebone, toda la abundante piel de su cuerpo que era visible adquirió un intenso tono rojo que tiraba a anaranjado. La diestra de Ira se desvaneció durante un momento en el fuerte apretón de la morena mano de Freebone. Ira miró a Donna, esperando ver al menos algún signo en su mirada de lesbiana, tan frecuentemente cínica, de que ella no estaba impresionada, pero su prima tenía la misma expresión arrobada y los mismos ojos brillantes que Doreen y Carmen, e incluso Audrey, e Ira comprendió que Jeff Freebone debía de ser muy, pero que muy rico.

—¿Cómo te va, Ira? —dijo Freebone con una suave y uniforme voz de barítono y un leve acento de Nueva York, e Ira advirtió, con cierto

sobresalto, que era aquel hombre tan grosero de la barra que había despedido a una infortunada mujer llamada Charlotte en su propia cama.

—Jeff trabajaba en la misma oficina que Barry y yo —le explicó Doreen a Carmen—. Ahora tiene su propia empresa.

—La Agencia Inmobiliaria Freebone —dijo Carmen con una animación que contrastaba con la melancolía que había mostrado toda la tarde—. He visto los carteles en algunas casas, ¿no es así?

—Y paneles gigantes —dijo Donna—. Y anuncios en la tele.

—¿Qué tal fue la boda? —quiso saber Jeff. Rodeó a Carmen y se sentó en la silla vacía que había junto a ella sin hacer caso de Ira, quien se quedó de pie a un lado sin apartar los ojos de su prima Donna, que, evidentemente, se había olvidado por completo de él—. ¿Se metieron en una tienda, o lo que sea, y rompieron el espejo o lo que tuvieran que romper?

Ira quedó sorprendido durante un momento, y contento, ante aquel alarde de ignorancia, pues había tomado a Jeff por judío. Luego recordó que muchos de los amigos que Donna tenía en Hollywood hablaban de aquel modo informal y juguetón tanto si eran judíos como si no, desde ex animadoras deportivas de Ames, Iowa, hasta hombres que se llamaban Lars.

—Fue rara —dijo Carmen, sin explicar por qué (ni siquiera Jeff Freebone, al parecer, podía conseguir que dejara su laconismo), y la absoluta conformidad con que fue recibida esta afirmación por parte de los ocupantes de la mesa sorprendió a Ira. Se volvió para buscar a Sheila entre los cientos de caras que llenaban el salón Oasis, deseoso de ver si se encontraba bien, pero no la pudo distinguir. Había una pequeña multitud reunida alrededor de la gigantesca tarta en el extremo más alejado del salón, pero no parecía que la novia formara parte de ella. Rara… ¿Qué había tenido de rara? ¿Acaso Sheila no estaba enamorada, a fin de cuentas, del hombre con el que se había casado dos horas antes? Ira siguió el ritmo de la música con el pie, tímidamente, dando a entender que continuaba buscando a Sheila con la vista, aunque la verdad era que ya no buscaba a nadie. Estaba anonadado por la rapidez con que se había esfumado su aventura

amorosa con la triste y hermosa mujer de sus sueños, y, de pronto (el tequila que había bebido empezaba a traicionarle), le asaltó la idea de que no solo era muy posible que él nunca encontrara a la mujer que ansiaba hallar, sino que era más que probable que nadie diera con ella jamás. La conversación de la mesa se centraba en el mundo imaginario y vertiginoso de las propiedades inmobiliarias. Por fin, Ira tuvo que coger una silla cercana y sentarse.

—Podría conseguirte tres mil por ella, incluso sin haberla visto —dijo Jeff Freebone. Se había echado hacia atrás en su silla y tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—Vale muchísimo más —dijo Donna dándole un codazo en las costillas a Carmen—. Es una obra de arte, Jeff.

—¡Es de Hetrick y Dewitt! —exclamaron las cuatro mujeres al unísono.

—Tienes que verla —dijo Doreen.

—Muy bien, entonces veámosla. Os llevaré en mi Rover, cabemos todos. Llevadme a verla.

Hubo un momento de duda, durante el cual las cuatro mujeres parecieron considerar los dictados del decoro y las posibles implicaciones de la propuesta expedición a ver la casa que tanto detestaba Carmen.

—De todos modos, en estos banquetes la tarta siempre sabe a cartón —dijo Doreen.

Esto pareció decidirlas, y siguió un arrastrar general de sillas y una recogida no menos general de chales veraniegos.

—¿No vienes? —susurró Donna inclinándose para hablarle al oído a Ira, que se había derrumbado en su silla en una postura abatida y cómoda. Los otros ya se alejaban camino de la salida del salón Oasis. Ira le puso mala cara.

—Venga, Ira, ven. Ella necesita un corredor de fincas, no un amante. Además, es demasiado mayor para ti. —Le puso los brazos alrededor del cuello y le besó en la coronilla —. Vale, gruñón. Ya te llamaré.

Se abrochó la chaqueta de estambre gris y le volvió la espalda girando sobre un tacón.

Cuando Ira llevaba varios minutos solo en la mesa, acariciando la vaga esperanza de que su tía Lillian notara su desolación y le llevara un trozo de tarta o un pastelillo y una buena ración de sus reconfortantes tópicos, se fijó en que Carmen se había dejado olvidado el bolso, lo cual, bien mirado, no tenía nada de sorprendente. Se levantó de su silla y lo recogió. Durante un momento miró su contenido, inquieto, a su pesar, por la intimidad de aquel acto, como si estuviera leyendo el diario de una mujer o metiendo la mano en el interior de su zapato vacío. Luego recordó su decepción y su enfado, y su mano se cerró en torno a uno de los frasquitos de píldoras, que se guardó rápidamente en el bolsillo.

—Ira, ¿has visto a Sheila?

Ira soltó el bolso y se volvió como impulsado por un resorte. En efecto, era su tía Lillian, pero tenía aspecto preocupado y no parecía haber visto lo que él acababa de hacer. No paraba de tirar de los flecos de su extravagante chal estampado con vivos colores.

—Últimamente no —dijo Ira—. ¿Por qué?

Tía Lillian le explicó que alguien, que había bebido demasiado, le había pisado la cola del vestido, desgarrándoselo un poco, lo cual, al parecer, la había molestado mucho, pues había desaparecido y nadie sabía dónde estaba. Ya habían mirado en los lavabos y los vestíbulos del hotel. Hacía un cuarto de hora que deberían haber cortado la tarta.

—Yo la encontraré —dijo Ira.

Salió al fresco y espacioso vestíbulo y lo cruzó varias veces, acompañado por el repiqueteo de sus tacones en el suelo de mármol y el susurro de las suelas de sus zapatos en las alfombras persas. Subió luego por una maciza escalinata de roble hasta el entresuelo, donde cruzó un par de puertas de cristal que conducían a una terraza que dominaba la resplandeciente piscina. Allí la encontró, encogida en una esquina de la terraza como una flor marchita. Se había quitado la guirnalda del pelo y la hacía girar delante de su cara con la melancólica fascinación de un niño. Cuando notó la presencia de Ira,

se volvió, y, al verle, hizo una mueca como si fuera a echarse a llorar, algo que él casi no pudo soportar. Se dirigió hacia ella y se sentó a su lado en el suelo de la terraza.

—¡Hola! —dijo.

—¿Todavía siguen ahí todos esos idiotas?

—Supongo que sí. Me enteré de lo de tu vestido. Lo siento de verdad.

—No importa. —A través de las columnitas de la balaustrada, Sheila contempló el gran sol rojo que se ponía sobre Santa Mónica. Los últimos días había llovido mucho, y el aire estaba conmovedoramente claro—. Una se siente como... no sé... una muñeca grande y estúpida, o algo así, a la que llevan de un lado para otro.

Ira se acercó un poco más a su prima, que apoyó la cabeza en su hombro y suspiró. El contacto de su cuerpo fue tan agradable y sorprendente, que Ira se asustó y se puso a toquetear el frasquito que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué es? —dijo ella al oír el débil sonido.

Ira sacó el frasquito y lo alzó contra la luz del atardecer. No tenía etiqueta.

—Se lo quité, más o menos, a tu amiga Carmen.

Sheila se las arregló para sonreír.

—¡Ah! ¿Cómo te fueron las cosas? Te vi bailando.

—No es para mí —dijo Ira. Quitó el tapón del frasquito y lo vació en su mano. Sólo quedaban dos píldoras, pequeñas, de color rosa, en forma de coma: dos pequeñas lágrimas rosadas—. ¿Tienes idea de lo que son? ¿Podrían ser de beta-caroteno?

Sheila negó con la cabeza y extendió una mano, con la palma hacia arriba. Al principio, Ira creyó que quería que le pusiera una de las píldoras, pero ella volvió a negar con la cabeza; cuando su mano estrechó la de Sheila, esta asintió.

—¡Ira! —dijo con tono de profundo abatimiento mientras acercaba su boca de recién casada a la de él. Justo antes de besarla, Ira cerró los ojos, se llevó la mano a la boca y tragó con decisión.

—¡Cariño! —dijo Ira.

OCEAN AVENUE

Si alguien todavía es capaz de comprender las razones que le indujeron a amar a una persona en determinado momento de su vida es que sigue enamorado de ella; un amor extinguido es siempre absolutamente incomprensible. Un buen día, no hace mucho, en Laguna Beach, California, un arquitecto que se llamaba Bobby Lazar fue al centro a tomar un café en el Zinc con su amigo Albert Wong y la nueva mujer de este, Dawn (que, muy sensatamente, había conservado su apellido de soltera). Albert y Dawn todavía estaban en ese período de asombro total que sigue a una boda: intercambiaban sonrisas como dos personas que hubieran sobrevivido a un accidente aéreo sin un arañazo y se toqueteaban con frecuencia, encantados de seguir vivos. Lazar no era cínico y deseaba lo mejor para ellos, pero también llevaba solo mucho tiempo, y su felicidad le desazonaba un tanto. Albert había traído un ejemplar reciente de *Science*, en el que había publicado un trabajo sobre la teoría de las cuerdas, y cuando Lazar buscaba el nombre de su amigo en el índice de la revista distinguió a Suzette, vestida como si viniera del gimnasio y con aspecto de pesar unos treinta y cinco kilos, que cruzaba la calle en dirección al café.

Suzette siempre había sido demasiado delgada, pero en la época de su relación Lazar estaba convencido de que le gustaban las mujeres de hombros huesudos. También tenía una espalda esquelética, recordó de repente, además de una nariz puntiaguda, y siempre —lo que se dice *siempre*— estaba a régimen, aunque era poco comedora por naturaleza, y hacía aerobic y corría ocho kilómetros diarios. Su cara parecía hundida y en cierto modo hombruna, como suele ocurrir con las caras de la mayoría de las mujeres que hacen demasiado ejercicio, pero su semblante relucía y tenía un enloquecido y aeróbico brillo en

los ojos. Se había hecho la permanente desde la última vez que la había visto, y su cabello se proyectaba alrededor de su cabeza formando un halo de dorados rizos prerrafaelistas; parecía la inocente doncella de Astolat, blanca como la azucena, eufórica gracias a las endorfinas. Un amigo había dicho una vez que era de esas mujeres que provocan accidentes de tráfico cuando andan por la calle, y lo cierto fue que, cuando llegó a la terraza del café, un hombre que pasaba en bicicleta cometió el error de seguirla con la vista durante un momento y casi chocó contra la puerta abierta de un coche que estaba aparcado.

—¿No es esa Suzette? —dijo Al.

Resultaba que Albert era el único de los amigos de Lazar que después del juicio se había negado a comportarse como si Suzette nunca hubiera existido, y a menudo le preguntaba por ella con su estilo directo, de físico, levantando una ceja con gesto escéptico. Es innecesario decir que a Lazar no le gustaba que se la recordaran. En el curso de su relación, bien lo sabía, había sido tremendamente voluble, mostrándose tacaño y despilfarrador, taciturno y vehemente, insociable y excesivamente amistoso, prodigando tanto los gestos amables como las indirectas más punzantes —se había comportado como un estúpido, en resumen—, y temía haber tratado muy mal a Suzette. Fue probablemente la íntima convicción de esto —por mucho que le costara reconocerlo—, más que cualquier otra consideración, lo que le llevó a decirse, en el momento en que volvió a verla, que ya no estaba enamorado de ella.

—¡Vaya, vaya! —dijo Dawn al recordar quién era Suzette.

—No tengo nada que temer —dijo Lazar. Cuando pasaba, la llamó—: ¡Suzette! —Se sentía extrañamente invulnerable a sus todavía evidentes encantos, y pronunció su nombre con la ligereza y el leve tono de burla de alguien que en un avión abarrotado llama a una azafata atractiva pero algo mayor—. ¡Eh, Suze!

Pero ella llevaba un walkman, con los auriculares a todo volumen, y pasó ingrávida ante ellos como impulsada por un oleaje de Chaka Khan y Rufus.

—¿No te ha oído? —dijo Albert, que parecía sorprendido. —No,

sabio autor de las «Cinco Útiles No Implicaciones de la Teoría de las Cuerdas», no me ha oído —dijo Lazar—. Llevaba los *cascos* puestos.

—Creo que fingió. —Albert se volvió hacia su mujer y le preguntó su opinión, como está mandado—: ¿No te pareció que le había oído? ¿No parpadeó?

—Ahí la tienes, Bobby —dijo Dawn señalando hacia la entrada del café. Como era una hermosa mañana de diciembre, estaban sentados en la terraza, y Lazar daba la espalda al Zinc—. Hace cola.

A decir verdad, no le apetecía hablar con ella, pero la presencia de Albert y Dawn, en cierto modo, le obligaba a hacerlo. Cierta tiranía de que no debe rehuirse el contacto con la gente azota esa parte del mundo, así como una especie de obligación moral de comportarse siempre como si uno aún estuviera yendo al psiquiatra pero realizara grandes progresos, y las reglas del comportamiento políticamente correcto parecían exigir que Lazar no disimulara y se alejara de la mesa con la cabeza detrás de un periódico —como habría hecho de haber estado solo— para irse a casa a ver la cadena de información meteorológica o la de compras por teléfono durante tres horas con un pack de doce cervezas mexicanas tras descolgar el teléfono. Lazar se volvió y miró a Suzette con más atención. Llevaba una de esas combinaciones de leotardos y mallas brillantes, opalescentes, de amazona intergaláctica, que parecen hechas con materiales extraterrestres y se diría que más que realzar el cuerpo femenino lo protegen de los rayos gamma y el letal polvo estelar. Lazar volvió a pronunciar su nombre, más alto, a gritos, desde el otro lado de la soleada terraza. Suzette parecía todavía más delgada de espaldas.

—¡Ah, Bobby! —dijo por fin quitándose los auriculares, pero sin dejar su puesto en la cola del café.

—¡Hola, Suze! —dijo él. Se saludaron educadamente con la cabeza, y eso hubiera podido ser todo. Al cabo de un segundo o dos, ella inclinó la cabeza, como disculpándose a medias, sonrió con cierta irritación, y se volvió a poner los auriculares (o *cascos*, recordó Lazar, término que no le gustaba nada) en las orejas.

—Tiene un aspecto espléndido —les dijo Lazar, dándoselas de magnánimo, a Albert y Dawn sin apartar los ojos de Suzette.

—Me parece que está demasiado delgada, como consumida —dijo Dawn, a la que sin duda le sobraban cinco

o seis kilos. —Está la mar de bien —dijo Al—. Diría que tiene mejor aspecto que nunca. —Sabía que dirías eso —le soltó Lazar—. Lo haces para molestarme.

Ahora también él se sentía irritado. El recuerdo de sus últimos días juntos le invadía de nuevo, a pesar de todos sus heroicos esfuerzos durante aquellos meses por olvidarlos. Pensó en el fin de semana que siguió a aquella crítica demoledora de su restaurante en el *Times* (tenía un restaurante de cocina balear en San Clemente que se llamaba Ibiza); el crítico había elegido su pobre decoración interior de estuco y la paella mallorquina de Suzette, en concreto, como objeto de sus implacables comentarios. Dado que eran precisamente los dos puntos sobre los que habían discutido como el perro y el gato durante los días que precedieron a la inauguración del restaurante, la crítica desfavorable fue como una bala explosiva contra su ya tambaleante relación, y Suzette se puso hecha una fiera. No apareció por casa ni por el Ibiza durante todo el día siguiente —de modo que el pobre e hipersensible José tuvo que ocuparse solo de la cocina—, y se sumió en una especie de arrebato de ejercicio físico. Trabajó a fondo en el gimnasio, acudió a la clase de Zahava y, para rizar el rizo, hizo el viaje de ida y vuelta a El Toro en bicicleta. Cuando por fin volvió a casa, se encontraba en un violento estado de excitación hormonal y sufría la alucinación de que podía levantar pesas de quinientos kilos y romper a mordiscos barras de acero tratado con vanadio. Pretendía que Lazar la había llevado a la bancarrota, entre otras acusaciones injuriosas y falsas, así que salió a tomar una cerveza para librarse de sus recriminaciones. Cuando volvió, varias horas después, Suzette se había marchado, llevándose *solo las cosas de él*, igual que si hubiera advertido de repente una desigualdad fundamental en su relación —por ejemplo, que los hubieran cambiado al nacer— y estuviera intentando rectificarla obrando de aquel modo.

Esta pérdida, aunque dolorosa, Lazar la hubiera podido soportar de no haber incluido su colección de recuerdos de William Powell, que había llegado por aquel entonces a su punto culminante e incluía

desde los zapatos que llevaba en *Matando en la sombra* hasta el mismísimo guión que utilizó el gran actor durante el rodaje de *¿Quién la mató?*, amén de una carta de 1934 en que Dashiell Hammett le felicitaba por su interpretación de Nick Charles, carta que Lazar se las había arreglado para conseguir de un sobrino nieto de Powell solo minutos antes de que los buitres del archivo epistolar de la Universidad de Texas trataran de hacerse con ella. Suzette vendió toda la colección, y por bastante menos de lo que valía, a Kelso McNair, un tipo realmente repugnante de Lawndale, que se limitó a añadirla a su vasto repertorio de recuerdos de Mirna Loy y la guardó bajo siete llaves en su cámara acorazada. Como venganza, a la mañana siguiente Lazar fue a la caja de seguridad que compartían en Dana Point, sacó las seis muñecas Barbie de 1958 y 1959 de Suzette, y las vendió a una tienda para coleccionistas de juguetes de Orange por poco menos de cuatro mil dólares, lo cual fue la causa de la primera demanda judicial que Suzette presentó contra él.

—¿Por qué te has puesto tan colorado, Bobby? —dijo Dawn.

—¡Oh! —dijo él sin tratar siquiera de parecer sincero—. Acabo de recordar que tengo una cita.

—Hasta la vista, Bobby —dijo Al.

—Hasta pronto —dijo él, pero no se levantó.

—No tienes por qué seguir mirándola —continuó Al, razonablemente—. Puedes mirar a la gente que pasa por la calle, o a mi encantadora y flamante esposa, ¿verdad, cariño?, y hacer como si Suzette no estuviera ahí.

—Ya lo sé —dijo Lazar sonriéndole a Dawn, y luego volviendo a clavar la vista en Suzette—. Pero me gustaría hablar con ella. Aunque tampoco es que tenga demasiadas ganas.

Y tras decir esto se levantó de la silla y se dirigió, aparentando toda la tranquilidad que pudo, hacia ella. Siempre le había molestado atravesar los espacios públicos, y nunca lo hacía sin sentirse bastante avergonzado y convencido de que llamaba la atención, como si estuviera subiendo a una tarima improvisada en un salón para recibir el diploma de una academia de dudosa reputación dedicada a la formación de agentes de la propiedad; le preocupaba que sus

pantalones estuvieran demasiado ajustados, que sus andares fueran tensos y torpes, que las manos le colgaran a los lados como las de un mono. Ahora Suzette solo tenía una persona delante en la cola y estudiaba el menú, aunque Lazar estaba convencido de que aún podría predecir exactamente qué iba a pedir: un descafeinado con leche y una ración de *frittata* con dos cucharaditas de salsa de pepino. Se le acercó por detrás y le dio unos golpecitos en el hombro; pretendía que los golpecitos resultaran desenfadados y amistosos, pero, como era de esperar, se le fue la mano y parecieron otras tantas muestras de la inoportuna brusquedad de un hombre que tenía una cuenta pendiente que saldar. Suzette se volvió con una mirada más enfadada que la de antes, y cuando vio de quién se trataba, se formaron numerosas arrugas en los rabillos de sus deslumbrantes ojos verdes.

—¿Cómo te va? —dijo Lazar arriesgándose a apoyar la mano en el hombro de Suzette, donde, como si se estuviera aproximando al punto *c*, rápidamente pareció adquirir una enorme masa. Era tan consciente de su mano en el húmedo y sólido hombro, que no escuchó las primeras palabras de la muchacha y por fin tuvo que retirarla, sonrojándose.

—... estupendamente. Todo va bien, mejor que nunca —estaba diciéndole Suzette, que había bajado la vista al lugar de su hombro donde había estado la mano de Lazar. Si hubiera dejado una pechuga cruda de pollo allí y luego la hubiera retirado, la expresión de la joven no habría sido más perpleja. Suzette le volvió la espalda—. ¡Hola, Norris! —le dijo a la lesbiana que atendía el mostrador—. Solo un café exprés.

—¿Estás a régimen? —dijo Lazar, que notó que su sonrisa se volvía tensa al hacerle esta pregunta.

—No tengo hambre —dijo ella—. Tú pesas unos kilos más.

—Puede que tengas razón —dijo él, y se dio unos golpecitos en el estómago. Desde que había tirado la báscula Borg del cuarto de baño, propiedad de Suzette, junto con el resto de sus pertenencias (con lo que había dejado el apartamento prácticamente vacío), no tenía idea de cuánto pesaba, y, mientras seguía sonriéndole a su ex amante, pensó que, francamente, por lo que a él se refería, le importaba un

comino—. Probablemente he engordado. Tú pareces más delgada que nunca, Suze.

—Aquí tienes tu café exprés —dijo Norris, que le sonreía de un modo bastante raro a Lazar, como si fueran viejos amigos, lo cual hizo que se sintiera confuso hasta que recordó que, justo después de que Suzette le dejara, había conocido a Norris en una fiesta en Bluebird Canyon, y habían mantenido una breve y amarga conversación de borrachos sobre lo que se siente cuando te deja una mujer, y Lazar la impresionó al declarar, con aire de experto, que te sientes como si al volver a casa te encontraras con que tus pertenencias más queridas y más preciosas se las habían vendido a un tipo de Lawndale.

—¿Qué hay del dinero que me debes? —dijo él. La pregunta surgió de su boca casi sin que se diera cuenta, y aunque añadió un rápido ¡ja, ja, ja! al final, tenía la mandíbula apretada y debía parecer como si estuviera a punto de darle un puñetazo.

—¡Bah! —dijo Suzette, que pasó por su lado sin rozarle—. Me tengo que ir, Bobby. ¡Adiós!

Hundió la barbilla en el pecho y, con la cabeza gacha, se alejó como si se adentrara en una tormenta.

—¡Espera! —dijo él—. ¡Suzette!

Se volvió hacia Lazar, que acababa de salir a la terraza, tensó los hombros y le mantuvo a raya con su taza de café.

—Ya no tengo nada que ver contigo, Bobby Lazar —dijo—. Colleen dice que ya he tenido bastante que ver contigo.

Colleen era la psiquiatra de Suzette. Habían ido juntos a su consulta durante un tiempo, y Lazar la despreciaba y la temía, y lo mismo le pasaba con sus consejos, expresados en una jerga incomprensible.

—Lo siento —dijo—. Trataré de ser... bueno, comedido. Te lo prometo. Lo que pasa es... no sé. ¿Qué tal si nos sentamos?

Se volvió hacia la mesa donde había dejado a Albert, Dawn y su taza de café, y descubrió que sus amigos se habían levantado y estaban recogiendo las bolsas de la compra y poniéndose los jerséis.

—¿Os vais? —dijo.

—Si volvéis a vivir juntos —dijo Albert—, todos os van a hacer el vacío. Se acabó. Va a ser algo digno de verse.

—¡Albert! —dijo Dawn.

—Eres un hombre enfermo, Bob —dijo Albert. Estrechó la mano de Lazar y sonrió—. Estás enfermo, y te gustan las mujeres enfermas.

Lazar le maldijo, besó a Dawn en las dos mejillas y se rió nerviosamente.

—¿Qué le pasa, está borracho? —le oyó decir a Dawn antes de que quedaran lejos del alcance de su oído, y, de hecho, cuando se volvió hacia la mesa de Suzette, de repente le pareció que el mundo era más alegre y menos opresivo, y que el cielo presentaba insólitos matices de color violeta en los bordes.

—¿Es esa la nueva mujer de Al? —dijo Suzette. Les dijo adiós con la mano cuando se alejaban calle abajo—. Es guapa, pero necesita hacer trabajar los muslos.

—Creo que ya se los hace trabajar Al —dijo él.

—¡Chist! —dijo Suzette.

Se volvieron a sentar y se miraron el uno al otro cautelosamente y con placer. Las circunstancias en las que se separaron habían sido tan tensas y poco amistosas, que encontrarse sentados allí, en una terraza de bar bañada por el sol, ante dos tazas de café, parecía tan emocionante como si estuvieran transgrediendo algún poderoso tabú. Todos, desde sus psiquiatras hasta sus padres, sin olvidar al propio tribunal de Orange County, les habían advertido, rogado e incluso ordenado que se mantuvieran lejos el uno del otro; y, sin embargo, allí estaban, a la vista de todos, sonriendo sin parar. En su relación habían fallado muchas cosas, pero, infortunadamente, la mutua atracción física no era una de ellas, y Lazar notaba que una vieja serpiente, familiar y tiránica, se estaba desenroscando en las profundidades de su cueva darwiniana.

—Me alegro de verte —dijo Suzette.

—Estás muy guapa —dijo él—. Me gusta lo que te has hecho en el pelo. Parece un Millais.

—Gracias —dijo ella, sin demasiado entusiasmo; todavía no estaba dispuesta a volver a escuchar su halagadora cháchara. Frunció los labios y le miró de un modo casi quirúrgico, como si fuera a asestarle un golpe precioso con un hacha muy pequeña. Dijo—: La semana

pasada pusieron *Juicio contra un aprovechado*.

—Ya lo sé —dijo él. Estaba impresionado y extrañamente afectado—. Es bastante atrevido por tu parte sacar a relucir eso. Teniendo en cuenta lo que pasó.

Suzette dejó la taza sobre la mesa con energía, y Lazar se fijó en su bíceps derecho.

—Conseguiste más que yo —dijo—. ¡Las vendiste por seis mil dólares! Yo solo conseguí cinco mil cuatrocientos noventa y cinco, así que no te debo nada.

—Solo me dieron cuatro mil, ¿no te acuerdas? —dijo él. Notó que se ruborizaba—. Salió a relucir… bien, en el juicio… ¿no te acuerdas? Yo… bueno, mentí.

—Así fue —dijo ella, lentamente. Puso los ojos en blanco y se mordió el labio, al recordar—. Mentiste. Cuatro mil. Valían el doble.

—Muchas de ellas casi no tenían pelo o les faltaban miembros —dijo él.

—¡Eres un cerdo! —Sacudió la cabeza con gesto decidido al decirlo, y sus rizos rubios crujieron como un vestido. Dado que antes solía llamarle cerdo con delicadeza y ternura, aquello no alarmó a Lazar—. Vendiste mis muñecas… —dijo como si estuviera soñando, aunque, claro está, lo sabía muy bien, y desde hacía mucho tiempo, solo que ahora, se daba cuenta Lazar, volvía a recordar las cosas terribles que se habían dicho, las aburridas y lascivas miradas de reojo de los abogados, la desagradable cantinela con que el juez del condado rechazó todas las demandas y contrademandas de ambos, el día en que se habían visto por última vez en el vacío local que había sido su restaurante, entre los aparatos desconectados, los cables al aire, los trozos de escayola en el suelo, el rencor que desde un principio había sido el constante compañero de su amor—. También vendiste todo lo demás —le recordó—. Sus vestidos, sus zapatos, sus trajes de baño.

—Solo trataba de vengarme de ti.

—¿Vengarte de qué? ¿De que hubiera intentado sacar algo después de todo el tiempo que perdí contigo?

—¡Tranquilízate, Suzette!

—¡Y además mentiste sobre lo que te habían dado por ellas! ¡Cuatro

mil dólares!

—Mis abogados me aconsejaron que mintiera con respecto a eso —mintió él.

—¡Kravitz! ¡Di Martino! ¡Esos miserables, esas serpientes, esos picapleitos! ¡Todos sois unos cerdos!

Suzette se había puesto de pie, y todos los que estaban en la terraza se habían vuelto con gran interés para mirarlos. Lazar se dio cuenta, o más bien recordó, que se encontraba en territorio enemigo, que a Suzette le apasionaba hacer escenas en los restaurantes. Así eran las cosas entre vosotros, decía una voz en el interior de Lazar —una voz ominosa, condenatoria—, esto es lo que tanto has añorado. Se fijó en el extraño ángulo en que mantenía Suzette la taza de café, y esperó, contra toda esperanza, que no fuera a tirársela a la cara. Era una de esas mujeres a las que les gusta utilizar las bebidas como proyectil.

—¡No me digas —dijo Lazar sin poderse contener, con una voz llena del sarcasmo más zalamero—, que vas a *volver* a ajustarme las cuentas!

Era evidente que Suzette estaba consultando consigo misma las trayectorias y la dirección del viento y la velocidad a la que se desplazaría el café y otras cuestiones técnicas semejantes —que reunía todos los datos y todo el valor necesarios—, y de pronto la lanzó. La taza pasó junto a la cabeza de Lazar, que tuvo tiempo de esbozar una sonrisa tolerante, de superioridad, y de estirar parcialmente el dedo medio de la mano derecha, antes de que rebotara en el murete que tenía al lado y saliera disparada contra su cara.

Suzette pareció sorprendida durante unos momentos al ver lo que pasaba, como si acabara de contemplar una jugada maestra en un partido de tenis o de golf, y luego se echó a reír. Cuando los poco caritativos clientes de la terraza aplaudieron —con gran disgusto de Lazar—, Suzette dio media vuelta y, con una sonrisa exasperante, se alejó como una bala de la terraza del café y se perdió en Ocean Avenue. Lazar se levantó de su silla y fue detrás de ella, con el café frío corriendo como finos dedos por sus mejillas. Ninguno de los dos se molestó en mirar adónde iban; confiaban, en aquel último par de segundos antes de que él la atrapara y la besara en su hundida mejilla,

que no les atropellaría un autobús a toda velocidad ni sufrirían cualquier otro accidente.

UN MUNDO MODELO

A mi amigo Levine solo le quedaban unos pocos meses para presentar su tesis doctoral cuando, un domingo por la tarde, en Kilómetros de Libros, encontró el pequeño volumen de bolsillo, negro, del doctor Frank J. Kemp, y casi inmediatamente decidió plagiarlo. Se hallaba en el fondo de una caja que había contenido botellas de whisky, llena entonces de números atrasados de la revista *Evergreen*, que había estado examinando a propósito porque trataba de conquistar a una mujer llamada Betty, a la que le gustaban los poemas de Gregory Corso; las cosas no le iban demasiado bien y, como tenía una tremenda confianza en sí mismo, acababa de decidir —por ejemplo dejarse crecer una barba beatnik. Las tapas del librito no tenían nada escrito ni por delante ni por detrás; era un simple rectángulo negro. Levine lo cogió únicamente porque llevaba mucho tiempo solo y esperaba vagamente, dada su anónima cubierta, que su contenido fuera pornográfico. Cuando lo abrió, al leer la portada tuvo un fuerte sobresalto. «Modelos antárticos de nefeloquinesis inducida», leyó. Era la rama de la meteorología que estudiaba; de hecho, era el mismo título que había elegido para su tesis. Además de eso, llevaba impreso el nombre del doctor Frank J. Kemp, y luego el de Satis House, una editorial de Ann Arbor especializada en publicar libros de temas universitarios cuya edición se pagaban los autores. Levine había visto un discreto anuncio del libro en las últimas páginas del *Boletín de Meteorología Aplicada*. La fecha de su publicación, para asombro suyo, era 1970, casi veinte años antes de que Levine tuviera la más remota idea de la fuerza potencial de los modelos antárticos, una idea que, a pesar de todo su ascético trabajo durante el año y medio anterior, solo tenía en claro a medias. Incluso para entonces era una concepción radicalmente innovadora de la nefeloquinesis, y en 1970 debía de

haber sido lo bastante heterodoxa, sin duda, para obligar a Kemp a costear la edición del libro si quería dar a conocer su teoría.

Levine volvió la página y vio que el doctor Kemp había dedicado su obra, con una precisión que le impresionó por lo trágica y delicada, a la memoria de su esposa, Jean, 21 de mayo de 1900-21 de mayo de 1969. Levine se imaginó al científico entristecido y calvo, hundido en una silla al lado de la cama de su mujer en el hospital un día de primavera de 1969, con la cabeza llena de vientos polares. Levine quedó literalmente horrorizado —los pelos de la nuca se le erizaron— ante el innoble destino que había tenido la teoría del viudo. Era un horror parecido al que sintió, unas cuantas semanas antes, al recorrer los estantes de la biblioteca de la universidad donde se conservaban encuadernadas las tesis —un millar de apellidos blancos grabados en un millar de lomos azules, tersos, sin una arruga, semejantes al rostro severo de un monumento—. Era el horror a la muerte, al aciago destino que esperaba a todos sus esfuerzos, y fue este horror, más que cualquier otra cosa —la verdad sea dicha, solo le quedaban unos meses para terminar su tesis—, lo que le decidió acometer el pecado más horrendo del mundo universitario.

Yo había estado echando una ojeada a los estantes dedicados al teatro buscando un ejemplar de algo de Mehmet Monsour, el guru francoegipcio de moda, que por aquel entonces era el guru invitado de la facultad de arte dramático de la universidad. Intentaba ligarme a una aspirante a actriz fanática admiradora del guru que se llamaba Jewel, y si había ido con Levine a Long Beach, fue solo con la esperanza de encontrar algo que pudiera gustarle a ella; Levine llevaba los últimos meses irritable, paranoico y sin lavarse, y, en general, lo confieso, procuraba evitarle. Como no encontré nada francoegipcio en la sección de teatro, fui en busca de Levine, que había dicho algo de ir a almorzar a una taquería local en la que servían cabra. Era la clase de cosas que se solían hacer con él, y el plan no dejaba de apetecerme a medias.

—Levine —dije—, vamos a tomar esos tacos.

Estaba apoyado desmadejadamente en un extintor de incendios en la parte trasera de la tienda, absorto por completo en lo que leía, con

las gafas en la punta de la nariz y la boca abierta. Tenía desviado el tabique nasal y siempre respiraba por la boca. El lacio cabello pelirrojo le tapaba un ojo. Parecía desagradablemente sorprendido por lo que estaba leyendo, como si fuera el diario de un amigo.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

Levine alzó la vista, con el rostro primero sin expresión y luego irritado; había olvidado dónde estaba, y con quién, y por qué.

—Ese libro —dije indicándoselo con la cabeza— parece que te fascina. Tienes pinta de asustado.

Con un suspiro, Levine volvió a bajar la vista hacia el libro negro y se mordió el labio.

—Este libro va a ser mi tesis —dijo—. Una vez que lo pase a máquina.

—¿Lo vas a plagiar?

—Voy a salvarnos —dijo él—. Al libro ya mí.

—¿Trata del mismo tema? ¿Ya había *otros* libros sobre los modelos antárticos de nefeloquinesis inducida?

Avergonzado, temeroso de que le censurase, asintió con la cabeza. Luego, con la expresión infantil de disculpa que adoptaba cuando se sentía abyecto y miserable —siempre ponía esa cara cuando rondaba alrededor de Betty—, cerró el libro y me lo tendió.

—Solo cuesta setenta y cinco centavos —dijo.

También dijo que estaba demasiado nervioso para comer nada, en especial cabra, conque, después de pagar sus tres cuartos de dólar, nos encaminamos a su coche. Mientras se dirigía a la autopista, Levine, al ver que no pensaba censurarle, se puso a explicarme su arriesgado plan, que, simplemente, consistía en pasar a máquina en el papel oficial para tesis, con el tipo de máquina oficial para tesis, y dejando los márgenes establecidos para las tesis, el libro de Kemp; recibiría el doctorado y se trasladaría, meses antes de lo que tenía previsto, a Santa Fe o Taos, donde se dedicaría a la fabricación de campanillas de cerámica para carillones accionados por el viento. Y nadie se enteraría de su engaño, estaba seguro de ello. Él era la única persona del mundo, aparte de su autor, que había leído aquel libro.

—Tiene que haberlo leído alguien más —dije yo—. Si no, ¿cómo fue

a parar a Kilómetros de Libros?

—Kemp vivía en Long Beach. Cuando murió, alguien vendió todas sus cosas, y ese libro acabó en Kilómetros. Y era el único que quedaba, porque quemó los demás, desesperado.

Le miré fijamente. Conducía con tanto cuidado como siempre, con las dos manos en el volante, sin pasar nunca de los ochenta y cinco kilómetros por hora. Siempre le echaba la culpa de conducir de modo tan meticuloso a su coche, un Rambler American azul que había pertenecido a su abuela, pero la verdad era que Levine formaba parte de esa gran hermandad de jóvenes, que uno encuentra a menudo en los ambientes universitarios, que muestran un cuidado obsesivo acerca de dos o tres cosas —la buena colocación de sus calcetines en los cajones, el orden alfabético de sus discos de jazz, el modo adecuado de preparar un Bloody Mary— y se desentienden de casi todo lo demás. En cualquier caso, no parecía especialmente desquiciado, ni desesperado, mientras daba vueltas a sus fantasías sobre Nuevo México y explicaba la dispersión de las pertenencias del doctor Kemp. Daba la impresión de que estaba completamente seguro de todo, en especial del éxito del engaño que proyectaba, y cuando estuvimos de vuelta en la residencia para graduados, incluso parecía contento. Conseguí que me invitara a ver el partido de los Lakers en su televisor en color, por primera vez en meses. Tuvo que sacar el receptor de un armario y, sonriendo, sopló el polvo de la pantalla, que formó una nubecilla. Creo que a Levine la tarde le resultó agradable. James Worthy consiguió treinta y cinco puntos, dos de ellos con un tiro que lanzó de espaldas con una sola mano mientras estaba de rodillas, y en el descanso Levine fue a su dormitorio, llamó a Betty, y la cosa funcionó.

A la mañana siguiente, a las ocho, Levine se sentó a la mesa de la cocina para empezar a pasar a máquina el libro de Kemp en las hojas de papel oficial para archivar que había adquirido, junto con tres cintas de máquina, dos frascos de líquido para corregir erratas y una bolsa enorme de uvas pasas con yogur, camino de su casa desde la de

Betty. El papel reciclado tenía un tacto falto de vida, como de carne embalsamada, que le daba repeluznos, y sintió cierto remordimiento por confiarle las palabras de Kemp. Fuera había niebla y hacía frío, y, dado que era un mecanógrafo rápido, Levine planeaba tener terminada su tarea para cuando se apagase la mañana en la costa y diera paso a una tarde inmensa y resplandeciente. Puso una cafetera en el fogón, había descolgado el teléfono, y tenía a mano el paquete de blanqueadas uvas pasas. Flexionó los dedos, metió en la máquina la primera hoja de papel, y se puso a escribir.

Sin embargo, pronto encontró dificultades, porque en lugar de limitarse a transmitir a sus dedos las palabras de Kemp sin pensar en lo que decían, cometió el error de leerlas y tratar de comprender los conceptos que intentaban expresar. Esto retardó su avance de modo considerable, ya la hora en que salió el sol, hacia las dos, todavía estaba atascado en el segundo capítulo, «Modelos basados en los residuos catiónicos encontrados en los vientos del solsticio austral», en el que el punto fundamental de la tesis de Kemp —el de que las moléculas ionizadas de oxígeno que se encuentran con frecuencia alrededor de los cumulonimbus que se mueven a gran velocidad después de las tormentas de verano en la plataforma de hielo de Ross, son el modelo más verosímil de la nefeloquinesis— era argumentado con razones muy convincentes.

Levine había leído por encima este capítulo en la librería el día antes, pues había prestado más atención al estilo literario del meteorólogo, para ver si se parecía en algo al suyo, que al contenido de su prosa, y ahora estaba extasiado. Era una argumentación llena de inventiva, exhaustiva, bien fundamentada, incluso ingeniosa, y sentía una especie de orgullo de albacea ante el vigor de la mente del doctor Kemp. Levine sospechaba —de hecho, se le había ocurrido en un sueño— que los vientos de la Antártida contenían la clave para controlar el impreciso movimiento de las nubes, pero no había conseguido ir más allá de esa intuición. ¡Y allí lo tenía todo! Expuesto en cuadros y tablas estadísticas, con casi una docena de fuentes que para Levine eran completamente nuevas. Había un exhaustivo estudio soviético de los vientos catiónicos de la Antártida, realizado durante el

Año Geofísico Internacional, que Levine había pasado por alto, sin olvidar los inapreciables resultados de tres viajes que el propio doctor Kemp había hecho a la Antártida, a bordo del *Hodge*, entre 1963 y 1968. La argumentación y su defensor adquirían un interés aún mayor por el hecho de que la región en la que Kemp había realizado sus cruciales mediciones era la bahía de las Ballenas, no lejos de Pequeña América, en la plataforma de hielo de Ross, una región que se había separado del continente en 1987 y ahora se estaba fundiendo. La bahía de las Ballenas ya no se encontraba en los mapas.

(—¿No vas a tener problemas por eso con el tribunal? —le pregunté aquella noche cuando íbamos camino de casa del profesor Baldwin a cenar—. Basas todas tus teorías en pruebas que ya no existen.

—Eso es lo que hacéis todos vosotros —dijo él, lo que me sorprendió. En aquella época me dedicaba a la observación de esas partículas subatómicas, tales como los muones, que tienen una vida brevísima. Protesté diciendo que la evanescencia en sí misma, en cierto modo, era el objeto de mis estudios… Pero me estoy desviando de mi relato.)

Casi era de noche cuando Levine terminó su tesis. Le escocían los ojos, le dolían la nuca y el cuello, pero tenía un sabor dulce en la boca porque había recuperado su fe en la estoica nobleza del quehacer científico y su consideración por la austera belleza de su método. Sus planes para Nuevo México, el tintineo de los carillones de campanillas de cerámica formando una brisa sonora, todos sus meses de investigaciones infructuosas, quedaron olvidados. Nunca había querido ser otra cosa que un científico. Se puso de pie de un salto y salió al pequeño y gris cuarto de estar de su apartamento de la residencia, amueblado con solo un estéreo y una silla plegable de aluminio y rejilla de caucho. A su compañero de piso, un graduado que quería doctorarse en filología inglesa, le habían expulsado de la universidad a principios de mes, después de discutir violentamente con un profesor sobre las supuestas relaciones entre Benito Mussolini y una semióloga italiana que había sido novia del profesor, y ahora tenía todo el piso para él. Se tumbó en la dura moqueta gris y dejó que las vértebras de su espina dorsal crujieran y se relajaran. Entraba

una brisa desde el patio por la puerta de tela metálica y agitaba su pelo sobre la húmeda frente. Levine pensó, como no había hecho desde que iba al instituto, en el modo en que la brisa se componía de trillones de trillones de invisibles moléculas en movimiento. Pensó, con la asombrada pedantería de un chico de dieciséis años, en el modo en que todos los objetos que le rodeaban, e incluso él mismo, su cuerpo, estaban hechos de cosas invisibles. Se puso de pie, sonriendo tontamente, y fue al teléfono.

Julia Baldwin, la mujer del director de su tesis, respondió al teléfono.

—¿Quién es? —dijo.

—¿Está el profesor Baldwin? —preguntó Levine, sintiéndose momentáneamente lleno de dudas.

—Espere un momento.

Se oyó el sonido del auricular cuando la mujer lo dejó sobre la mesa. «Es otro de tus condenados alumnos», oyó que decía. El profesor Baldwin murmuró una disculpa dirigida a su mujer y luego dijo: «Diga».

—Siento molestarle, profesor Baldwin —dijo Levine—. Lo que pasa es… bueno… he estado estudiando los vientos solsticiales en Ross y creo… creo que me he tropezado con algo grande de verdad. Y… bueno… la cosa me asusta, señor, es tan grande… Me gustaría hablar de ello con usted, si le parece bien.

—Tenemos visita, Levine —dijo el profesor Baldwin—. Uno de los profesores de mi mujer viene a cenar. ¿Qué es esa cosa tan grande que tanto miedo le da?

Levine le comunicó brevemente la naturaleza de los argumentos de Kemp en favor de los modelos de la Antártida, sin mencionar, naturalmente, al doctor Kemp. Dijo que, en su opinión, un método práctico de controlar las nubes estaba ahora diez años más cerca de lo que estaba ayer. Al principio el profesor Baldwin intercaló algunos comentarios como «Claro, claro» y «Ya veo», pero cuando Levine terminó quedó en silencio durante largo rato. Levine podía oír como ruido de fondo a la señora Baldwin, la hermosa Julia, desternillándose de risa.

—Puede que lo mejor sea que venga —dijo el profesor Baldwin—. Tendré que preguntárselo a Julia. No cuelgue.

Levine anduvo arriba y abajo mientras esperaba, contemplando cómo se desvanecía el postrer resplandor rojizo en el cielo del atardecer. Una de las cosas que más le gustaban de la meteorología era que su campo incluía las puestas de sol.

—Venga dentro de una hora —dijo el profesor Baldwin—. No hay problema. Mi mujer ha sugerido incluso que invite a su amigo Smith. Tenemos un salmón entero.

—Gracias —dijo Levine—. Le llamaré.

Resulta que esta misma Julia, o Jewel, Baldwin era la mujer para la que yo había esperado encontrar aquel volumen de teorías dramáticas francoegipcias, así que le dije a Levine que estaría contentísimo de acompañarle.

Había gilipollas riéndose y buscando compañía para retozar al pie de las colinas que se alzaban sobre el complejo universitario cuando Levine y yo llegamos al camino para coches de la casa de los Baldwin, en Froebel Lane. Todo aquel barrio, con sus escuálidos árboles sostenidos por rodrigones, sus céspedes recién allanados con el rodillo y sus calles que llevaban nombres de famosos educadores, no existía seis meses antes, y Levine y yo habíamos ido andando con frecuencia hasta aquel lugar, con nuestros gemelos y un pack de seis cervezas, para situarnos en un par de grandes piedras planas que no se encontraban demasiado lejos del lugar donde ahora estaba aparcada la rubia japonesa de los Baldwin. Entre otras cosas, no muchas, compartíamos el interés por las aves y los animales pequeños, aunque él sabía muchas más cosas de ellos que yo, y en cierta ocasión nos había encantado ver a dos serpientes de cascabel rojas en un lugar muy próximo a aquel en que ahora se levantaba la puerta principal de la casa de los Baldwin. Se lo recordé a Levine.

—Lo estaban haciendo, también —recordó—. Hacían el amor retorciéndose como serpientes.

Llamó al timbre y se enderezó la corbata. Yo le había dicho que

nadie más llevaría aquel adminículo, pero él insistió en ponérsela. Su única corbata tenía más de veinticinco años y era marrón, con una figura blanca que recordaba vagamente un pájaro dentro de un dibujo de círculos concéntricos, sobre fondo de rayas que se cruzaban. La llamaba su corbata del Pato Radar, y por lo general solo se la ponía la primera vez que salía con alguien y cuando tenía que comparecer en un juicio. Iba a burlarme de él a causa de su corbata por enésima vez, cuando abrió la puerta un hombre alto y corpulento con la piel muy oscura y el pelo gris, que llevaba un albornoz encima de una chaqueta de pijama y pantalones de chándal. El albornoz llevaba estampados motivos alusivos a los rodeos que incluían vaqueros a caballo, lazos y hierros para marcar ganado. Era Mehmet Monsour.

—Están peleándose como el perro y el gato —dijo sonriendo encantado y tendiéndonos una enorme mano muy morena—. Por favor, entren.

Seguimos a Monsour al cuarto de estar, que tenía azulejos en las paredes, nos sentamos en los extremos opuestos de un viejo sofá danés moderno y cruzamos las manos en el regazo. Los Baldwin chillaban y discutían en otra habitación. Monsour se dirigió a una tumbona muy gastada, se reclinó en ella y cogió una lata grande de cerveza y el mando a distancia del televisor. Con una expresión de éxtasis expectante, como si esperara la aparición de una Berma o una Norma Desmond, pasaba continuamente de un programa donde se representaba un juicio a otro de entrevistas en el que tres transexuales estaban discutiendo acerca de las vidas masculinas a las que habían renunciado; era evidente que habíamos interrumpido sus estudios teatrales. Como la mayoría de los profesores de arte dramático, era famoso sobre todo por la extravagante y levemente cruel disciplina que imponía a sus pupilos y por la inspiración poco convencional de sus difíciles producciones. (Seis meses después leí en *Los Angeles Times* una respetuosa crítica de la nueva y deslavazada obra de Monsour, *Tribunal de divorcios*.) Le había conocido la semana anterior, cuando Jewel me llevó a su desordenada habitación del Motel Kon-Tiki, pero aquel día no dio la menor muestra de reconocerme; de hecho, nos ignoró por completo a Levine y a mí. Al cabo de cinco minutos nos

miramos el uno al otro y nos pusimos simultáneamente de pie.

—Dígale al profesor Baldwin que le veré mañana —dijo Levine.

—Delo por hecho —dijo Mehmet Monsour despidiéndonos alegremente con la mano.

Fuimos a la puerta e íbamos a salir cuando el profesor Baldwin vino a buscarnos. Llevaba las manos en los bolsillos de una chaqueta de punto gris y trataba de adoptar la actitud fría y aburrida de alguien que acaba de romper un objeto caro en una tienda. Parecía a punto de silbar una cancioncilla.

—¿Adónde van? —dijo amablemente.

—¡Oh! —exclamó Levine—. A ninguna parte.

—Acabamos de llegar —dije yo—. Ahora mismo. ¿Cómo está, profesor Baldwin?

—No hace falta que nos quedemos a cenar —dijo Levine—. Podemos irnos ahora mismo.

Enfrentado con la presencia física y los ojos enfadados del director de su tesis, y no solo con su voz incorpórea por teléfono, Levine notó que le temblaban las rodillas.

—No diga tonterías. Julia está terminando de vestirse. ¿Ya conocen a Mehmet? Apuesto lo que sea a que aún no conocen a Mehmet.

Soltó una risita y comprendí que, erróneamente, creía que sus problemas conyugales tenían su origen en Mehmet Monsour y, en consecuencia, se burlaba de su colega, que era un mero profesor visitante, sin plaza fija. De repente, Baldwin me dio pena, y deseé no haber ido. Nos volvió a llevar al cuarto de estar, y luego los cuatro nos sentamos a ver la televisión, preguntándonos qué se sentiría al convertirse en mujer. Nadie habló. Mientras esperaba que apareciera Jewel traté de adivinar qué llevaría puesto. Tenía un par de viejos Levi's que me gustaban, con un roto en la culera que mostraba su piel desnuda cuando se inclinaba hacia adelante.

—¡Señor Smith! —exclamó cuando por fin apareció, con un sarong púrpura, y me estrechó la mano—. ¡Señor Levine! ¡Me alegra volverles a ver!

Intentaba, como había hecho su marido, dar la impresión de que en su vida jamás había alzado la voz, especialmente en el último cuarto

de hora, pero su cordialidad era insegura, sarcástica e incluso un poco amenazadora, como si estuviera interpretando a Shaw.

—Y ahora, si los caballeros me conceden veinte minutos… —dijo mientras rodeaba la tumbona de Mehmet Monsour para acariciar cariñosamente su cabellera gris—. Ya casi todo está listo.

—Permítame que la ayude, señora Baldwin —dije yo.

—Muy bien —dijo el profesor Baldwin—. Levine, usted y yo podemos ir a mi despacho durante unos minutos para hablar.

Levine se puso de pie inmediatamente, como si le hubieran llamado a declarar ante un tribunal, y siguió a Baldwin por el vestíbulo hasta la pequeña habitación en la parte trasera de la casa donde el profesor llevaba a cabo su revolucionario trabajo sobre el llamado efecto invernadero. La habitación daba al desfiladero, hacia las montañas, y estaba amueblada con una sencilla estantería de tablas sostenidas por ladrillos de escorias en la que se hacinaban algo así como un centenar de libros. Un tablón mucho más ancho que se apoyaba en dos caballetes hacía de mesa de trabajo del profesor, ante la que se sentaba en una silla Barcelona que había pertenecido a su suegro, un arquitecto. Solo había un taburete de cocina, en un rincón, para Levine. Aunque relativamente joven para ser profesor titular y famoso especialista en las ciencias de la atmósfera, Baldwin poseía las virtudes ganadas duramente de un hombre mayor: cautela, resignación, frugalidad. Los escasos mechones de pelo negro de su cabeza prematuramente lunar parecían, como su austero cuarto de trabajo, como su matrimonio, el resultado consciente de un esfuerzo por arreglárselas con las menos cosas posible, como si se estuviera preparando para la inminente degeneración de la biosfera. El único capricho que se permitía, aparte de una pequeña fotografía enmarcada de su mujer con una trenca en una de las islas Malvinas, era su ordenador, un caro instrumento, capaz de crear imágenes en color en tres dimensiones, que había adquirido con parte del dinero de su beca MacArthur y que ahora ofrecía una lenta y prolongada representación de la disminución a escala mundial del ozono.

—Mi mujer tiene una aventura con ese tipo —dijo mientras revolvía el contenido de una caja de cartón que había en el suelo, a su lado.

Sacó una bolsita de plástico que contenía marihuana y un pequeño narguile.

—¿Smith? —dijo Levine, y se hizo la luz en su mente. Creo que nunca le había hablado de aquello.

—Mehmet —dijo Baldwin escupiendo la última sílaba—. No Smith. Me está sacando de mis casillas.

Levine no supo qué decir a esto. Él y el director de su tesis no eran amigos. Había uno o dos graduados que pasaban mucho tiempo en su despacho del campus, hablando de Robert Heinlein y Buckminster Fuller, pero en realidad tampoco eran amigos del profesor Baldwin. Puede que el profesor Baldwin no tuviera amigos.

—Da lo mismo. Olvídelo. —Sacudió la cabeza—. Hábleme del asunto ese de Ross —dijo, y encendió el narguile. Mientras inhalaba, el profesor arqueaba las cejas, y las bajaba cuando soltaba el humo. Él y Levine se pasaron el narguile, casi sin decirse nada, durante varios minutos. El cuarto se llenó de cumulonimbos en miniatura. Levine miraba los títulos de los libros de la estantería sin fijarse en ellos, hasta que su mirada perdida cayó sobre el delgado volumen negro del extremo izquierdo del estante superior. No ponía nada, pero era exactamente del mismo tamaño y con el lomo del mismo grosor que el libro del doctor Kemp.

—¡No puede ser! —dijo exhalando una nube de espeso humo.

—¿Qué? —preguntó el profesor Baldwin. Miró hacia la estantería como si por ella se desplazara una araña enorme o una rata.

—¿Estudió usted con el doctor Kemp?

Levine se imaginaba a Baldwin, un poco más grueso, con pelo, de pie al lado de su valiente mentor, con escarcha en sus caras, contra un fondo de alcas y verdes icebergs. Seguro que habían sido inseparables.

—¿El doctor Kemp? —Baldwin frunció el ceño—. Jamás he oído hablar de él.

Esto no tranquilizó demasiado a Levine. Aunque no fuera el libro del doctor Kemp el que estaba en aquel estante en concreto, muy bien hubiera podido estar allí; el libro se encontraba en algún lugar, esperando, y Levine sería descubierto al fin. En último término, no le

sorprendía, y el repentino rebrotar en su corazón del fracaso, de la sensación de derrota, fue casi un alivio, como si se hubiese aflojado la corbata y desabrochado el cuello de la camisa. No era nada fácil escapar de la prisión de sus estudios, y lo había sabido perfectamente hasta el día anterior. Su plagio solo había sido un intento de engañarse a sí mismo.

—Es Smith —dijo con una sensación de gran distanciamiento de las palabras que acababa de pronunciar. El profesor Baldwin miraba atentamente la esfera de su reloj de pulsera, y no pareció haberle oído —. No es el tal Monsour —añadió Levine, abandonándonos a los dos a nuestro destino—. Creo que es Smith.

Entonces el profesor alzó la vista hacia Levine y se mordió el labio. Estaba considerando mentalmente aquella revelación.

—Puede que tenga razón —dijo—. Es plausible.

Volvió a guardar el narguile y la bolsita de plástico, con mucho cuidado, luego se puso de pie y se apoyó en la mesa. En la pantalla de su ordenador un modelo del clima mundial se recalentaba lentamente y se asfixiaba.

—¿Qué va a hacer? —dijo Levine.

—Todavía no lo he decidido —dijo el profesor Baldwin—. Pero algo haré. No me da miedo. —Dio unas largas zancadas hacia la puerta—. Sé cómo entendérmelas con un mal estudiante.

—¿Un mal estudiante? —dijo Levine, que se levantó, no sin cierta vacilación, para seguir al profesor Baldwin al exterior del cuarto lleno de humo.

Al apagar la luz, Baldwin sonrió ligeramente, como si comprendiera que su última frase quizá no había sido la más apropiada.

—Ya sabe a lo que me refiero —dijo.

—Profesor Baldwin —dijo Levine—, ¿tendría alguna importancia que todos mis cálculos procedieran de la bahía de las Ballenas? Eso no sería bueno para mí, ¿verdad?

—Eso no importaría lo más mínimo. —En el vestíbulo se hizo a un lado para dejar que pasase Levine—. Usted primero —dijo.

La fiesta se encontraba en su segunda hora, y los huesos y los platos grasientos habían sido retirados de la mesa, cuando se le rogó con insistencia a Mehmet Monsour que hiciera una demostración de alguno de sus famosos jueguecitos. Él y Jewel habían llevado el peso de la conversación durante la cena, discutiendo las cualidades dramáticas de Bill y Luke y Clothilde y Janet, y en especial las de Jewel; la cerveza parecía volver a Monsour increíblemente locuaz; era como si cada una de aquellas grandes latas le indujera a monopolizar la conversación un poco más, y sus anécdotas —¡cuánto aborrezco a los hombres que cuentan anécdotas en las cenas!— eran cada vez más sórdidas y turbadoras. Había recorrido el mundo entero. El profesor Baldwin, Levine y yo quedamos abandonados a nuestros dispares silencios. Cada vez que miraba a Baldwin, veía que no apartaba los ojos de mí, que me sonreía radiante, esa es la verdad, como si un pajarito le hubiera revelado mi buena fortuna, como si yo hubiera ganado algún premio. Apenas pude comer nada. Levine asentía con tanta convicción a todo lo que el mentor y su pupila decían, que comprendí que no les escuchaba.

—Y entonces, simplemente, se la robé. No era mía, y realmente no me era de ninguna utilidad… eso que quede claro —estaba diciendo Monsour. Durante el transcurso de la cena se había ido volviendo cada vez más vocinglero al tiempo que perdía la compostura (se le había abierto el albornoz y llevaba desabrochados algunos de los botones fundamentales de su chaqueta de pijama), lo cual me recordó un consejo que me dio mi padre en cierta ocasión: que nunca bebiera nada que llevara un número en la etiqueta, excepto Vat 69—. En cambio, por el contrario —continuó Monsour—, tal como lo veo ahora al recordarlo, aquella radio era el único contacto que tenía, aparte de mí, con el mundo exterior. Era algo muy valioso para ella. Cuando me marchara, se quedaría completamente aislada, como pueden comprender.

Sacudió la cabeza ante el recuerdo de aquella mala acción que había cometido, pero con una sonrisa nostálgica, como si hiciera mucho tiempo que se hubiera perdonado a sí mismo.

—Esa anécdota ya la había oído —dijo Jewel. También ella había

bebido cerveza; que el sarong que llevaba puesto siguiera sujeto a su cuerpo durante mucho rato era más que dudoso—. Te la conté, Baldwin.

—Sí, claro, ya me acuerdo —dijo el profesor Baldwin, que me sonreía con lo que parecía sincero afecto. Se volvió hacia Mehmet Monsour—. ¿Por qué no les propone a este par de jovencitos ese juego que usted ya sabe? Ese que resulta tan *hueso*.

—Sí, juguemos a eso —dijo Jewel. Estaba sentada a mi lado, y cuando lo dijo me dio un leve codazo con el brazo izquierdo. Comprendí entonces que me tenían preparado algo desagradable, y de repente vi con toda claridad que, como persona, yo significaba muy poco para ella. Solo me utilizaba como un medio más para fastidiar a su marido.

—Es facilísimo —dijo Monsour girándose hacia Levine, al que cogió completamente por sorpresa. Mi amigo se enderezó en su silla, muy tieso, y recogió las manos en el regazo como un buen alumno—. En realidad, no puede decirse que sea un juego. Vamos a apagar todas las lámparas. —Se levantó de la mesa y ajustó su volandero albornoz. La vela que adornaba la mesa quedó como única luz—. ¿Está bien así, Baldwin?

—¡Claro que sí! —dijo Baldwin—. Está estupendamente. Pero me parece que yo no voy a jugar. No se me dan bien esa clase de cosas.

Miró a Jewel, y los dos se ruborizaron como una pareja de enamorados.

—Como quiera. No importa. —Monsour se volvió a sentar y bebió un trago—. Y ahora, jóvenes, les agradecería que, por favor, nos dijeran una cosa. —Juntó las manos por las puntas de los dedos y contempló la estructura resultante—. ¿Qué es lo peor, lo más execrable, que han hecho en su vida, en toda su vida? —Había planteado esta cuestión a un millar de estudiantes durante los últimos veinte años, y hacía una pausa después de la cuarta y la decimotercera palabras de un modo que había descubierto que resultaba especialmente efectivo para conseguir una respuesta jugosa—. Usted, señor… —Le hizo un gesto con la cabeza—. Levine, lo siento. Usted primero.

A la luz de la vela, la cara de mi amigo parecía ardiente y enrojecida, y, aunque no sabía el motivo, vi que iba a escurrir el bulto. Se quitó la corbata y la dejó en la mesa; luego se volvió hacia mí, al igual que Baldwin, Jewel y Mehmet Monsour.

—Tú primero —dijo.

Supongo que el hecho de llevar cuernos, el charlatanismo y la corrupción universitaria no son las únicas cosas capaces de provocar una sensación de inquietud como la que entonces se abatió sobre los cinco comensales que participábamos en aquella cena. Era como si todos supiéramos que en la comida había un veneno de acción lenta que empezaba a hacernos efecto, así como quién era el que lo había puesto, y fuéramos conscientes de que todos lo sabíamos. Era la misma inquietud que siente una familia en la que está a punto de haber un divorcio, o un equipo de investigadores en busca de un nuevo tipo de rayo de la muerte. Noté en mi muslo la franca presión de los dedos de Jewel, alentándome, apremiándome, a insultar a un hombre que, en cierta medida, parecía esperar ávidamente que lo hiciera, pero su cara, como la de su marido y la de Monsour y Levine, e imagino que la mía, expresaba inseguridad y tensión.

Afortunadamente, tuve la suficiente presencia de ánimo para decir la verdad. Les conté que, cuando era niño, tenía fama de honrado y sincero, fama que sabía que era inmerecida. Dije, y la vergüenza empezó a oprimirme el estómago, que a última hora de la tarde de un día de verano en que había terminado de cenar antes que cualquier otro miembro de mi familia, salí a dar una vuelta, descalzo, por las desiertas aceras de nuestro barrio. Oí una cortadora de césped a lo lejos, un aspersor, disparos en algún televisor. Pasé por delante del garaje de un amigo que se llamaba Mike al que justo aquel día, lo sabía, le habían regalado un coche de juguete nuevo; la puerta del garaje estaba levantada y pude ver una mesita en la que había varios botes de pintura y de cola, la maqueta a medio construir de un bombardero, y su nuevo Matchbox rojo. Sin saber por qué, agarré un pincel y un bote de purpurina plateada y emborroné el parabrisas y el cristal de atrás del coche de juguete, lo tiré al suelo, lo pisoteé, y luego corrí a casa. Lo más horrible vino después, cuando volví a casa de

Mike y me encontré con que todos los niños del vecindario estaban allí negando tener nada que ver con el desaguisado.

«Smith no fue», dijo el hermano mayor de Mike. «Eso seguro.»

Aquella noche, cuando me preparaba para meterme en la cama, vi que tenía dos rayas de purpurina plateada en la planta del pie.

—Se lo ha inventado —dijo Mehmet Monsour con una misteriosa risa nilótica—. Bien hecho.

—Yo no me lo he creído —dijo Jewel. Se levantó de la mesa y se puso a retirar el resto de los platos.

—Tampoco yo —dijo Baldwin, y de repente me encontré libre de su insoportable mirada de benevolencia.

—Y yo ¿qué? —dijo Levine.

—¡Estoy tan aburrido! —dijo Monsour con voz animada, como si anunciara su intención de tomar un tonificante baño en la piscina como remate de la cena. Se levantó de la mesa y volvió al televisor.

Quedé sorprendido cuando, al despedirme de Monsour aquella noche, me pidió que asistiera a su próximo gran seminario en una pista local de patinaje sobre hielo, a finales de mes; tan sorprendido, que acepté. El interés de Monsour por mí debió de molestar a Jewel, pues dejó de llamarme. Supongo que ya no le servía de nada, si es que le había servido alguna vez de algo. Ella no asistió al seminario, y hace mucho tiempo que no la veo. En la pista de hielo, durante cuarenta y ocho horas en las que imitamos a diversos animales, ayunamos, gritamos y tuvimos que armarnos de toda nuestra paciencia, empecé a aprender algo de la íntima relación que hay entre la angustia y la interpretación teatral. La cosa fue agotadora y estúpida, y, sin embargo, supuso una experiencia iluminadora; y supongo que le debo a Monsour todos los éxitos que he tenido desde entonces en el teatro y, quién sabe, si este asunto con Lucifex Pictures sale adelante, en la pantalla. He escrito el guión de una película, como vehículo para promocionarme, basado en la heroica vida de Werner Heisenberg. No he abandonado por completo la física, como puede verse. Claro está que sé lo que todo el mundo dice sobre Hollywood, y a veces me resulta un tanto

descorazonador pensar que deberé abrirme camino en un pozo lleno de víboras enfurecidas, pero no tengo motivos para no considerarme capaz de hacerlo. En cuanto a Levine, su tesis provocó una conmoción en el ambiente universitario después de que el segundo capítulo se publicara en el *Boletín de Meteorología Aplicada*. Tiene una cátedra en propiedad en Caltech, con derecho a un enorme laboratorio y a un ordenador Cray de doce millones de dólares, y cuando el otro día fui a Pasadena me dijo, con una mezcla de reverencia y de alegría en la voz, que a la raza humana ahora le faltan muy pocos años, según la mayoría de los cálculos, para conseguir el dominio total sobre las nubes.

LES HABLA BLUMENTHAL

Anglófonos de París, damas y caballeros, compatriotas norteamericanos en el exilio o de vacaciones o las dos cosas, tengo esposa; y tiene permiso de residencia en Estados Unidos. Vivimos al lado del cementerio más hermoso del mundo. Cuando paseamos por los silenciosos caminos del Père-Lachaise, subimos por todas esas escalinatas hasta las tumbas más altas o nos detenemos ante el pequeño palacio de piedra que guarda los restos de alguna princesa rusa, a veces Roksana habla dulcemente y me besa en la oreja o la punta de los dedos, y durante un segundo parecemos un matrimonio casi normal. Pero en cualquier otro lugar de París, y en varios lugares de Estados Unidos, soy simplemente el hombre que la va a convertir en ciudadana, y ella apenas se dignará mirarme. Roksana es iraní —o persa, como prefiere decir ella—, alta y morena; tiene los labios y las pestañas gruesos y oscuros; es capaz de ponerme a cien. Es la mujer más guapa que he conocido, pero cuando se enfada o la invade la añoranza de Persia, algo se apodera de su cara, y parece salvaje, primitiva, medio simiesca.

Yo trabajaba en Dallas, poniendo discos en una emisora de FM de la parte más a la izquierda del dial, y frecuentaba a esa clase de personas que son amigas de extranjeros en situaciones difíciles, cuando me enteré de que una iraní de voluntad de hierro y muy seria buscaba marido. La conocí en una fiesta, la vi tomarse un whisky y, como Roksana contaba sin darse importancia sus batallas, antiguas y recientes, con la policía secreta y los caseros, los fanáticos y los burócratas, y hablaba de la muerte de su padre y de lo terriblemente fastidioso que resultaba no tener hogar en un tono que no sonaba a autocompasivo ni a enfadado, empecé a admirarla. Inicialmente, la cosa fue solo eso: un matrimonio de admiración y desesperación, en el

que no intervinieron ni el dinero ni el amor. Planeamos vivir juntos, íntimamente quizá, bajo la atenta mirada de los agentes de la Oficina de Inmigración y Naturalización, la policía del amor, durante los tres años que debían pasar para que se convirtiese en ciudadana estadounidense, divorciarnos y después mantener tan solo una extraña e inexplicable amistad. Si no hubiera incumplido nuestro contrato al enamorarme de ella, todavía estaríamos viviendo en Texas, contando los días, pero aquí estamos, en la capital de Francia, esperando que su corazón, o el mío, sufran un cambio.

Total, que ahora todos los sábados, de ocho a doce de la noche, pongo discos aquí, en La Voix du Brouillard, y hablo de Los Ángeles en mi francés aprendido en la escuela, porque algunos franceses están locos por Los Ángeles, donde mi hermano, Calvin, trabaja en Discos Capitol y se relaciona con cantantes y músicos. Una vez a la semana me manda una relación de su activa vida durante los siete días anteriores, de fiestas, de accidentes de coche en masa, de sus citas en bailes y billares con modelos y camareras, a las que deja después de disfrutar todo lo que puede con ellas para buscar nuevos ligues en cualquier otro rincón de la ciudad. Yo traduzco las cartas y las leo por las ondas, con voz de Rod Sterling (que resulta bastante difícil de entender en francés). Tengo fans, chicas que me llaman y, en directo, me prometen citas y las partes más sabrosas de su cuerpo, y cosas así. Los chicos me llaman para pedirme canciones, contarme sus peregrinajes al sur de California en 1969 o 1979, hablarme de las rubias explosivas que conocieron allí, de *le délire californien,* y cosas así.

Esta noche Roksana me llama después de dedicarle una canción. Me da las gracias, muy educadamente, pero no charlamos. Me la imagino sentada a la mesa con la radio y el teléfono, en su ropa interior masculina, comiendo un plato de carne cocida o una ración enorme de algún postre iraní, y escuchando el sonido de mi voz que habla en un idioma que desconoce. Cuando me lo imagino, me siento lleno de amor y desesperación. París me pareció una buena idea cuando estaba desesperado en Nueva York, lo mismo que me lo pareció Nueva York cuando estaba desesperado en Dallas, pero estos cambios de residencia

no han obrado el milagro, y el insondable corazón de Roksana sigue insensible. Ni siquiera me da las gracias por lo que hice.

—Deberías haberme cobrado —ha dicho un par de veces—. Te habría pagado.

Cuando cuelga, pongo «Sister Ray», porque dura diecisiete minutos, salgo a la calle, delante del estudio, y me fumo tres pitillos de cabo a rabo. A esta hora no hay nadie más en el pequeño estudio, y la idea de la aguja del tocadiscos acercándose cada vez más al silencio que se hará después del último surco, si yo no estoy allí para cambiar de disco, me excita e impide que piense en otra cosa. Y, cuando ya no puedo más, corro de vuelta al estudio, con la torpe prisa del que ha oído que la leche que se estaba calentando ha empezado a hervir. Juego a esto con bastante frecuencia. Unas veces consigo llegar a tiempo, otras hay una espantosa pausa.

A las doce estrecho la mano de Jean-Marc, le Jazz-Maniac, que es quien viene detrás de mí. Luego salgo y levanto ecos en la calle camino del metro, donde mis pies resuenan en el andén desierto. Al pie de un anuncio de una nueva película norteamericana, han garabateado algo en persa; una frase larga, descendente, seguida de tres exclamaciones, que me parece la notación de un pasaje musical difícil, un decrescendo. Cojo el penúltimo metro a casa y voy solo bajo los fluorescentes todo el lento trayecto. He leído todos los anuncios, todos los carteles de advertencia y todas las malditas palabras en francés entre las estaciones de Europe y de Père-Lachaise un centenar de veces, y leerlas de nuevo ahora me pone nervioso, impaciente. Tengo prisa porque es tarde y todavía tenemos que hacer el equipaje para nuestro viaje a Bretaña, mañana. Y cuando llego a casa, encuentro a Roksana tumbada en el sofá con los ojos muy abiertos y las dos maletas están tiradas y vacías en el suelo del cuarto de estar.

—Roksana —digo—, esta noche he vuelto a ver una pintada en persa en el metro.

—Yo no la hice —dice ella.

—Venga, hablemos un poco. Cuéntame algo más de Irán.

Hemos terminado de hacer el equipaje y estamos en el sofá, y yo acerco su gran cabeza a mi regazo; la mantengo allí. Su pelo siempre

resulta frío al tacto. Por otra parte, la luz del cuarto de estar, tenue y rosada a causa de la gruesa pantalla de la única lámpara, tiende a adormecernos, y ya son las tres de la madrugada; a Roksana, soñolienta, se le cierran los párpados. De cuando en cuando se agita y hace esfuerzos por librar su pelo de mis dedos, que se lo enredan. Tensa el cuello, y noto contra el muslo los firmes músculos de su espalda. Ahora que he mencionado Irán, se levanta como impulsada por un resorte y se sienta al otro extremo del sofá; sus ojos negros me miran como diciendo que no está para monsergas. Noto el regazo frío.

—¿Qué quieres que te explique de Irán? —dice—. Dejémoslo.

—No, por favor. —En realidad, no es que me interese demasiado hablar de Irán. Ya lo hemos hecho un millar de veces, pero tampoco tenemos muchos temas de conversación. Quizá podríamos hablar de las cosas que a alguien se le ocurriría escribir debajo de un anuncio del metro—. No lo sé. El sah, el ayatolá...

—Dime lo que piensas tú —dice, sin ganas, y bosteza, y allí están de nuevo los tres dientes de oro que le pagué. He oído que el dolor de muelas puede provocar una profunda tristeza moral.

—Según yo lo veo, bueno, el sah era un gilipollas y le echaron, pero el caso es que ya murió. Luego llegó el ayatolá, y también es un gilipollas. Y una pandilla de tipos sudorosos anda por allí tirando latas de Coca-Cola y prendiendo fuego a banderas norteamericanas.

—Eso es —dice ella. Se pone de pie, contemplo su vestido negro de punto, que se le va enrollando en las caderas y luego cae, tengo la fugaz visión de unos calzoncillos amarillos—. Me voy a la cama. Buenas noches.

Hay muchas cosas que actúan como barrera entre Roksana y yo, y una de ellas es la nación iraní. Si miras un mapa, yo soy el mar Caspio y ella es el golfo Pérsico. En alguna época pasada, supongo, todo ese espacio estaba bajo el agua.

Roksana coge nuestras maletas y seguimos a Hervé Heugel al andén de Le Pouliguen, donde nos quedamos esperando a su madre o a su padre, no estoy seguro de a cuál de los dos, para que nos lleve a la

mansión de los Heugel, su *château,* como la llama Hervé. Le conozco desde hace un mes, más o menos. Vive en el mismo barrio que nosotros en París, y por las mañanas toma café en la esquina de la manzana donde está nuestro apartamento, en el Voltaire, y un buen día se fijó en mi acento y mi camiseta de Velvet Underground y, después de invitarle a un cruasán, nos hicimos amigos. Aunque parece intelectual y serio —frente despejada, barbilla en punta, gafas sin montura y pelo al cepillo—, resultó que no tiene más intereses que los habituales y nada intelectuales. Le gusta reír y jurar en inglés, que es lo único que sabe decir en nuestra lengua. Él y Roksana no simpatizan demasiado el uno con el otro, aunque ninguno de los dos lo admitiría. En cualquier caso, apenas se hablan. Hervé es arrogante, insensible, y muchas veces pienso que le pongo los nervios de punta, pero conoce a los conjuntos de *garage*[*] de finales de los años sesenta, y conoce la ciudad, y a veces me lleva por París en el asiento de atrás de su scooter mientras su fina bufanda me golpea la cara. Creo que si hubiera conocido a alguien como Hervé en Estados Unidos, no habría hecho amistad con él, pero es que en Estados Unidos no hay personas así. Y, en cualquier caso, la amistad es distinta en otro idioma; un amigo extranjero no tiene que entender lo que sientes, y yo no espero que lo haga. Me basta con que entienda lo que dices.

Ya podemos oler el mar, y miro con impaciencia todo lo que hay a mi alrededor, los pequeños coches, las familias que se abrazan, la vieja máquina de golosinas que se oxida junto al servicio de caballeros, las casas bajas y los campos llenos de matojos que rodean la estación.

—¡Ahí está! —dice Hervé. Se ajusta bien las gafas en la nariz y deja en el suelo su bolsa Adidas. Cuando su madre llega junto a nosotros, la estrecha entre sus brazos, la besa en las dos mejillas, y luego nos la presenta. Su madre es baja, con algunas arrugas, pero de rasgos hermosos, y ni un solo pelo se mueve de su peinado.

—¡Ah, los americanos! —dice, insegura—. Brain...

—Brian. Brian Blumenthal —dice Hervé, bastante bien—. Y... Roksana... Khairzada.

—Brain —dice madame Heugel, y me estrecha la mano con una expresión complicada en la cara: es una sonrisa ceñuda o una educada

mueca despectiva. O quizá solo es la cara de alguien que se siente incómodo por nuestros nombres, y por nuestra presencia, y por mi mujer, y por su propio hijo, a quien, lo sé, considera vago, marrullero y excesivamente amigo de hacer amistad con norteamericanos, especialmente si son mujeres.

Le pregunta a su hijo si hablamos francés; respondo por los dos.

—Yo sí, mi mujer siente mucho no hablarlo.

Luego Hervé la coge del brazo y echan a andar, hablando en francés, y nosotros les seguimos.

—Me odia —dice Roksana, tranquilamente.

—No, no te odia. ¿Por qué dices eso?

—Da igual, no me importa. Que me odie si quiere.

Trato de atraerla hacia mí, y estoy a punto de volver a decirle esas dos desesperanzadas palabras cuando ella me interrumpe.

—¡Mira! —dice.

Detrás del arañado cristal de la máquina de golosinas hay chocolatinas de una marca que tiene el nombre en inglés: Big Nuts.* Roksana se ríe. Compro una y me la meto en el bolsillo, y cuando alcanzamos el Renault de los Heugel todavía sigo sonriendo.

—¡Oh, qué bonitos dientes! —dice madame Heugel.

—Sí, los dientes americanos son así —dice Hervé.

Comemos al aire libre, en una larga mesa, y el almuerzo es una montaña de quisquillas al vapor, una pila de espárragos al natural, sidra y pan. El padre de Hervé, que se le parece mucho —delgado, con la cabeza grande y una afilada nariz—, nos cuenta en francés su viaje a Nueva York en 1968. Me encanta su relato de un percance en Les Bronx, y todo va bien hasta que me fijo en que mi plato es el único en el que se amontona una pila de cáscaras, cabezas y filamentos rosas; Hervé y sus padres se comen las quisquillas enteras, sin pelar. Roksana nunca come marisco.

—Nadie me explicó qué clase de gente me iba a encontrar camino de los Cloisters —dice monsieur Heugel, atascándose con la palabra. Esta mañana ha cazado cinco pequeñas aves y está animado; he visto

el montón de pájaros castaños y de un verde iridescente en la mesa de la cocina—. ¡Harlem! ¿Se lo imaginan? ¡Lleno de negros! ¿Creen que me asusté?

—Sí —dice Hervé.

—No, no me asusté. Lo atravesé de parte aparte. De vuelta al hotel me entraron ganas de comer algo, así que me detuve en un bar, compré un bocadillo, me senté allí mismo, en el bordillo, en pleno Harlem, y me lo comí. Nadie me molestó. —Sonríe a su mujer, que probablemente escucha esta historia cada vez que los Heugel comen con un norteamericano, y ella le devuelve la sonrisa y le tira de la manga para que no la meta en el plato de la mantequilla—. No tengo nada en contra de los negros, ¿eh?

—¿Desde cuándo? —Hervé se vuelve hacia mí—. Tiene unos prejuicios tremendos contra los negros. Los negros y los árabes.

Se lleva inmediatamente la mano a la boca, muy avergonzado, y todos nos volvemos a mirar a Roksana —incluido yo, lo que me llena de vergüenza—, que no tiene ni idea de lo que estamos diciendo y continúa comiendo espárragos y pan con toda tranquilidad, con los ojos clavados en el plato. Mientras monsieur Heugel protesta, porque ha conocido a varios árabes que eran personas en quienes se podía confiar y, todo hay que decirlo, hábiles hombres de negocios, y Hervé suelta un bufido y se zampa varios puñados de quisquillas, yo echo mi silla hacia atrás.

Nuestra mesa está instalada sobre el césped del jardín entre dos de los edificios de la hacienda. A mi derecha hay una mansión de piedra cubierta de yedra con una torrecilla, cinco chimeneas y fabulosos aleros; es la casa de la familia de Hervé; a mi izquierda, más allá del césped, se alza una de las grandes edificaciones auxiliares, un granero pardusco que ha sido convertido en casa para los invitados. Alrededor de la mesa hay avispas y mariposas y robles gigantescos, el aire huele ligeramente a estiércol y sal, y enfrente de mí, a lo lejos, a espaldas de monsieur Heugel, está la bahía, llena de velas. Miro cómo mastica Roksana, ensimismada, sombría, muda, imperturbable, y pienso: soy un idiota.

—¡Oh, el americano! —dice madame Heugel señalando

delicadamente mi plato con su tenedor—. ¡No se come las cabezas!

Se ríen, y Roksana alza la vista.

—En Estados Unidos —digo yo— trae mala suerte comerlas.

Introduzco otro espárrago untado de mantequilla en mi boca. Los Heugel lanzan una nueva ronda de miradas a mi mujer, que nos contempla impasible.

—Monsieur Heugel —digo—, ¿cuántos siglos hace que esta hacienda pertenece a su familia?

—El abuelo de Hervé la compró en 1948 —dice madame Heugel.

Todos se ríen, mucho más alto esta vez. Roksana vuelve a alzar la vista, con el rostro inexpresivo y las mandíbulas en movimiento, y durante un momento, por primera vez, me entran ganas de pegarle.

Me disculpo y me voy, dejando a Roksana sentada a su mesa, para que absorba toda su alegría y su conversación como un agujero negro. Los odio a todos.

En nuestras habitaciones, me siento en la bañera, cojo la ducha de mano y la sostengo encima de mi cabeza durante unos minutos para librarme del viaje en tren y de aquella extraña conversación, que, después de todo, quizá haya entendido mal. Luego vuelvo al dormitorio que nos han asignado los Heugel, que huele a cedro. Con una toalla en la cabeza me asomo por una de las ventanas en forma de rombo y miro fuera, al jardín, donde la mesa sigue puesta, con los restos del almuerzo, mientras Hervé y su padre toman copitas de calvados. Roksana y la madre de Hervé han desaparecido, puede que dentro de la casa, y tengo la breve, estúpida, feliz fantasía, de que las dos están fregando los platos juntas, trabajando en un tranquilo y silencioso concierto.

Cuando saco de la maleta la camisa nueva de vestir, blanca con rayas color coral, que compré especialmente en una tienda de ropa de la rue du Commerce porque Hervé ha prometido llevarnos a un club donde a las mujeres las enloquecería mi acento, me encuentro con que está arrugada y la espuma de afeitar ha reventado encima del cuello. Me siento en la cama, miro durante largo rato la pálida espuma azul y trato de recordar cómo se dice plancha en francés.

Los escalones crujen. La cara de Roksana asoma por la puerta

durante medio segundo y creo que va a entrar en el dormitorio. Tiro a un lado la camisa manchada, pero ella da media vuelta y por los crujidos deduzco que empieza a bajar la escalera. Cierro los ojos.

—Roksana.

Ruido de platos en la cocina, risas fuera.

—Necesito estar sola.

—Por favor, ven.

Cuando abro los ojos se encuentra nuevamente en la puerta. Esta vez veo enfado en su cara, y antes de que las palabras salgan de su boca sé, con una inefable sensación de felicidad, que vamos a tener una pelea, después de año y medio de un matrimonio tan vacío y tranquilo como un teatro a oscuras.

—Quiero irme —dice entrando en la habitación y cerrando de un portazo—. No soy bien recibida aquí. Tú quédate. Les caes bien.

—Que seas bien recibida o no depende de ti.

—¡No digas tonterías! Se reían. Se reían de mí. Estoy segura. ¡Tú también te reías de mí, cabrón!

—¡Puta!

Todavía sigo sentado, y Roksana se acerca tanto a mí, que las puntas de sus puntiagudos zapatos negros pisan con fuerza los dedos de mis pies. Su sombra se proyecta sobre mí.

—Por favor, no te vayas —digo.

—No sé por qué he venido.

—Has venido porque es el aniversario de la toma de la Bastilla. Has venido para divertirte. ¡Ay! ¿Es que no puedes pasártelo bien?

Roksana me mira desde arriba, con unos ojos en los que no hay ni un ápice de simpatía ni de calor, y dice que odia pasárselo bien más que nada en este mundo, y comprendo que la entendí mal cuando dijo que no sabía por qué había venido, pues pensé que se refería a Bretaña.

—Hablas como Jomeini —digo tratando de retirar los dedos de los pies de debajo de sus zapatos; me siento ofendido: ¡como si yo fuera responsable de todos nosotros, y de los fuegos artificiales y los días de fiesta y las comilonas y todas las diversiones de esta parte del mundo! Consigo liberar los pies, pero ahora me agarra de las orejas y me las

estira, y me hace daño.

—¿Qué sabes de Jomeini? ¿Qué sabes de mí? Yo no me lo paso bien. ¿Crees que huir de Irán fue un juego de niños? ¿Qué sabes de mi madre? ¿Y de los miembros de mi familia?

—Lo siento —digo, todavía enfadado—. Muy bien. Vete. Vuelve. Lo único que tengo que hacer es hablar con los de Inmigración y podrás volver al país de la seriedad.

—No lo harás.

—Puedo hacerlo —digo, y pienso que bien podría. Pero soy incapaz de soportar el aire entre asustado y obstinado con que ha entornado los ojos, ni el modo en que la habitación y el aire que hay entre nosotros parece haberse llenado del olor rancio del chantaje. Bajo la mirada y mi vista cae sobre la mancha azul del cuello de la camisa—. Dijiste que debería haberte cobrado. Ahora lo hago.

No llega el menor sonido humano de abajo, lo que significa, supongo, que los Heugel han estado escuchando nuestras enfadadas voces extranjeras. Roksana se sienta a mi lado y me frota suavemente las sienes. Se le hunden los hombros, y sus pequeños pendientes color rosa se balancean adelante y atrás como los badajos de dos invisibles campanillas.

—¿Qué es eso de la toma de la Bastilla?

—Es como el Cuatro de Julio.

—Cerveza y ruido —dice mi mujer, la ayatolá del amor, que al recordar el año pasado en Texas frunce el ceño de un modo que no admite réplica. Ese año, para nosotros, no hubo Cuatro de Julio. El cinco me desperté con una sensación de culpabilidad y de extrañeza por haberlo olvidado, y fui solo al Burger King de los Champs-Élysées.

—Lo siento, Brian Blumenthal —dice, al fin—. No lo puedo hacer.

La cena, desde la discusión hasta que tomamos unas copas durante los preparativos, desde más copas y más discusiones hasta que cenamos, desde el momento en que nos sirvieron cinco clases de queso como postre hasta el momento en que dejamos cansinamente a un lado las servilletas y bebimos un poco más, duró cinco horas, y ahora, ahíto de

comida, vago con Hervé y su familia por el borde de los elevados farallones junto a los que se encuentra el pueblo de Kerguen, desde donde vamos a ver los fuegos artificiales. Roksana no ha venido. La última luz naranja del día flota en las casas y en los rostros de los Heugel, y, con el frescor, las nubes de mosquitos y luciérnagas y el olor de las granjas cercanas se hacen más densos. He bebido demasiado coñac y he comprendido demasiado poco de la conversación, y, cuando la noche cae a nuestro alrededor, me siento sordo y ciego. Solo permanece viva mi nariz, llena de campos segados, de ganado, de marea baja.

Los del pueblo han salido y van y vienen desde la *place* hasta el borde de los farallones, estrechándose la mano, esperando a que empiecen los fuegos artificiales; y los niños y sus vigilantes padres llenan la espera con bengalas y ruidosos buscapiés y sonidos de pitos y risas, igual que en Estados Unidos. Pero hay una diferencia que siempre noto en las multitudes francesas; es una falta de animación que no implica exactamente aburrimiento, sino una especie de madurez, de profundo hábito, incluso entre los niños, como si esas mismas quinientas personas estuvieran reuniéndose y hablando desde siempre. Habían construido una tarima para el baile, y permanecía vacía y brillantemente iluminada en uno de los extremos de la plaza, rodeada de altavoces y banderas tricolores.

Oímos el primer cohete de aviso desde el otro lado de la ensenada y alzamos los ojos. Los fuegos artificiales son fuegos artificiales; se abren y brillan y me conmueven igual que todos los castillos de fuegos artificiales que he visto en todos los meses de julio que recuerdo, y flotan como pulpos de humo por encima de nuestras cabezas. Durante los aplausos y los gritos que siguen al último cohete, Hervé me coge del brazo y me empuja a lo largo del farallón, desde donde damos patadas a las piedras para que caigan al agua, y me sorprende al preguntarme si algo va mal. Trato de encontrar las palabras francesas que lo puedan explicar; le hablo de los dientes de oro de la boca siempre fruncida de Roksana, que de tan poco me han servido.

—*Oh là là!* —dice Hervé, algo que nunca hubiera creído que dijeran de verdad los franceses; y en un idioma que siempre es melancólico, es

la frase más triste que he oído, y me pongo a llorar.

Y entonces me pregunta:

—¿Por qué te casaste con ella? —Aunque ya conocía la respuesta práctica y burocrática a esta pregunta.

Caminamos un poco más y contemplamos el agua a nuestros pies desde el borde del elevado farallón de Kerguen.

—No es guapa. *Elle a une drôle de tête.* Y hay que reconocer que resulta deprimente. No, quizá lo que hiciste esté bien. Lo entiendo. Pero es un arreglo, ¿no? Y ella se atiene a él. El único que monta líos eres tú.

Hay unos cuantos estampidos dispersos de cohetes, luego uno más fuerte, luego risas.

—A veces —dice— me molesta ver cómo haces el tonto.

—Gracias —digo yo.

—Pero entonces recuerdo que eres americano.

Empieza la música abajo, en la *place*, y, antes de que pueda responderle, Hervé se aparta lentamente del borde del farallón y mira el pueblo. Me sitúo a su lado y vemos el baile a lo lejos mientras suena una canción francesa que parece de los años cincuenta, una balada sobre una chica que se llamaba Aline. Las parejas se abrazan y bailan meciéndose lentamente.

—*Ah, le slow* —dice Hervé sujetándose las mangas del jersey con más fuerza alrededor del cuello—. Es una canción antigua. Esa música me hace sentir nostalgia.

—También a mí —digo yo.

—¿Bailas con tu mujer?

—Nunca he podido abrazarla —digo.

Nos reímos. Me sorbo los mocos y me seco la nariz, y estoy a punto de pedirle consejo, el frío y desinteresado consejo francés que me preparará para el acto de rendirme ante mi mujer, cuando cambia el viento y la atolondrada nota del saxofón es arrastrada hacia el este. En la súbita ausencia de música, se me ocurre que Hervé ya me ha dicho lo que debo hacer, y que he de seguir fiel, hasta el final, a los estúpidos principios de la desesperanzada clase de personas a la que pertenezco.

HUMO

Era una gélida mañana de mayo al final de una insólita y súbita ola de frío que mató todos los narcisos de los jardines de las iglesias de Pittsburgh. Matt Magee estaba sentado en el asiento delantero de su viejo Metropolitan rojo, luchando con los dobles puños de su mejor camisa. Era una lucha deliberada y tranquila. No le gustaba la perspectiva de ir al entierro de Drinkwater, y no tenía prisa por entrar. Ya llevaba sentado diez minutos en el aparcamiento de la iglesia de San Esteban perdiendo el tiempo, escuchando la radio y frotándose amorosamente el hombro izquierdo, mientras veía cómo llegaban los demás asistentes y los periodistas. Magee ya no era joven, y le parecía que había asistido a demasiados entierros.

La tarde en que Eli Drinkwater se estrelló con su Fleetwood en la carretera del monte Nebo, a Magee habían decidido transferirle a un equipo de Buffalo después de un partido malísimo que fue la culminación de una larga temporada de desaciertos, mala suerte y baja forma. Eli Drinkwater había sido un receptor notable, un bateador temible y una persona amable y afectuosa, pero cuando Magee perdió la buena forma, su amistad se había enfriado hasta reducirse a una cerveza ocasional en la Post Tavern y a breves expresiones de lástima y conmiseración. El pequeño Coleman Drinkwater era ahijado de Magee, pero este llevaba casi cuatro años sin ver al chico. Era la obligatoriedad de encontrarse con la viuda y el hijo de Drinkwater en el entierro, así como con sus antiguos compañeros de equipo, lo que mantenía a Magee encogido detrás del volante de su coche en una esquina vacía del aparcamiento de la iglesia, subiéndose y bajándose los puños de la camisa, mientras el coche se llenaba con los diversos olores que exhalaba su cuerpo. Llevaba once horas y media, para entonces, bebiendo de una botella

de litro de Teacher's. No trataba de ponerse borracho perdido, ni de ahogar su desgracia profesional y la pena por la muerte de Drinkwater, sino de envenenarse de un modo cuidadoso y metódico. En los últimos años no solo se había apartado de Drinkwater, sino que parecía haberse alejado de todo, como si hubiera sido un soplo de aire. Habían pasado cinco años desde su mejor temporada, y su carrera profesional estaba a punto de tocar fondo.

Por fin Magee empezó a temblar de frío. Se sujetó los puños con los gemelos de turmalina rosa, apagó la radio y se apeó del coche. Medía más de uno noventa, y la gente siempre se divertía mucho al verle desplegarse al salir del diminuto Metropolitan. Según el acuerdo al que llegaron cuando se divorció de su mujer, Elaine, había pasado a ser suyo, aunque anteriormente había sido de ella. Elaine se había quedado con todo lo demás. Gracias a una mala inversión que había hecho Magee en una desdichada cadena de establecimientos que combinaban la lavandería con la marisquería, decorados con motivos alusivos al béisbol, lo demás consistía en menos de setenta y un mil dólares, una gigantesca caravana con antena parabólica e hidromasaje en Monroeville, y un sharpei de cinco años con colitis. Magee recogió la chaqueta de su sobrio traje gris marengo y la corbata azul marino del mínimo asiento trasero del Metropolitan y, lentamente, se hizo el nudo de la corbata. Esta llevaba estampados relojes blancos, y el traje tenía finas rayas de un gris más claro. Había perdido el abrigo —uno de Hart Schaffner & Marx— en el vuelo a Florida de aquella primavera, y no había creído que volviera a necesitar esa clase de prenda. Justo antes de cerrar de un portazo, Magee se detuvo un momento para examinar sus dos pequeñas maletas, una al lado de otra, en el asiento del pasajero, y por un instante imaginó que las llevaba a cualquiera de los mil destinos que no eran Buffalo, Nueva York. Luego comprobó cómo estaba su pelo en la ventanilla, se lo alisó con unos toquecitos en un par de sitios y atravesó el aparcamiento hacia la hermosa iglesia de piedra.

Hacía calor dentro de San Esteban, y olía débilmente a ropa de lana y a narcisos y a cera para muebles. Magee se situó detrás de la última hilera de bancos, entre algunos reporteros a los que conocía lo

bastante bien para suponer que no se sentirían cohibidos al verle. Los preparativos para el entierro se habían hecho discretamente, y aunque la iglesia estaba llena, no había tanta gente como Magee esperaba. El pastor, un hermoso anciano que llevaba una casulla dorada, murmuraba algo sobre las cabezas dispersas de la familia y los compañeros de equipo de Drinkwater. Aquella misma semana se celebraría un funeral por su alma que seguramente llenaría la iglesia de bote en bote. Para entonces los elogios de los periódicos ya habrían superado la fase de sorpresa y de anécdotas entrañables y empezarían a poner las cosas en su sitio, y la gente se daría cuenta de lo que había perdido. Drinkwater había sido un jugador excepcional, y además había desaparecido en la flor de la edad. Y eso era lo que comprendería la gente.

—Es una desgracia que no te mataras tú, en lugar de él —le dijo al oído una grave voz de mujer.

Magee se volvió sobresaltado al oír sus propios pensamientos expresados en voz alta. Era Beryl Zmuda, con abrigo de pieles, y solo estaba bromeando con aquella gravedad suya que la hacía parecer tan seria. Beryl era columnista deportiva del diario de la mañana de Erie, y conocía a Magee desde que este había empezado a destacar en esa ciudad, con los Cardinals. Un artículo laudatorio de Beryl, escrito después del primer partido profesional de Magee, había hecho que las cosas empezaran a rodar bien para él once años antes. En aquel partido había conseguido un triunfo resonante. Nadie estaba más decepcionada por el rumbo que había seguido la carrera de Magee que Beryl Zmuda.

—¡Hola, Ber! —dijo Magee en un susurro—. ¿Cuándo voy a ir a tu entierro?

—Fue el año pasado. Te lo perdiste. —No se molestó en hablar en susurros. Llevaba un sombrero verde arrayán con una pluma de garza que Magee ya le había visto muchas veces—. Tienes un aspecto terrible. Pero, como de costumbre, llevas un traje precioso.

—Gracias.

Se estrecharon la mano, y luego Magee se inclinó para besarla. Ella se sorbió las lágrimas y se estiró para recibir su beso. Todavía tenía

roja su puntiaguda nariz por culpa del frío, y Magee encontró sus mejillas un poco húmedas. El abrigo de marta tenía un tacto delicioso y olía a piel cálida y a Quelques Fleurs, y tuvo que hacer esfuerzos por apartarse de ella. Habían sido amantes durante un par de meses durante la temporada de 1979, y Magee todavía sentía un profundo cariño por ella. Un tío suyo había sido lanzador, en los St. Louis Browns; entendía de béisbol, en especial de los lanzadores, y escribía bien. Debido a su nombre,* prefería el color verde, y debajo del abrigo llevaba un vestido de gabardina del tono sombrío del agua de mar en invierno.

—Es una pena —dijo él, secándose los ojos. A Magee se le partía el corazón cuando veía llorar a una mujer, y tenía la lágrima fácil siempre que bebía.

—Tuvo un abril extraordinario —dijo Beryl. Su acento de Pittsburgh era seco y uniforme. Tenía quince años más que Magee, y empezaba a notársele la edad. Su pelo, rubio como un bate de fresno, ya era enteramente producto de la tecnología, y su cara tenía un aspecto apergaminado y transparente, y empezaban a formársele patas de gallo. Pero todavía tenía buenas piernas, con las pantorrillas redondeadas de una chica de Pittsburgh. Se había criado en el empinado barrio de Mt. Washington, donde muchas calles son escaleras.

—Lo tuvo, realmente —dijo Magee. Sin duda, Eli Drinkwater había muerto en el momento culminante de su carrera deportiva.

—Oye, ¿cómo te va? —Le miró de arriba abajo como si acabara de salir del hospital—. ¿Qué tal ese brazo?

Él se encogió de hombros; su brazo estaba bien. Magee tenía dificultades para coordinar sus movimientos. Sus lanzamientos se habían vuelto torpes y tan imprevisibles como los saltos de una manguera de incendios que no tiene quien la aguante. Aunque sobre el montículo de lanzar se sentía igual que cuando tenía catorce años, agresivo e irritable y con la cabeza clara, había cambiado un elemento invisible de sus lanzamientos. Los entrenadores consideraban que era por culpa de su pie derecho, que en los últimos tiempos parecía haber crecido media talla de zapato. Fuera la causa que fuera, ya no podía

encontrar lo que Eli Drinkwater había llamado el agujero de gusano. Drinkwater había tomado este término de un programa de televisión de Carl Sagan. Una pelota lanzada que atraviesa el agujero de gusano desaparece durante un instante y luego reaparece en algún lugar, a la vez directamente hacia el blanco y en ninguna parte cerca de donde debería estar, a medio camino de la galaxia, justo en el borde de la nada. Sus fracasos repetidos, durante varias temporadas, para encontrar el agujero de gusano habían hecho que Magee se volviera miedoso, y ese miedo había engendrado cautela; había realizado algunos partidos horribles.

—Está bien —dijo Magee frotándose el hombro izquierdo—. Esta tarde me tengo que ir a Buffalo. Inmediatamente después de esto.

Señaló con la cabeza hacia el altar, ante el que estaba el ataúd cerrado que contenía el cuerpo de Eli Drinkwater. Era un lujoso ataúd negro, que por su tamaño, acabado y líneas aerodinámicas recordaba los imponentes automóviles americanos que tanto le gustaban a su ocupante.

El pastor terminó su sermón, y Gamble Wicklow, el gerente del Pittsburgh, se puso de pie y se acercó al púlpito. Era un orador elocuente, licenciado en derecho por Fordham —su expulsión de Magee del equipo había sido una obra maestra de pesar y de solicitud paterna—, pero hoy parecía cansado y más viejo. Magee no consiguió enterarse de lo que decía. Gamble había estado sentado junto a Roxille Drinkwater, en el banco delantero, y ahora quedaba un espacio vacío entre Roxille y el pequeño Coleman. La visión de este espacio vacío resultaba conmovedora, y Magee apartó la mirada.

—¿No quieres ver eso? —dijo Beryl. Se puso de puntillas para mirar mejor.

—No puedo —dijo Magee.

—Fíjate en cómo mira Roxille ese ataúd.

Los reporteros que tenían a ambos lados, tristes, serios como la ocasión requería, todavía eran rapaces e insaciables. Se volvieron hacia la afligida viuda con la simultaneidad de estorninos

emprendiendo el vuelo. De hecho, había algo raro en la cara y la postura de Roxille Drinkwater. Roxille era una mujer guapa, un tanto gruesa. Tenía el pelo castaño rojizo muy estirado y sujeto atrás. No llevaba velo, y había en sus ojos una mirada airada y compleja, que, sin embargo, Magee creyó comprender. Su marido se había esfumado, había salido de su vida, como un envoltorio vacío, como una nube de humo. Se estaba preguntando cómo era posible que en otros tiempos hubiera creído que Eli existía en realidad. Mientras Magee la miraba empezó a balancearse un poco en el banco, adelante y atrás. Al principio casi no se notaba, pero cuando la voz de Wicklow se alzó para alabar a su marido muerto por su constancia y firmeza, y para predecir la pervivencia de su recuerdo en el mundo del béisbol, el balanceo de Roxille se acentuó, y Magee comprendió que debía hacer algo.

Una vez, en un avión, Magee había visto a Roxille sufrir un ataque de nervios. Fue durante un vuelo nocturno desde Nueva York, a donde Drinkwater había ido a recoger un premio, a Pittsburgh, a bordo de un pequeño bimotor que iba a toda velocidad y se agitaba y hacía ruidos raros. Roxille había empezado a balancearse en su asiento, a balancearse y a mirar la oscuridad que había fuera de la ventanilla. Había terminado gritando a voz en cuello, y le pegó una bofetada a la azafata cuando trató de tranquilizarla. Ahora las personas sentadas cerca de Roxille intercambiaban miradas alarmadas. Joey Puppo, el director general, tenía el ceño fruncido y miraba frecuentemente hacia los reporteros, que se habían puesto a murmurar y a chasquear la lengua. Magee vio que Roxille, tanto si se daba cuenta como si no, trataría de arrojarse sobre la reluciente tapa negra del ataúd.

—¡No puede hacer una cosa así! —dijo Beryl con una voz que difícilmente hubiera podido calificarse de susurro. Sentía poca estima por las demás mujeres, en especial por las esposas de los jugadores de béisbol.

—Esto es un entierro —dijo un reportero deportivo de la televisión, un ex jugador de béisbol llamado Leon Lamartine que en cierta ocasión, en Wrigley, había atrapado uno de los lanzamientos de Magee, un lanzamiento alto y fuerte, pero no lo bastante fuerte, hecho

que fue difundido por televisión a todo el país. Su tono no parecía implicar que el decoro evitaría que Roxille hiciera una escena, sino que en un entierro todo era posible.

—¡Venga, chicos, comportaos! —dijo Magee. Pero hizo crujir los nudillos y tensó los músculos de los hombros un par de veces, solo por si acaso.

Gamble Wicklow estaba terminando. Con la barbilla clavada en el pecho, encomendaba el alma de Eli Drinkwater al hombre encargado de confeccionar el Cuadro de Honor de los Jugadores del Cielo. Roxille se pasó la lengua por los labios. Parpadeó. Hizo ademán de acercarse al ataúd. Tres docenas de cámaras y magnetófonos se volvieron hacia ella. Magee decidió intervenir.

—¿Adónde vas, Matty? —dijo Beryl volviéndose rápidamente—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—... ahora que Eli Drinkwater se ha convertido para siempre, como creo que de verdad podemos decir, en una estrella de primera magnitud —dijo Gamble Wicklow haciendo una pausa en su panegírico con una triste sonrisa.

—Ya os lo dije —dijo Leon Lamartine señalando con el dedo.

Magee se había retrasado demasiado —su coordinación era irrevocablemente mala—, y su inicial avance pausado por el pasillo hacia el primer banco se convirtió en una carrera cuando Gamble bajó del púlpito. Magee se vio obligado a correr, pero tenía que dar la impresión de que seguía caminando normalmente, y, por otra parte, mantenía la cabeza baja y trataba de no llamar la atención. El resultado fue una imitación involuntaria, pero muy fiel, de los andares de Groucho Marx. Solo el hecho de que Gamble y el siguiente panegirista tropezaran a la entrada del presbiterio permitió a Magee ocupar el puesto de Gamble en el banco. Pasó el brazo por los hombros de Roxille, como para consolarla, y la sujetó contra el respaldo del banco.

—Tranquilízate —le dijo Magee con toda la suavidad que pudo.

Cuando Gamble Wicklow vio que Magee había usurpado su puesto, frunció el ceño, hizo un gesto extraño con la mano, se volvió y avanzó por el pasillo con aire gerencial. Su traje era viejo, de tweed, y le

sentaba mal. La nave de San Esteban se llenó de rumores, de murmullos alarmados y de fúnebres risitas reprimidas.

—¡Magee! ¡Oh, Magee! ¿Qué demonios voy a hacer? —dijo Roxille quedamente. Su voz era casi inaudible cuando pronunció la palabra «demonios». Tenía los ojos inyectados en sangre y muy brillantes. No miraba realmente a Magee, sino a su hijo, que se había girado y se había puesto de rodillas en el banco para ver lo que pasaba atrás, entre las cámaras. Coleman era un chico guapo, de largas piernas y moreno como su padre. Llevaba el pelo muy corto, y, siguiendo la moda, se lo había hecho afeitar en uno de los lados de la cabeza formando un dibujo; parecía el de un par de ojos.

Magee puso la mano en el antebrazo de Roxille. Llevaba un vestido de punto negro que parecía caro, con cuello de encaje negro y nesgas muy marcadas. Olía a jabón Castile.

—No lo sé, Roxie —dijo. Se sonrojó. Se sentía completamente fuera de lugar allí, en el banco delantero, y estaba avergonzado por haber dejado pasar tanto tiempo sin visitarla ni telefonearle, pero tenía la satisfacción de haber impedido que diera un espectáculo ante las cámaras de televisión—. Saldrás adelante.

Roxille se encogió de hombros y respiró profundamente. Cerró sus enloquecidos ojos y luego los abrió con cuidado. El pastor había vuelto al púlpito y consiguió, gracias a su aspecto pálido y preocupado, aplacar los murmullos. Después presentó al siguiente panegirista, un periodista de *Sports Illustrated.* Aquel hombre había empezado trabajando en el mismo diario que Beryl, y no hacía demasiado tiempo. Tenía talento y se desenvolvía bastante bien. Beryl le odiaba, pero se lo tomaba con filosofía, y este pensamiento llevó a Magee a preguntarse por qué no había odiado a Eli Drinkwater, cuya suerte empezó a mejorar en cuanto él perdió de vista el agujero de gusano. Miró el ataúd de Drinkwater, que ahora estaba a menos de un metro de él. El efecto del Teacher's se había disipado, y de repente se sintió tremendamente cansado. Se le ocurrió que quizá podría inventarse un chiste cuya gracia consistiera en tener que elegir entre estar muerto o arrinconado en Buffalo. No parecía haber elección, pero suponía que Buffalo tenía ciertas ventajas. Por otra parte,

Drinkwater tal vez ni siquiera se hubiera dado cuenta de que se mataba.

Tuvo la vaga impresión de que algo estaba perturbando su agotamiento, y entonces se dio cuenta de que era Coleman Drinkwater, que le tiraba de la manga. El chico señalaba el ataúd. Lo miraba como si le hubieran dicho que iban a realizar con él un truco de magia.

—¿Está mi padre ahí? —dijo con voz infantil, clara, terriblemente normal.

Magee y Coleman se miraron durante lo que se convirtió en varios segundos. Magee, que no tenía hijos, buscó el modo correcto de responderle. Quería contestar a la pregunta de Coleman con sinceridad, pero de un modo que no le asustara. ¡Ojalá hubiera tenido la cabeza más despejada y no se hubiera sentido tan terriblemente cansado! Tenía la impresión de que en la iglesia todos estaban pendientes de su respuesta. La frente se le llenó de sudor, y abrió la boca, pero no dijo nada. Por fin, impotente, pasó el brazo por los pequeños hombros de Coleman y le hizo volverse hacia el que hablaba en el púlpito. El chico no intentó apartar el brazo de su padrino, y según la ceremonia avanzaba fue apoyando lentamente la cabeza en el pecho de Magee. Al poco rato se quedó dormido.

Al cabo de unos momentos, el propio Magee, que llevaba treinta y dos horas sin dormir, se sumió en un tranquilo sueño. Tuvo el ensueño habitual, aquel en el que había recuperado su buena forma y estaba en el montículo en Three Rivers lanzando la pelota con fuerza e imprimiéndole siete efectos distintos. La luz del sol resultaba fragante y la hierba brillaba. Cuando se despertó, sintiéndose recuperado, la ceremonia había terminado y ya se habían llevado el ataúd. Beryl estaba de pie delante de él, con los brazos cruzados, mirándole como le había mirado en cierta ocasión al pagar la fianza para que saliera de la cárcel del condado de Erie. Magee sonrió, se frotó los ojos, y entonces se dio cuenta de que Coleman y Roxille se habían ido. Se volvió a tiempo de ver que el chico era sacado a rastras por su madre por la puerta de la iglesia. Coleman le sonrió desde más allá de los vacíos bancos, y Magee se dio cuenta entonces de que el dibujo que

llevaba afeitado el chico en el lado de la cabeza no eran dos ojos. Era el número de la camiseta de Eli Drinkwater, el doble cero.

—¡Pobre niño! —dijo Beryl—. Oí lo que te preguntó. ¡Dios santo! Estuvo a punto de darme un ataque de nervios.

—Me hago cargo —dijo Magee rascándose la barbilla. No conseguía recordar cuál había sido su respuesta, si es que había dicho algo.

—Bien —dijo Beryl sentándose a su lado y cogiéndole la mano. Se puso a darle masaje en ella con firmes toques de enfermera. Los dorsos de las manos de Beryl casi no habían envejecido, y Magee, sintiéndose nostálgico, los contempló mientras ella le daba masaje. Un suave mechón de su pelo color platino acarició la cara de Magee—. Bien. ¿Qué vas a hacer? ¿Buffalo? ¿De verdad vas a resignarte a eso?

—Quiero jugar, Ber. Tengo que recuperar mi buena forma. Creo que allí será un poco más fácil.

Beryl le apretó la mano con más fuerza y le miró. Su rostro no era incrédulo ni expresaba burla; se limitaba a morderse el labio y a arrugar la nariz. La nariz de Beryl, aunque pequeña, podía expresar una gran tristeza.

—Magee —dijo—. Matty. Puede que me equivoque metiéndote esta idea en la cabeza. Sé los esfuerzos que estás haciendo, Matty, pero... ¿y si no la volvieras a recuperar nunca? —La voz se le quebró suavemente al decir esto—. ¿Lo has pensado?

Magee retiró su mano y la cerró y la abrió un par de veces. La miraba con expresión de asombro, como si fuera un nuevo modelo cuya potencia aún no hubiera sido verificada. Luego apartó la vista, hacia el techo de la iglesia, y trató, por última vez, de recordar si había contestado a Coleman Drinkwater, y qué le había dicho.

—Sí —dijo, dirigiéndose al vacío coro.

MILLONARIOS

En una época Harry y yo lo compartíamos todo; es un error común de las amistades firmes. Idolatrábamos a los mismos artistas, las mismas películas y los mismos jugadores de béisbol (especialmente Comell, *La conversación* y Madlock), y nos gustaba sazonar nuestra comida —incluidos los cereales del desayuno— con cantidades igualmente generosas de salsa picante vietnamita que comprábamos en Tran's, de Murray Avenue. Nos poníamos la ropa del otro y unificamos nuestras colecciones de discos. Los gastos del apartamento y las facturas de las tiendas los pagábamos con el primer dinero que encontrábamos, hasta que los dos nos quedábamos sin blanca. Lo único que nunca compartimos —¡solo hubiera faltado eso!— fueron las amistades femeninas. Cuando Harry iniciaba un romance con Ruthie Louise Dollar o Atalanta Chin, y yo con Evelyn Smrek, hacíamos todo lo posible por demostrar que no nos importaba, y no parábamos de bromear nerviosos acerca de la bella y la bestia, pero sobre nuestra amistad se cernía una sombra mientras duraba aquella relación.

Con todo, Harry y yo todavía vivíamos juntos después de las apariciones y desapariciones de una buena docena de novias, y había un estante especial encima del radiador del cuarto de baño en el que exponíamos un pasador de pelo de concha de tortuga, una cadena con una estrella de David de oro, y un molde con la impresión de los dientes inferiores de Ruthie Louise, hecho por un dentista cuando iba al instituto, que no sé cómo había llegado a manos de Harry. Lamento decir que en nuestras conversaciones nos mostrábamos muy orgullosos de la probada invulnerabilidad de nuestra amistad ante las mujeres; y yo mantuve en secreto la información, potencialmente conflictiva, de que estaba enamorado de su última novia, Kim Trilby, y de que hubo muchas noches de sábado de aquel invierno en que salieron juntos en

las que, mientras estaba tumbado tiritando en mi futón en nuestra casa medio vacía, la idea de que Harry y Kim estuvieran durmiendo desnudos en el caliente dormitorio de esta me hacía desear la muerte de mi amigo.

En aquella época yo trabajaba de pinchadiscos en una emisora de poca monta que emitía música para gente mayor, la cual no mucho después se dedicó a música más comercial y se hizo con una porción pequeña pero sólida del mercado. Había una potente y bien conocida emisora de música de rock and roll dos números a la derecha de aquella en que trabajaba yo, y nadie escuchaba la mía excepto, imagino, gente de paso en hoteles que la elegían para que sonase en su radio reloj la mañana en que se iban de Pittsburgh para siempre. Tenía un programa de domingo a viernes, de las doce de la noche a las seis de la mañana, que arruinó mi vida social, pero me dio la oportunidad de decir muchas cosas atrevidas y absurdas imitando diversas voces, y de vez en cuando me permitía colar un disco de Blurt o de Virgin Prunes sin miedo a que nadie lo oyera y se quejase. En las ondas me convertía de nuevo en un hijo único solo en su habitación, un sábado lluvioso por la tarde, con sus juguetes y su tocadiscos, temporalmente olvidado de lo opresivo de su soledad.

La mañana de un martes de marzo, muy temprano —recuerdo que todavía era de noche y había tres enfermeras esperando el autobús en la esquina—, entré en el apartamento procedente del frío que calaba hasta los huesos y lo encontré con varias luces encendidas y caliente. Me sorprendió que Harry estuviera en casa, y despierto, pues últimamente pasaba casi todas las noches en la de Kim, en Beacon, pero aún me sorprendió más que estuviera encendida la calefacción. Debido a la crónica tacañería de Harry —pagábamos a medias el recibo con los otros inquilinos—, ya un perverso impulso mío por poner a prueba siete años de amistad, a mediados de diciembre habíamos llegado al acuerdo tácito de no abrir nunca los radiadores, y desde entonces andábamos por la casa con gorros de esquí y abrigo; nuestro aliento formaba nubecillas de vaho en el gélido cuarto de baño, y preparábamos la cena con los guantes puestos; las nubes de vapor que se elevaban mientras escurríamos en un colador en el

fregadero unos espaguetis recién cocidos eran densas y ondulantes. Era una especie de desafío ver quién sería el primero en rendirse al frío, pero no me complació comprobar que había ganado yo. A Harry le pasaba algo.

—¡Hola! —dije al atravesar el desierto cuarto de estar; solo teníamos una butaca, y estaba vacía. Imaginé que Harry estaría en la cocina, preparando el desayuno, pero no contestó. Me quité el abrigo y la bufanda y los dejé en el suelo, esperando oír sus pasos o su voz hablando por teléfono. Justo cuando iba a pronunciar su nombre, me llegó el sonido de un plato o de un vaso que se rompía en el sótano. Vivíamos en la planta baja de una casa de dos pisos que habían convertido en dúplex, y para bajar al sótano había que pasar por nuestro apartamento. Hubo otro ruido de rotura de cristales, después otro, luego varios más en rápida sucesión, como si Harry hubiera puesto una hilera de vasos encima de la lavadora y estuviera disparando contra ellos con una escopeta de aire comprimido. Como no tenía ninguna escopeta de aire comprimido, bajé corriendo a trompicones la escalera, sabiendo que abajo encontraría a mi amigo con el corazón destrozado y como una cuba.

De hecho, le encontré vestido únicamente con los calzoncillos y un gorro de esquí, agarrando una botella medio vacía de George Dickel con la mano derecha y uno de los platos de la vajilla de mi difunta madre con la izquierda. Tenía el brazo izquierdo levantado y doblado por el codo, y sujetaba el plato como si fuera un jugador de béisbol a punto de realizar un lanzamiento que ningún receptor pudiera parar. La vajilla de doce servicios era parte de la herencia de mi madre, y me la dejó con la intención de que se la regalase a la infortunada mujer que se convirtiera en mi esposa. En el suelo de cemento, a su alrededor, había ciento veintisiete consoladores añicos. Comprendí inmediatamente que había roto con Kim; antes ya le había visto romper cosas muchas veces. Como siempre que le ocurría, sonreía de modo peculiar, una sonrisa que combinaba el júbilo del gamberro con la triste mueca de divertido desprecio hacia sí mismo del borracho. El gorro de esquí le caía sobre un ojo, lo cual, cuando se volvió hacia mí blandiendo el plato y la botella de whisky, le daba cierto aire de

pirata. Era alto, llevaba una poblada barba negra y advertí que su ojo izquierdo estaba amoratado.

—¡Muy bien, Kim es toda tuya, Vince! —dijo con voz ominosa.

—Tengo ganas de acostarme —dije yo, pues de repente me sentía muy cansado—. ¿Por qué haces esto?

Harry siempre era considerado con mis horas de sueño —padecía de insomnio intermitente, y tenía en gran estima el dormir—, y dejó el plato en el suelo con una torpe suavidad de borracho.

—Lo siento —dijo—. Creo que Kim se deshizo de mí.

—¿No estás seguro?

—Es una de las posibilidades.

—¿Quieres decir que a lo mejor fuiste tú quien se deshizo de ella?

—Es posible.

—¿Te puso ella el ojo así?

No mucho antes de esto, Kim y un bate de béisbol habían interrumpido una pelea en el bar donde trabajaba, el Squirrel Cage (a lo mejor has visto por ahí al gilipollas de Snake Fleming con la cabeza vendada), y la chica tenía fama, a pesar de lo poquita cosa que era, de ser bastante buena con los puños.

—¿Qué ojo? —dijo Harry. Bebió un largo trago de la botella de Dickel. Se atragantó, y eso pareció despejarle por un instante. Miró a su alrededor y, al ver el estropicio que había hecho con los platos de mi madre, frunció el ceño—. Fueron los juguetes —dijo al fin.

Harry era director del departamento de investigación y desarrollo de Otros Mundos, S.A., una empresa de Pittsburgh que fabricaba lo que sus anuncios denominaban «juguetes para el niño poco corriente», o, como Harry los describía, «juguetes para chicos que no les caerán bien a nadie en el instituto». Era una empresa pequeña, y Harry constituía todo el departamento. El director y la otra mitad de la empresa era un anciano ortodoxo que se llamaba señor Levinsky; había sido socialista en los años treinta y representante en tres estados de Platt & Munk, o Funk & Wagnalls —he olvidado de cuál de las dos empresas—, y ahora se pasaba los días recorriendo en coche la costa Este para participar en subastas de objetos confiscados en la aduana y comprar cargamentos abandonados en los muelles de cualquier

producto que pareciera interesante y barato. En los puertos del Este se subastan diariamente grandes cantidades de toda clase de artículos extraños e inútiles: mil doscientas paletas de ventilador hidráulico, nueve mil ovillos de hilo naranja, cincuenta y dos cajas de potitos de alimentos infantiles, medio kilómetro de tenedores de plástico todavía en sus fundas. El señor Levinsky y Claude, el chófer de la empresa, volvían con esas gangas, en un camión Mercedes confiscado en una redada de drogas que también había sido comprado en una subasta, a los almacenes de Otros Mundos, S.A., en Monroeville.

El trabajo de Harry era ver si se podía jugar con aquellos productos, descubrir si tenían algún «valor lúdico intrínseco», como decía el señor Levinsky, aparte de su función habitual. Harry inventaba la manera de que pudieran utilizarse para jugar, o para adornar el cuerpo, o para molestar a los adultos, y entonces el artículo se metía en vistosas cajas y se vendía a escala nacional por 4,95 dólares en los puestos de recuerdos de los museos y en tiendas de juguetes con luces parpadeantes y nombres que parecían escandinavos. El mayor éxito de Harry hasta entonces había sido el In Útil. Lo habrás visto: un surtido de bolas de poliestireno, palos de golf y esos pinchos multicolores para cóctel que tienen un mechón de pelos de celofán rizado en un extremo. Este «Juego de desconstrucción autogenerativo» había causado sensación las navidades anteriores: se vendieron dieciocho mil unidades en dos semanas y media, y le había proporcionado un aumento y un inusual apretón de manos del señor Levinsky. El principal inconveniente del por otra parte envidiable empleo de Harry era que miraba todos los objetos que le rodeaban —sus zapatos, una caja de clavos, un envase dispensador de píldoras anticonceptivas— como un juguete potencial. En mitad de una conversación seria sobre el Tribunal Supremo o las clamidias, era capaz de dedicarse a clavar clips sujetapapeles enderezados en una esponja, representar un simulacro de batalla naval con macarrones crudos o dar a las pelusas de sus bolsillos formas de animales y organizar un desfile con ellas. He mencionado el envase dispensador de píldoras porque este fue el objeto que provocó su ruptura con Kim.

—Son estupendos como naves espaciales —dijo Harry. Se puso de

rodillas y empezó a barrer los platos rotos con las manos—. Cuando haces girar la tapa, disparas las píldoras como… bueno, bombas de hormonas. ¡Pum! ¡Pum! Toda una población se ve de repente incapaz de concebir.

—Harry —dije yo—, sube. Me voy a acostar.

—Hay un modo de dispararlas que hace que lleguen realmente lejos.

—Deja este estropicio como está. Ven.

Le cogí por el brazo, le guié hasta la escalera y le di un empujoncito. Me devolvió el empujón, con más fuerza, y me caí de espaldas. Mi cabeza chocó contra el suelo y oí dentro de mi cráneo el sonido de una piedra al golpear una lámina de aluminio muy tensa. Olí a sangre y pensé, durante medio segundo, que estaba a punto de morirme. Sobreviví.

—Mantente lejos de ella —dijo Harry—. Ya sé en qué piensas.

Tardé un rato en poder hablar.

—¡Capullo! —dije—. No pienso en nada.

Esto no era, lo comprendí al decirlo, enteramente cierto. Ya había empezado a hacer vagos planes para desabrochar la blusa de Kim, quitarle las botas camperas y los tejanos y pasarle la lengua por todo el cuerpo, desde las plantas de los pies hasta la coronilla. El dolor de mi cabeza desapareció como por ensalmo.

—¡Dios santo, estás sangrando, Vince! —dijo Harry. Tendió una mano y tiró de mí. Una vez de pie, me llevé un dedo a la nariz y le sonreí.

—Acabas de cometer un gran error —dije.

Me desperté a primera hora de la tarde, me duché y me acicalé con el cuidado de un hombre que pretende seducir. Kim trabajaba de camarera en el Squirrel Cage y no entraba hasta última hora de la tarde, así que esperaba encontrarla en casa. Había llegado a creer que yo era intercambiable con Harry tan completamente, que no se me ocurrió que Kim pudiera tener reparos para acostarse con una nueva pareja mientras todavía se encontraba en mitad de una dolorosa

ruptura; sencillamente, supuse que caería en mis brazos, igual que había caído en los de Harry, como si él estuviera enfermo y yo fuera el eficiente interino enviado por una empresa de servicios. La conocía desde hacía tanto tiempo como él, y simpatizábamos. Era una mujer delgada, de voz rasposa y aire sarcástico, de manos expresivas y con un respetable conocimiento de lo que a veces se llama rock industrial, uno de mis estilos favoritos. Una vez la llevé a escuchar a mi amigo Lee Skirboll, que tocaba en un conjunto que se llamaba Hex Wrench, en el que Lee golpeaba un archivador de acero con diversos palos de golf y espátulas mientras su compañero manipulaba un magnetófono, una radio de onda corta y un viejo equipo de generadores de ondas sinusoidales Philco proporcionado, sin saberlo, por el señor Levinsky. Kim se lo había pasado bien, y recordé ahora, enjabonándome la barbilla con creciente celo, que había habido un beso furtivo y un apretón de manos el instante antes de que entráramos en el bar, donde estábamos citados con Harry, a quien solo le gustaban Debussy, Falla y Erik Satie.

Cuando me acerqué a la mesa del comedor —la calefacción estaba nuevamente apagada, y yo llevaba puestos los guantes y un gorro—, encontré una nota de Harry apoyada en el azucarero. «Lo siento», decía. «¡Dios santo, qué dolor de cabeza tengo! También lo debes de tener tú. ¡Perdón, perdón, perdón! H.» Yo, la verdad, tenía un chichón más bien grande en la parte de atrás de la cabeza y cierta sensación de dolor si me volvía con demasiada rapidez; por lo demás, estaba bien. Al lado de la nota estaban enrolladas cinco docenas de trozos de un metro de cable telefónico muy fino de siete colores combinados, con el que Harry hacía experimentos últimamente para su obra maestra largo tiempo pensada, Aporía, «un juego de mesa invertido» cuyas reglas cambiaban imprevisiblemente con cada tirada de dados, pero cuyo resultado siempre era el mismo. Me senté con una taza de café y cogí un trozo de cable azul y amarillo. Me había criado en un barrio nuevo en el que, durante mi infancia y primera juventud, continuamente estaban haciendo casas, y recordaba haber encontrado trozos de aquella clase de cable en las obras y cómo lo doblábamos para hacer anillos, simples anillos de un solo cable —del tamaño del dedo de

Kim, supuse— alrededor de los cuales se arrollaban otros cables que le daban al anillo un bonito acabado amarillo y azul. Después de diez minutos de trabajo contaba con un ejemplar precioso, que me hizo recordar otro que le regalé a una chica durante mi adolescencia, y que no fue rechazado, por cierto. Me lo guardé en el bolsillo y salí, casi corriendo, por la puerta.

Hacía mucho más calor fuera que dentro, y pronto me quité el gorro y los guantes y los guardé en el bolsillo del abrigo. El sol brillaba de modo muy prometedor, había en el aire un leve olor a gasolina que recordaba el tráfico veraniego, y en el césped de la iglesia metodista de la esquina vi brotes de narcisos donde unos días antes había una capa de nieve sucia. Un viento cálido acariciaba la acera, y me pareció que solo tenía que dar un par de golpes en el suelo con el pie y echar la barbilla hacia delante para elevarme y deslizarme, tocando el suelo cada veinte pasos o así, hacia la casa de mi amor. La gente llevaba las ventanillas de los coches bajadas, y oía la música de sus radios cuando pasaban. Me desabroché los botones del abrigo y volví la cabeza. El dolor resultante fue agudo y apropiado. Dos hombres mayores emergieron de Isaly's, los dos lamiendo los primeros helados de la temporada, y fui detrás de ellos por Murray Avenue, escuchando cómo discutían sobre las posibilidades de un nuevo bateador procedente de una categoría inferior que acababan de contratar los Pirates. ¡Oh!, pensé, ¡pronto empezará el béisbol!

Cuando llegué a la puerta de Kim, descubrí, para mi sorpresa, que se me habían pasado gran parte de las ganas de acostarme con ella. Sería estupendo verla, sentarme en su soleada cocina y ver algún absurdo programa de televisión —ya habíamos hecho eso muchas veces anteriormente—, pues me sentía tan contento de subir los escalones de cemento mientras mi abrigo se agitaba detrás de mí y de notar el calor de mi cuerpo, que salía por el abierto cuello de mi camisa en una fragante columna, que no se me ocurrió nada, ni siquiera estrecharla entre mis brazos, que pudiera aumentar mi buen humor. El acto sexual, bien mirado, parecía ofrecer solo peligro y tristeza.

Subí despacio los tres escalones de su porche y me acerqué a la puerta delantera, y nada más llamar al timbre lamenté haberlo hecho.

Vacilé un momento de pie en el felpudo y volví a bajar muy deprisa los escalones; pero no había tiempo para que pudiera largarme sin que me viera. Miré a un lado, luego a otro, y volví a girarme hacia la puerta. Oí sus pasos en el vestíbulo, su mano en el pomo de la puerta, y, en el último momento, me agaché entre el reborde de cemento del porche y la hilera de acebos que lo ocultaban, y permanecí en cuclillas en el estrecho espacio entre el espinoso acebo y la casa. Un pincho me arañó la mejilla cuando ella abría la puerta, e hice todo lo posible para no soltar un taco.

Hubo una larga pausa durante la cual tuve tiempo para darme cuenta de que estaba agachado encima de un duro montón de nieve y se me estaba humedeciendo el culo. Oí olisquear tres veces a Kim, como si estuviera localizándome por el olor, y luego un suspiro.

—Hueles a gorro, Vince —dijo—. Como de costumbre.

Me alcé, saqué el gorro del bolsillo, y me lo volví a poner. Puede que fuera el gorro —a lo mejor estaba encantado—, o sencillamente la visión de Kim con un jersey de punto muy largo que le caía flojamente desde el cuello hasta encima de las rodillas; en cualquier caso, nada más verla volví a sentir deseos de acostarme con ella. Harry era mi mejor amigo, pero muchos millonarios han derrochado su fortuna, y muchos hombres han perdido la cabeza, y muchos amigos se han traicionado unos a otros, por menos que la visión de una chica encantadora que solo lleva puesto un jersey.

—Duermo con el gorro puesto —dije yo—. Como de costumbre. Nunca dejes que llegue un momento en tu vida en que tengas que dormir con un gorro puesto.

—Entra. Tengo la calefacción encendida y se está bien.

—Seguro que sí.

La seguí dentro de la casa y por el alargado vestíbulo hasta la cocina, donde sonaba la radio y había un olor a laurel, cebolla y mondaduras recientes.

—Estoy preparando sopa de lentejas —dijo volviéndose hacia el fogón y mirando el interior de una cacerola de hierro colado. Dentro del holgado jersey Kim parecía una mujer casada regordeta, y eso que era tan delgada que a veces Harry la levantaba sobre su cabeza y daba

saltos y la hacía girar mientras gritaba: «¡Helicópteros! ¡Llegan heridos!» No debía de pesar más de cuarenta y cinco kilos—. Será la última sopa de lentejas del invierno, espero.

—Eso parece.

—Puedes quedarte a comer, si quieres.

—Gracias.

—Si me prometes no hablarme de Harry.

—Lo prometo —dije.

La vieja radio de color rosa que había sobre la mesa de la cocina emitía un anuncio que me era familiar. Dos compases de la música enloquecida que iniciaba «Crosstown Traffic», seguidos por el ruido de una nave espacial aterrizando y luego mi propia voz, filtrada y tratada, que sonaba como si yo fuera un negro de cinco metros de altura a punto de enfadarse mucho. «Radio Tercera Juventud», decía mi voz distorsionada. «¡Música a tope!»

—Eres la única que la escucha —dije. Por lo general, fingía que no me importaba trabajar en una emisora casi sin oyentes, pero al descubrir que Kim la escuchaba me sentí conmovido y lo tomé como prueba incontestable de que era la mujer que me convenía.

—Harry me hizo acostumbrar.

Se sentó con cuidado en una silla de la cocina y me hizo gestos para que la imitara. Me fijé en el cenicero que había entre nosotros, donde había quince o dieciséis colillas dobladas. Kim fumaba demasiado, incluso para una camarera. Encendió otro pitillo.

—Voy a tener que dejarlo —dijo con una vocecita triste, como si nunca se le hubiera ocurrido hasta entonces.

—Claro que tendrías que dejarlo.

—Espera y verás —dijo ella—. ¿Estaba haciendo burradas cuando volviste a casa?

—¡No, qué va! —dije yo.

—No mientas.

—Estaba rompiendo la vajilla de mi madre en el sótano.

—¡No me digas!

—Y había puesto la calefacción.

Dejó el pitillo y abrió mucho sus ojos pardos, sorprendida.

Luego se rió, sin sarcasmo, con una felicidad tan auténtica que me dejó pasmado. Era una risa profunda y cantarina, y parecía invitarme a convertir a Harry, la idea de Harry, en algo risible, en un simple personaje de dibujos animados, y a reírme de él hasta hacerle olvidar a Kim que le había querido. Esa era la sencilla tarea que me esperaba.

—¿Qué es lo que tanto te divierte? —dije; la pregunta sonó más brusca de lo que había pretendido.

—Nada —dijo Kim. Bajó la vista hacia la brasa de su pitillo y se mordió el labio.

—Kimberly Ellen Donna Marie Trilby —dije. Me acerqué a su silla y me arrodillé en el suelo delante de ella. Siguió sentada, mirando el pitillo y llorando en silencio. No sabía por qué lloraba, si porque Harry se había ido o porque yo seguía allí, pero sentí mucha pena por ella. De vez en cuando uno veía a una camarera llorando de aquel modo en el fondo de un restaurante o en el vestíbulo junto al teléfono, mientras miraba una caja de cerillas que tenía entre los dedos, y pensaba durante un segundo o dos en la increíble dureza de la vida de las camareras. Me acerqué y la atraje hacia mí. Opuso una breve resistencia antes de dejarse caer en mis brazos.

—Ven conmigo —dijo al cabo de un minuto o dos. Se puso de pie y me precedió por el vestíbulo hasta el dormitorio. Su paso era demasiado enérgico para ser seductor; tenía cosas que hacer. Yo, anteriormente, ya había estado en su dormitorio muchas veces, y había sentido un escalofrío al ver las sábanas blancas y las hileras de zapatos, pero nunca había tenido aquella punzante sensación de ser tolerado a regañadientes, de ser como un viejo perro maloliente en una noche de perros, al que solo por una vez le dejan dormir dentro de casa, junto al hogar todavía caliente… sí, sentía que yo era un perro así de afortunado.

Encima de la cama había una gran caja de cartón de Seagram’s, cerrada con cinta adhesiva y que tenía escrita a mano, con la peculiar letra de Harry, la palabra tesoro.

—¿Qué hay en la caja? —pregunté.

—No tengo ni idea. —Parecía que no podía perder ni un segundo—. La trajo ayer, al salir del trabajo. ¿Quieres devolvérsela de mi parte?

—¿No dijo lo que había dentro?

—No se lo pregunté. Dejé de hacer preguntas sobre esas porquerías suyas hace mucho.

—Porque ya no le quieres —dije cogiéndole la barbilla y acercando su boca a mis labios. Ante esta moderada demostración de deseo amatorio, algo que nunca he sido propenso a utilizar, ella me dio con la rodilla en el estómago, sin contemplaciones, y me caí al suelo jadeando.

—Siempre querré a Harry —dijo Kim—. Siempre, siempre, querré a Harry.

— Lo entiendo —dije yo. —Siento haberte dado ese rodillazo. —Gracias —dije levantándome—. También yo lo

siento. Debió de ser por los besos que nos dimos en la co

cina.

—Seguro que ha sido por eso.

—Espera aquí —dije. Suspiré, tanto para recuperar mi respiración como para demostrar que estaba impaciente con ella y con los malditos juguetes de Harry, luego cogí la caja de cartón y la saqué fuera de la habitación.

—¡Ya sé lo que voy a hacer con ella! —grité por encima del hombro.

—¿Qué? —dijo Kim con un extraño tono de voz. Me siguió hasta más allá de la puerta y dejó descansar una mano en mi hombro, para contenerme—. ¿Qué vas a hacer con ella, Vince?

— Ya lo verás.

La caja era bastante más pesada de lo que parecía, y me pregunté, cuando atravesaba con ella la cocina y bajaba la escalera de atrás, qué podría contener, y por qué Harry la había cerrado tan a conciencia y la había dejado encima de la cama de Kim Trilby. El sol todavía brillaba en el patio de atrás, entre los flacos álamos y la nevera Kelvinator oxidada con la puerta cerrada con una cadena; iba a ser una tarde espléndida. Deposité el tesoro en la frágil hierba y entré en el sótano, donde había dejado la vieja pala que había utilizado para quitar la nieve de la entrada todo aquel invierno, ostensiblemente para ayudar a la casera de Kim, la señora Colodny, que vivía en el piso

de arriba, aunque en realidad porque después siempre me daba bollos judíos congelados del Kosher-Mart. La pala en cuestión estaba oculta, según pude ver, por una pila de cajas de Harry, con rótulos que decían PANELES DE COLMENA y CABEZAS DE SOLDADO, en el rincón del fondo, pero pude sacarla y puse inmediatamente manos a la obra.

—Ven, Vince —dijo Kim llamándome desde los escalones de atrás de su apartamento—. Estás echando a perder el jardín de la señora Colodny. Ven de una vez, Vince. Ya entiendo lo que quieres hacer. ¿De acuerdo?

Le sonreí y seguí. Cavar es una de las más difíciles de las tareas aburridas, si no he traspuesto los adjetivos, y me llevó unos buenos quince minutos de sudor y maldiciones, pero cuando terminé estaba empapado y acalorado y contento de que la caja estuviera a un metro debajo del suelo. Kim se quedó donde estaba, se arrebujó en el amplio jersey y encendió un tercer pitillo con el segundo. Me apoyé en la pala y durante un momento nos miramos con el césped por medio. No sabía exactamente lo que había demostrado, y probablemente ella no sabía qué la había impresionado, pero yo había conseguido demostrar algo, y ella parecía impresionada. Solté la pala, me dirigí hacia ella, apoyé la cabeza en la jamba de la puerta, respirando con dificultad, y esperé a que Kim aceptara, sin resistencia, sin aprensión, mi abrazo traidor.

—¿Y qué va a ser de la caja? —dijo mirando amargamente el patio soleado y la mancha negra de la tierra que yo había removido.

—No lo sé —dije—. Supongo que dependerá de lo que contenga.

A lo mejor, especulé con culpabilidad, Harry había metido en la caja todos los billetes que le había dejado, y todos los programas de béisbol y los *Playboy* que le regalé cuando empeoró de su asma, y la tabaquera de antiguos dientes de esquimal que traje de mi viaje a Alaska y que me dijo que necesitaba, y la edición francesa de *Trópico de Cáncer,* con la etiqueta, estremecedora, de prohibida su introducción en estados unidos, que yo había mangado para él un día en la librería Bryn Mawr-Vassar, de la Winthrop Street. Me di cuenta de que podía haber algunas cosas bastante buenas en aquella caja.

—No lo sabes —dijo ella—. Me gusta eso.

Sonrió, como si quedara satisfecha con aquella respuesta, al menos durante una hora o dos.

Esa misma tarde, en su dormitorio, se despertó sobresaltada. Estaba temblando, y al levantarse parecía tan débil que tuve miedo de haberle hecho daño durante nuestros revolcones y saltos, y cuando encendió un pitillo me asustó oír el raspar de su respiración al expulsar el humo: un sonido terrible, como el movimiento de hojas secas en una rama.

—Deja ese pitillo y vuelve a la cama —le grité.

—De acuerdo —dijo ella con una extraña ternura. Cuando se volvió a meter bajo el embozo, me incliné, encontré mis pantalones en el montón de ropa del suelo y busqué en el bolsillo izquierdo. Mis dedos se cerraron alrededor del anillo de cable y lo agarraron. Tenía miedo de que hubiéramos cometido un profundo e irremediable error, y que, como en un cuento de hadas, si no encontraba algo firme y mágico que agarrar justo en aquel preciso momento, los dos seríamos tragados por un repulsivo grupo de formas negras y negras aves malignas. Hicimos una especie de tienda de campaña con las rodillas, y nos sentamos dentro de esa íntima yurta, respirando mutuamente nuestros alientos y escuchando todo lo que nos rodeaba. Al cabo de un momento, cuando el aire se hizo espeso y dulzón, encontré su mano izquierda, conté los dedos, y luego le puse el anillo. (Era un poco grande, pero finalmente se adaptó a su dedo.) Alcé su mano, me llevé sus dedos a la boca y los besé. La tienda se vino abajo y la fría tarde de marzo, con sus últimos destellos grises en el cielo, inundó la habitación. Yo jadeaba de alivio. Ya se me ocurriría algo que decirle a Harry, tanto sobre Kim como sobre lo que había enterrado, y todos tendríamos, simplemente, que adaptarnos a las nuevas circunstancias.

—Tengo que ir a trabajar —dijo Kim dándole vueltas al anillo en su dedo como si le molestase, o como si quisiera invocar la más que dudosa protección que fueran capaces de proporcionar sus aros de cable. Luego se volvió hacia mí, sonriendo, y dijo algo optimista sobre el bebé que iba a tener, y yo le devolví la sonrisa en la penumbra, como si ya supiera todo eso. No admití, como debiera haber hecho, Dios lo sabe, que la baratija que le había dado, en realidad, solo era

un juguete.

Pasé por casa de Harry no hace mucho. Ahora comparte un apartamento de cuatro habitaciones en East Liberty con dos chicas japonesas que se llaman Tomoko. Todavía somos amigos, creo —hasta el punto en que nos hacemos reír el uno al otro—, pero es raro que pasemos juntos más que unas pocas horas, y nuestra relación ha llegado a ese estadio en que solo consigue animarse gracias a la cerveza y los recuerdos. Normalmente, cuando le veo, en Chief's o en el Electric Banana, está presente una tercera persona —un amigo suyo con el que yo no me llevo bien, o una mujer con la que trabajo que a Harry no le gusta—, y nuestra conversación es forzada, distante, y nunca trata de asuntos importantes.

Desde el día en que Kim nos dejó, nunca hemos hablado seriamente de ella —dudo que seamos capaces de volver a hablar en serio de ella —, pero tampoco hemos conseguido olvidarla y dejar atrás todo lo ocurrido. En primer lugar, a causa de las fotos del pequeño Raymond James Trilby que Kim nos manda, a Harry y a mí, de cuando en cuando. Después, porque algunas veces, por pura casualidad, nos encontramos en el Squirrel Cage, donde, en un marco encima de la barra, justo a la derecha del cartel que dice ES AGRADABLE SER IMPORTANTE, PERO ES MÁS IMPORTANTE SER AGRADABLE, todavía se encuentra una caricatura de Kim blandiendo un bate de béisbol hecha por algún cliente. Y otro constante recordatorio, supongo que se le puede llamar así, es el enorme y lacerante agujero que desgarró el tejido de nuestras vidas a causa de mi matrimonio con Kim y nuestro posterior divorcio, un agujero que se abre a un gélido vacío y a los brillantes restos de infinidad de estrellas. Estuvimos casados siete meses en total, y hacia el final Kim cenaba —casi a pesar de sí misma— con Harry más a menudo que conmigo, y le llamaba constantemente para quejarse y compadecerse. Y luego, un día, una familia de osos polares de pelusa púrpura apareció encima de la secadora de ropa, entre las cajas de jabón en polvo, y en el cubo de basura de la cocina encontramos una arrugada escuadrilla de aviones de caza hechos con papel de plata de

paquetes de cigarrillos; y Kim, que ya había cometido uno o dos errores, escapó de Pittsburgh lo más deprisa que pudo.

Cuando la otra noche me pasé por casa de Harry, las dos Tomoko habían salido a pasar la tarde con un visitante de Nagoya, y después de que Harry me enseñara sus ordenadas camas, sus armarios color pastel, las fotos en sus paredes y muestras de su escritura, y me hubiera hablado largo y tendido acerca de ellas y de su propia xenofilia, nos sentamos en el cuarto de estar, a ambos lados de un pack de seis latas de Rolling Rock, y nos miramos el uno al otro. En la actualidad no salgo con nadie y tengo pocas cosas divertidas que contarle al respecto.

—Así que has estado muy ocupado —dije yo.

—Ocupadísimo —dijo él—. Y tú, ¿qué tal?

—Lo mismo que tú, más o menos.

Siguió una pausa embarazosa, durante la cual hubiera podido beberme mi cerveza, darme una palmada en la rodilla y escapar a la tarde de octubre —el sol se había puesto angustiosamente pronto—. No se me ocurría nada que decir, nada en absoluto, y vi lo mucho que había llegado a depender de la presencia de una tercera persona en nuestros encuentros; necesitaba que hubiera alguien que llenara las desagradables interrupciones en nuestra jocosa conversación. Volví a mirar la barba de Harry, que últimamente había adquirido proporciones descomunales y parecía flotar alrededor de su cara. Luego recorrí con la vista la habitación.

—Se está bien aquí —dije—. Y caliente.

—¡Dios santo! —dijo él, estremeciéndose al recordarlo—. No puedo creer que hayamos vivido de aquel modo. ¿Te acuerdas de aquella mañana en que había lo que parecía una capa de hielo en el agua del retrete?

—¡Claro que me acuerdo!

—¡Jo!

—¡Uf!

—¿Has sabido algo de Kim? —dijo poniéndose de pie, camino de la nevera, para disimular la pregunta. Le dije que no, y que tampoco había tenido noticias del pequeño Raymond James. Sabía por la

madre de Kim, con la que me encontré en el Giant Eagle un par de meses antes, que Kim trabajaba en Honolulú, de secretaria particular, a bordo del yate de una mujer muy rica, pero otra persona me contó que era ayudante de un abogado en Filadelfia. Harry dijo que ya lo había oído antes y que no creía que fuera cierta ninguna de las dos cosas. Me tendió otra lata de cerveza.

—Fue extraño cómo terminó todo, ¿verdad? —dijo.

—Muy extraño.

—No me ocupé como debía de ella. Ni del niño.

Bebimos y nos miramos asombrados, como si nos preguntáramos mutuamente qué quedaba de todo aquello y de aquellos pródigos días.

—Quizá no fuera tan extraño, la verdad —dijo Harry.

—Puede que no —dije yo.

Sonó el teléfono y Harry fue a la cocina a contestar. Habló en voz baja y reservada con un amigo al que yo nunca llegaría a conocer, y le prometió —lo cual me cayó como un mazazo— que estaría libre para llamarle dentro de un momento. Volvió con una botella casi vacía de George Dickel y la cara larga.

—Quizá sea mejor que me vaya, Harry —dije.

—¡No, no! —dijo él, con tal tono de sinceridad, que casi eliminó mis dudas—. Tengo que enseñarte algo.

Me llevó al sótano de la casa, donde había una lavadora y una secadora, tres bicicletas, un viejo lavabo, equipo de camping —incluyendo dos mochilas vacías adornadas con soles nacientes y pegatinas de lo más horroroso y una gran variedad de cajas de cartón, puede que en total sesenta o setenta, llenas de objetos y con etiquetas escritas con la familiar letra de aspecto maya de Harry: TROZOS DE TUBO, PANA, CUERDAS, BOTONES CUADRADOS, GOMA ARÁBIGA, SOMBREROS DE MR. POTATO, ATOMIZADORES, RÉPLICAS DE SUSHI DE PLÁSTICO, CORREAS DE VENTILADOR, MONITOS ROJOS. Me mostró los planos de un juego nuevo que se llamaba Choque Frontal e incluía corchos de botellas, bombillas en miniatura de las que se usan en los adornos navideños y pitos de hojalata y luego se puso en cuclillas, buscó detrás de la caja de la goma arábiga y sacó una gran caja cuadrada.

—Este va a ser mi próximo juguete —dijo—. Lo voy a llamar Tesoro.

Esta vez, la palabra tesoro estaba impresa a los lados de la caja, junto con el nombre de un importante fabricante de juguetes británico y las palabras mar caribe, en letra antigua.

—Trataron de comercializarlo aquí, pero fracasaron —explicó, abriendo la caja—. Levinsky consiguió muy barato en Baltimore un cargamento de piezas de recambio del juego que se había extraviado.

Busqué en su cara alguna señal de que estuviera jugando conmigo, pero no la había; parecía que solo me quería enseñar, con un toque de desesperación, lo que había dentro de la caja, como si lo que le resultara más difícil fuera no tener a nadie a quien confiar los secretos de su fabuloso sótano. Alzó la tapa para enseñarme el rescate de un rey, un millón, en doblones de cartón, pintados de oro, brillantes a la luz del sótano, y me pregunté si no sería la misma caja que yo había enterrado en el jardín de la señora Colodny, o si aquel había sido otro tesoro, completamente distinto. No sabía mucho al respecto, pero suponía que una vez enterrabas un tesoro, no tenías que seguir volviéndolo a enterrar una y otra vez.

—Se supone que en la purpurina hay polvo de oro de verdad —dijo Harry—. Ese era el quid del juego, me parece.

Me tendió una gruesa moneda y la examiné. Llevaba una falsa inscripción ilegible y un tosco dibujo de la cabeza de un emperador, y cuando pasé los dedos por ella se desprendió parte de la purpurina, que se me pegó a las manos. Harry me miraba con una sonrisa enfebrecida, y de nuevo no supe qué decir, pero allí no había nadie más, y tenía que hacer algún comentario.

—¡Somos ricos! —exclamé.

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO PERDIDO

EL CUCHILLITO

Un sábado de aquel último e interminable verano antes de que sus padres se separaran y el equipo de béisbol de los Washington Senators quedara borrado para siempre de la faz de la tierra, los Shapiro fueron a Nag's Head, Carolina del Norte, donde Nathan, sin proponérselo, gastó una broma muy divertida, aunque un poco pesada. Circularon por la I-95, a través del estado de Virginia, hasta un sitio que se llamaba Sandpiper —un deslucido pero acogedor motel que formaba un óvalo y cuyas construcciones estaban pintadas de blanco y verde, como el Atlántico, y que dirigía un amable viejo asombrosamente gordo que se llamaba Colonel Larue; fumaba puros, y siempre estaba dispuesto a jugar a pelota o a pillar. En el exterior de su oficina, sobre la grava cubierta de malas hierbas, había una antigua máquina de Coca-Cola, roja y blanca, que daba las botellas por una puerta vertical de vidrio que chirriaba cuando se abría, y a Nathan le recordó el Automat al que su abuela le había llevado una vez en Nueva York. La visión del descolorido aparato, y del Motel Sandpiper en general —como la del Automat—, llenó a Nathan de una tristeza feliz o, más bien, de una felicidad triste; no era demasiado pequeño, a los diez años, para tener ya cierto sentido de la nostalgia.

Había chicos en todas las casas —con los más variados flotadores, cubos y palas, camiones y objetos voladores—, y su hermano pequeño, Ricky, para envidia de Nathan, enseguida se unió a un grupo de niños que parecían piratas y jugaban con pistolas de agua, y que siempre emitían sonidos como si se tiraran pedos y se morían de risa cuando sus madres utilizaban ciertas palabras corrientes como «salchicha» o «goma». Los Shapiro iban al mar cada verano, y al iniciarse aquellas vacaciones, como había ocurrido en todas las anteriores, Nathan y su hermano se llevaban mejor de lo que era habitual, su madre se puso

casi inmediatamente roja como un tomate a causa de un salpullido provocado por el calor y su padre tomaba el sol pálido e inmóvil, como un monumento, y siempre se olvidaba de quitarse el reloj cuando se metía en el agua. Nathan se había llevado un montón de libros de James Bond y sus lápices de colores; tenían también juegos de sobremesa —él y su padre estaban en la mitad de la liga de béisbol que jugaban con dados—, y cajas pequeñas de cereales; la familia cenaba fuera todas las noches. Pero cuando se encontraban a mitad de la lenta, adormecida semana —que era lo que iba a durar su estancia allí—, Nathan empezó a experimentar una añoranza poco habitual: quería volver a casa.

El miércoles se despertó muy temprano, fue a la pequeña cocina de la casa, donde el suelo estaba pegajoso y la mesa se balanceaba y temblaba, y eligió el último de los cereales apetecibles del paquete de Variety, dejándole a Ricky solo los de las marcas con nombres científicos, que no sabían a nada y crujían como papel —eran los que les gustaban a sus abuelos—. Cuando se puso a comer, Nathan oyó, procedente del gran dormitorio al otro lado del vestíbulo, el inconfundible y cada vez más familiar sonido de su padre enterrando a su madre bajo un montón de desprecio y ridículo. Era, por raro que parezca, un sonido suave y suplicante. Últimamente, al doctor Shapiro la conversación y las actividades de su familia parecían decepcionarle muchísimo. Siempre estaba levantando la mano izquierda para golpearse la frente triste y ultrajada, y lo hacía con tanta fuerza, que a menudo Nathan creía oír el sonido de la alianza de su padre al chocar contra su cráneo. Cuando jugaban al béisbol de sobremesa el día anterior —los Baltimore Bonfires de Nathan contra los Brooklyn Eagles de su padre—, todas las decisiones que tomaba Nathan le llevaban a un desastre, y su padre subrayaba cada sustitución desacertada y cada estúpido intento de adelantársele en el marcador con aquel nuevo tono de tremendo sarcasmo, de modo que Nathan se había pasado la tarde pidiendo disculpas y, finalmente, llorando. Ahora trató de escuchar la voz de su madre, su tono de avergonzada disculpa.

La puerta del dormitorio se cerró de un portazo, y la señora Shapiro

entró en la cocina. Llevaba puesto el albornoz y tenía una sonrisa de enfado e insomnio en la cara.

—Buenos días, cariño —dijo; luego canturreó para sí misma mientras calentaba agua y se preparaba una taza de café instantáneo. La cucharilla tintineó alegremente en la taza. —¿Adónde vas, mamá? —dijo Nathan. Su madre había terminado de prepararse el café y se dirigía a la puerta corredera de cristal, que conducía directamente de la cocina a la playa.

—Hasta luego, cariño —dijo ella canturreando.

—¡Mamá! —dijo Nathan. Se puso de pie, temiendo, absurdamente, que se fuera para siempre, dado que parecía tan contenta. Al cabo de unos segundos la oyó silbar, y fue a la puerta y apretó la cara contra el cristal. Su madre tenía un silbido de película de Disney, melodioso e intenso, como el de un escocés que recorriera un prado con un kilt de vistosos colores. Caminaba enérgicamente a lo largo de la desvencijada cerca de alambre y estacas, avanzando y retrocediendo por la hierba cercana a la playa, bebiendo café de la gran taza blanca y silbando de buena gana a la brisa; su cabello pelirrojo se alzaba de su cabeza y la seguía igual que una bandera desafiante. Nathan se fijó en que contemplaba la salida del sol (iba a ser un día perfecto, con brisa), y siguió observándola mientras dejaba el café en el suelo, se quitaba el albornoz y, en traje de baño, empezaba a realizar una larga serie de ejercicios de yoga (una nueva manía suya) como si estuviera jugando a las estatuas sola. Nathan pronto quedó absorto, con el fervor de un joven científico, en la contemplación de su guapa madre, que silbaba y rodaba por el suelo.

—¿Cómo puede hacer eso? —dijo el doctor Shapiro.

—Sí —dijo Nathan, muy serio, antes de sonrojarse y volverse rápidamente para mirar a su padre, que iba en pijama y contemplaba a la señora Shapiro. Su sonrisa era tensa e iracunda, pero en sus ojos había la misma mirada de triste sorpresa, de traición, que había visto Nathan cuando le comió a Johnny Sain, un lanzador potente, y el jugador que le sustituyó, Enos Slaughter, falló todos los tiros. Había un centenar de cosas nuevas que interesaban a la madre de Nathan (los bonsáis, los indios zuñis, el yoga, los bienes raíces), y aunque el

doctor Shapiro siempre había sido un hombre liberal, generoso y alentador (Nathan se lo había oído decir a su madre hablando con una amiga), y al principio la había ayudado muy contento a conseguir los manuales necesarios, el material y los libros ilustrados, últimamente cada nueva afición parecía caer sobre él como un mazazo, un descarrío, un paso en falso.

—¿Cómo puede hacer eso? —repitió, sacudiendo su gran cabeza barbuda.

—Dice que hace que uno se sienta bien de verdad —dijo Nathan.

Su padre sonrió pesaroso y le dio un golpecito en la cabeza. Luego se volvió y fue a la nevera, ajustándose los pantalones del pijama. Eran los que tenían dibujos de rayas azules y galones rojos, los que Nathan siempre había imaginado que llevaría el elefante torpe y fracasado del chiste de Groucho Marx.

Avanzado el día, cuando preparaban bocadillos de huevo y ensalada para llevarlos a la playa, el doctor y la señora Shapiro discutieron ásperamente por quinta vez desde su llegada. En la cocina de la casa había un cuchillito; era nuevo y hecho en el extranjero, por lo que a la señora Shapiro le gustaba mucho. Mientras lo utilizaba para cortar pequeñas herraduras de apio, volvió a alabarlo.

—¡Qué cuchillito tan bueno! —dijo.

—¿Por qué no te lo llevas? —dijo el doctor Shapiro.

El aire de la cocina se llenó repentinamente de un humo acre, de caramelo, y el doctor Shapiro corrió a desenchufar la tostadora.

—Eso sería robar —dijo la madre de Nathan sin hacer caso de los movimientos alarmados de su marido ni del hecho de que su comida se quemaba—. No nos vamos a llevar este cuchillito, Martin.

—Dámelo.

El doctor Shapiro le tendió la mano, con la palma hacia arriba.

—¡No pienso permitir que... me... obligues a ser deshonesta, nunca más! —dijo su madre. En un principio, pareció resistirse a terminar la frase que había empezado, pero al final se volvió, miró a su marido de hito en hito y se puso a gritar. Después de su exabrupto, los dos

adultos se volvieron para mirar, con una simultaneidad que casi resultó cómica, a sus hijos. Nathan no tenía la más leve idea de lo que había querido decir su madre.

—No robes, papá —dijo Ricky.

—Solo lo quería para sacar el pan de la tostadora —le dijo su padre. Volvió a mirar a su madre—. ¡Tiene narices la cosa!

Dio media vuelta y salió de la cocina.

Con los nudillos blancos alrededor del mango del cuchillito, su madre sacó la rebanada de pan y se puso a rasparla en el fregadero para quitarle las superficies quemadas. Como su padre había dicho «¡Tiene narices la cosa!», Ricky enarcó las cejas y sonrió mirando a Nathan. Al oír cerrarse el dormitorio de un portazo, Nathan se alejó bruscamente de la desvencijada mesa de la cocina, como si hubiera visto a un insecto trepándole por la pierna.

—¡Mátalo! —dijo Ricky—. ¿Qué es?

—¿Qué es? —dijo su madre. Examinó atentamente el cuerpo de Nathan, con una mano alzada para golpear.

—Nada —dijo Nathan. Se quitó las gafas—. Me voy a dar un paseo.

Cuando llegó a la orilla del mar, se volvió para contemplar el Motel Sandpiper. En aquella época, en Nag's Head había unos cuantos hoteles y ningún bloque de apartamentos, y a Nathan le pareció que el grupo de casas en el que ellos vivían se alzaba aislado, como Stonehenge, en medio de un erial gigantesco. Paseó por la playa, contemplando las huellas de sus pies y siguiendo las pisadas que habían dejado en la arena las aves de las que había tomado su nombre el motel.* Pasó junto a un castillo de arena, luego junto al dibujo de un corazón hecho con un palo dentro del que estaban los nombres de Jimmy y Beth. A veces sus talones se hundían profundamente en la arena, y se fijó en las huellas tan raras que dejaba entonces: un par de hoyos anchos. Se dio cuenta de que podía caminar de puntillas sobre los talones, y empezó a dejar un rastro de dos líneas de grandes puntos. Si daba pasos cortos, parecía como si una insólita criatura —un pájaro con dos patas de palo— se hubiera acercado a pescar a la orilla.

Avanzó sin rumbo fijo largo rato de ese modo, mirándose los pies, y

casi se olvidó de la riña entre sus padres. Pero cuando finalmente se cansó de andar sobre los talones y se volvió, vio que aquellos también habían decidido dar un paseo y se acercaban a donde estaba él —se cogían de la mano, se soltaban, se volvían a coger—. Nathan corrió a reunirse con ellos, y se separaron para que caminara entre los dos. Siguieron playa abajo, agachándose para coger conchas, cristales, cangrejos muertos, trozos de cuerda e infinidad de cosas en cuyo color u olor Nathan no se había fijado antes. Al principio sus padres lanzaban exclamaciones, al igual que él, al hacer estos descubrimientos, y su padre fue guardando en las manos las conchas listadas, para dárselas luego, y cuando tuvo dos docenas al entrechocar hacían el mismo sonido que si hubieran sido monedas. Pero al cabo de un rato sus padres parecieron perder el interés por todo aquello, y Nathan se encontró caminando unos metros por delante de ellos, agachándose él solo, hundiendo displicente las puntas de los pies en la arena, al tiempo que trataba de escuchar su indiferente e incomprensible conversación.

—¡Nunca más! —dijo su madre al fin.

El doctor Shapiro dejó caer las conchas. Se frotó las manos y luego se las miró como si despertara de un sueño en el que hubiera estado sosteniendo una fortuna en oro. Enderezándose tan deprisa que su cabeza se balanceó, Nathan lanzó un grito y señaló la arena bajo sus pies, entre las conchas.

—¡Fijaos en esas marcas tan raras! —gritó.

Los dos bajaron la vista.

Siguieron varios minutos de especulaciones sobre la naturaleza de la bestia que no tenía dedos en los pies y que paseaba a lo largo de la orilla, y aunque al principio Nathan estaba encantado, pronto empezó a sentirse avergonzado y, confusamente, incluso asustado por la facilidad con que había engañado a sus padres. Su mixtificación casi quedó al descubierto cuando Ricky, que llevaba un largo palo y se había hecho dibujos con rotuladores de colores en la cara y los brazos a modo de tatuajes, se acercó corriendo para ver qué pasaba. El chico se puso inmediatamente de puntillas sobre los talones, y habría caminado del mismo modo que Nathan si este no le hubiera agarrado

por el codo para hacerle a un lado.

—¿Por qué tienes un perro en la cara? —dijo Nathan.

—Es un jaguar —dijo Ricky.

—Estoy gastándoles una broma a papá ya mamá —dijo Nathan, que se había inclinado sobre su hermano para hablarle al oído.

—Muy bien —dijo Ricky.

—Creen que hay una criatura muy rara en la playa.

Ricky apartó a su hermano de un empujón y miró a sus padres, que hablaban de nuevo, quedamente, como si trataran de no alarmar a sus hijos.

—¡Parece increíble! —dijo el padre de Nathan.

La piel de Ricky estaba morena debajo de los burdos tatuajes, y tenía el pelo tieso y áspero a causa del agua, el aire y el sol; cuando miró a sus padres, levantó el palo igual que si hubiera sido una jabalina.

—Son idiotas —dijo, lisa y llanamente.

El doctor Shapiro se les acercó, moviéndose con cautela entre las misteriosas huellas, y se arrodilló junto a ellos. Tenía el rostro enrojecido, aunque no por el sol, y parecía incapaz de mirar a la cara a sus hijos. Nathan se echó a llorar sin esperar a que su padre empezara a hablar.

—Chicos —dijo. Apartó la vista, luego volvió a mirarlos y se mordió el labio—. Estoy asustado... lo siento. Vamos a volver a casa. Vuestra madre y yo... bueno, no nos encontramos muy bien.

—¡No! ¡No! ¡Fue Nathan! —dijo Ricky dejando caer el palo y echándose en los brazos de su padre—. No fui yo. ¡Que vuelva *él* a casa!

Nathan, haciendo acopio de todo su valor, decidió admitir que el curioso rastro del insólito animal era obra suya, y dijo:

—El responsable soy yo.

—¡Oh, no! —gritaron sus padres, lo que le causó un nuevo sobresalto.

Su madre corrió hacia él y cayó de rodillas, y ambos le estrecharon entre sus brazos y le dijeron que la culpa no era suya, en absoluto, y le acariciaron el pelo con los dedos, como si hubiera hecho algo por lo

que aún le quisieran más.

Después que volvieron de cenar, los Shapiro, excepto Nathan, fueron a la playa para dar un último y triste paseo. En el restaurante, Ricky había rogado a sus padres que se quedaran hasta acabar la semana —ni siquiera habían visitado el monumento de Kitty Hawk, el lugar donde había nacido la aviación—. Por consideración a Ricky, Nathan también había tratado de convencerlos, pero no lo decía de corazón —tenía muchas ganas de volver a casa—, y los cuatro habían terminado llorando y mascando silenciosos su cena en el comedor de estilo marinero del Port O'Call; hasta el doctor Shapiro había soltado una lágrima. Se iban a marchar aquella misma noche. La familia de Nathan estaba ahora, con sudaderas, junto a las puertas correderas. Sus padres no ocultaban su impaciencia, y Nathan intuyó que se sentían culpables por dejarle solo en la casa.

—Recogeré mis cosas —dijo él—. Podéis iros.

Durante un momento se le puso tenso el estómago de enfado, luego sintió una alegría secreta cuando sus padres, suspirando, le dieron la espalda y obedecieron su orden. Después se quedó solo, nuevamente en la cocina, por segunda vez aquel día, y de pronto lamentó no haber ido a echarle una ojeada al mar y odió a sus padres, sin demasiada convicción, por haberle dejado allí. Se levantó y fue al dormitorio que habían compartido Ricky y él. Allí, a la luz del crepúsculo que caía en forma de rayos naranja que entraban por la ventana abierta, la maraña de su ropa y sus sábanas, sus juguetes y sus libros esparcidos por el suelo, la superficie de la cómoda rota y de los cabeceros gemelos, parecían cubiertos por una fina capa de radiante arena, como si los hubiera cubierto la marea y luego esta se hubiese retirado y el cuarto estaba sembrado de las conchas que habían recogido. Nathan, después de vaciar la caja de zapatos llena de cromos de béisbol en su maleta, deambuló lentamente por el cuarto y metió en ella las conchas cogiéndolas cuidadosamente con sus temblorosas manos. De vuelta a la cocina con la caja, recogió los escasos trozos de cristal, blancos como la sal unos, verdes otros, que habían encontrado en la

playa, los cuales formaban un montoncito al lado del abrelatas eléctrico, y luego metió en ella una reseca y rosada pata de cangrejo, en cuya pinza Ricky había sujetado un lápiz de colores. Cuando Nathan vio el cuchillito en el estante junto al fregadero, dudó solo un momento antes de dejarlo caer en la caja, donde se hundió, gélido, como un tiburón disecado en un diorama de museo que representara el mundo submarino. Con tanta claridad como si lo recordara, previó la acusación de su madre y la airada negativa de su padre, y, soltando una risita ahogada que no era precisamente de felicidad, previó, recordó y empezó a guardar amorosamente en lo más íntimo de su ser toda la discordia de la que, en su imaginación tan salvajemente aficionada a guardarlo todo, se sentía y se sentiría siempre responsable.

MÁS QUE HUMANO

Durante la deprimente e incongruente primavera que precedió a su abandono del hogar, el doctor Shapiro sacaba su fuerza para seguir adelante y su consuelo de las tardes en las que él y su hijo hacían la ronda de las bibliotecas. El Servicio de Bibliotecas del Condado de Henrietta era rico y emprendedor, y mantenía guarniciones bien aprovisionadas incluso en los lugares más alejados de su imperio, así que en solo unas pocas horas él y Nathan, como una horda mongol de ratones de biblioteca de solo dos miembros, podían atacar una docena de bibliotecas diferentes y volver con un rico botín de últimas novedades del que podrían disfrutar durante catorce días, las cuales, en lo que a Nathan se refería, eran libros sobre béisbol, mitología y hazañas de los ratones civilizados. El doctor Shapiro estaba intentando aficionar a su hijo a la ciencia ficción, de acuerdo con la progresión natural, según la había experimentado él, de la infancia a la adolescencia, y le recomendaba las paranoicas novelas de su propia juventud, como *Slan* y *El hombre demolido* y *Qué formó el universo,* de las cuales Nathan prefirió la primera, cuyo joven protagonista tenía dos corazones.

Había una intensa competencia por conseguir los libros prestados durante catorce días en el condado de Henrietta, y ese era el motivo ostensible de aquellas incursiones semanales y la explicación que el doctor Shapiro daba a su mujer e incluso a Nathan. Su auténtico motivo era que durante toda su vida había tenido necesidad de pequeños rituales, una necesidad que últimamente se había vuelto casi incoercible porque el estado terminal de su matrimonio, y la tristeza de su nuevo trabajo —se había colocado en la Sunny Valley Farms, una pequeña clínica psiquiátrica privada para niños, donde tenía que enfrentarse con gran cantidad de diversas locuras infantiles bastante

siniestras—, habían despojado a su vida de lo cotidiano y le habían dejado a cambio la sorprendente novedad de una pesadilla. Su pipa, su movimiento semanal en su partida de ajedrez por correspondencia y sus desplazamientos con Nathan por las bibliotecas del condado, eran los únicos rituales normales que le quedaban.

Los jueves por la tarde, cuando las bibliotecas permanecían abiertas hasta las nueve, llegaba a casa del trabajo, se duchaba, se ponía unos pantalones vaqueros y una camisa limpia, y se sentaba a ver los últimos quince minutos de *Perdidos en el espacio* con Nathan. Al doctor Shapiro, que a la edad que tenía entonces su hijo había intentado, según una fórmula aparecida en un artículo de la revista *Science Wonder Stories,* crear vida en un balde para la colada, le gustaba aquel programa, lo cual le remordía la conciencia, y había visto cada uno de sus absurdos episodios al menos una vez. Cuando terminaba, él y Nathan dejaban a Rose y Ricky cenando, salían, todavía riéndose entre dientes, pasaban bajo la llovizna por entre las hortensias y se marchaban en coche. Mientras conducía por la sinuosa carretera secundaria que cruzaba pequeños pueblos y campos de maíz y llevaba hasta la biblioteca de Gunpowder Creek, el paisaje monótono y la conversación extravagante de su hijo le aburrían y le relajaban, y hacían que se sintiera casi contento y no estuviera tan pendiente del volante.

Les ponían apodos a sus colegas de Sunny Valley y a los compañeros de colegio de Nathan, inventaban largas retahílas de juegos de palabras sin sentido, cantaban versiones operísticas de las canciones de los anuncios... El doctor Shapiro tenía pocos amigos, y su hijo mayor, desde que dijo las primeras palabras, había sido su principal compañero en la vida que vivía en su imaginación. Sabía que no podía ser bueno para un padre depender de este modo de su hijo, y se reprochaba a sí mismo hacerlo; suponía que la suya no era una necesidad de adulto, ni mucho menos, y que debería haber abandonado hacía tiempo la tranquilizadora tontería de los juegos de palabras. En otros tiempos Nathan y él se habían pasado horas y horas inmersos en un universo perpetuamente en expansión de conversaciones sin sentido, pero a medida que se fueron haciendo

mayores los dos, y a medida que su fracaso matrimonial y su deseo de hacerse rico y el paso del tiempo dominaron cada vez más sus pensamientos, aquellas horas se fueron reduciendo hasta las tres que pasaban visitando las bibliotecas todas las semanas. La necesidad del doctor Shapiro no había disminuido, sin embargo; muy al contrario, había aumentado en los últimos meses, a causa del cambio de carácter de sus conversaciones. Nathan tendía de modo creciente a plantear preguntas difíciles que requerían respuestas cuidadosas, pues le pedía que le explicase los anillos de Satumo, la separación de la India y el Pakistán, el metro de Nueva York... El ardor de la afición de Nathan por los hechos parecía estimular una corriente de simpatía por parte de su padre, cuyo corazón se aceleraba mientras se esforzaba, a pesar de las grandes lagunas de sus conocimientos, en proporcionar la mejor información que podía a su hijo.

Un jueves por la tarde, unos quince días antes del comienzo del verano, el doctor Shapiro decidió que había llegado la hora de que se enfrentara a la prueba de explicarle a Nathan la amarga realidad del divorcio. Se sentía reacio a estropear su idilio semanal con aquella concreta relación de hechos tristes, pero llevaba retrasándola casi un mes, y el sábado siguiente —por increíble que pareciera— dejaría para siempre de vivir en la misma casa que su familia. Tenía que ser aquella noche.

Era una noche de viento y agua, impropia de junio, y mientras conducía en medio del pálido, casi imperceptible crepúsculo, acariciaba la idea de irse sin decir ni una palabra, de abandonar realmente a Nathan como había hecho su propio padre, aunque de un modo distinto, un año atrás. La idea de que podía volverse incorpóreo, de que le era posible desvanecerse, sin más, resultaba horrible y seductora.

Acababan de dejar la biblioteca dedicada a la memoria de G. Earl King, la sexta de su ruta, y se dirigían a Lucci's, la cafetería italiana donde siempre hacían un alto en su camino. Nathan, que había estado inusualmente callado durante toda la tarde, tenía unos cuantos libros de bolsillo en equilibrio en su antebrazo derecho y trataba de jugar con ellos, haciéndolos saltar bruscamente y cogiéndolos con la mano

antes de que cayesen. Los libros volaban por el asiento delantero una y otra vez, con la agitación de una bandada de palomas que alzan el vuelo sobresaltadas. Uno de ellos golpeó al doctor Shapiro en la cara, y el chico se apartó prudentemente antes de que su padre le pudiera devolver el golpe, pero el doctor Shapiro no respondió. Le parecía que la carretera volaba debajo de ellos, que no habían encontrado ni un solo semáforo en rojo, que no existía nada que pudiera aminorar la velocidad de su carrera. Estaban a menos de cinco minutos de Lucci's. Por lo general, lo sabía, por razones que no le resultaban claras, le soltaba a su hijo las malas noticias o le reñía en los restaurantes, y no deseaba que pasase lo mismo esta vez. A menos que le hablase ahora, tendría que esperar hasta después de que hubieran comido sus aceitosos bocadillos de carne y estuvieran camino de la biblioteca de Cross Fork, la mejor, con mucho, y no quería estropearle a Nathan el disfrute de la lujosa sala para jóvenes adultos, con palmeras en tiestos y aparatos para reproducir microfilmes. Se aclaró la voz y se maldijo por su propia cobardía; ya se veía atascado hasta el último momento, escupiendo las palabras en la oscuridad del jardín de su casa mientras con una mano pesada impedía que su hijo se apease y paraba el coche y su interior se llenaba de los suspiros y los chasquidos del motor al dejar de funcionar.

—Lo siento, papá —dijo Nathan, que tras colocar los libros en un montón en el asiento que había entre ellos cruzó las manos en el regazo.

—No importa —replicó el doctor Shapiro. Luego fue consciente de la hinchazón de su mejilla donde le había pegado el libro, un dolor triangular en el hueso—. Fue un accidente.

—Sí, eso es —dijo Nathan—. Fue un accidente.

El chico le sonrió enseñando los dientes, y sus brillantes ojos detrás de las grandes pestañas parecieron falsos, un poco desajustados, como si su hijo fuera un muñeco torpemente realizado. Como la de sus padres, la de Nathan era una cara casi descorazonadoramente vulgar, y creyó leer en ella la misma breve narración de rabia y confusión. Había decidido cien veces no mirar a sus hijos con ojos de médico, no prestar atención a los mensajes codificados en sus repentinos

comportamientos extraños ni estudiarlos, y permitir que se ganaran su voluntad y le dejaran perplejo, pero cuando miró a Nathan vio claramente que el chico era consciente, al menos de un modo confuso, del miedo y la vergüenza y el fracaso que su padre no se atrevía a expresar, y había empezado —accidentalmente— a vengarse. De repente, la información que podía darle el doctor Shapiro se había convertido en un peso insoportable para él, en un cinturón de hierro en torno a su pecho.

—Pregúntame algo —dijo, con voz demasiado alta, quitando el pie del pedal del acelerador. El coche aminoró la marcha y luego circuló por inercia hasta detenerse en mitad de la Old Rolling Road, a quinientos metros del próximo cruce—. ¿No quieres que te explique nada?

Nathan miró por encima de su hombro hacia la ventanilla trasera y luego volvió la cara hacia el doctor Shapiro. Este se mordió el labio y al mismo tiempo sonrió con la ansiosa y seria sonrisa de alguien que se enfrenta con un estúpido e insignificante acto de gamberrismo de un amigo en una juerga de borrachos. Los pocos conductores que se habían detenido detrás hicieron sonar el claxon, luego pasaron bruscamente a su lado, agitando sus puños como si le dieran ánimos.

—¡Vamos! —le exhortaban—. ¡Dale al chico lo que se merece!

Durante un momento se quedaron sentados solos en el coche, en la vacía calzada, mientras Nathan parecía buscar el nombre de algo que no supiera o que hasta entonces nunca hubiera entendido.

—Si yo fuera un mutante —dijo el chico al fin, mientras su mirada caía en la llamativa cubierta de uno de los libros de bolsillo, una novela que se titulaba *Más que humano—,* ¿mamá y tú me lo diríais?

El doctor Shapiro soltó un suspiro que sonó como una carcajada débil y cansina.

—No —dijo. Había vuelto la cara hacia la ventanilla, avergonzado, incapaz de seguir protegiendo a su hijo—. Creo que dejaríamos que lo descubrieses por ti mismo.

Trató de reunir fuerzas para la frase que iba a pronunciar y volvió a pisar el gas. El coche adquirió velocidad y se dirigió implacablemente hacia el cruce. Abrió la boca para hablar, la cerró, la volvió a abrir.

—Entonces, creo que ya lo sé —dijo Nathan.

Había sido incapaz de resguardar a su hijo de las peligrosas radiaciones de la edad adulta, del conocimiento, del fracaso; no había sabido desviarlas para que no le alcanzaran, levantar un muro a su alrededor.

El día en que el doctor Shapiro se llevó sus cosas, él y su mujer habían enviado a Nathan y a Ricky al centro comercial con su amigo Edward, una decisión que, en conjunto, Nathan aprobó. Aunque una parte de su ser sentía curiosidad por ver qué pasaba cuando el padre de uno saca sus cosas, sus libros y discos y pipas, por la puerta —le gustaban las raras ocasiones en que el doctor Shapiro, hinchando sus barbudas mejillas, se dedicaba a un trabajo pesado—, aquella mañana había visto durante un breve instante una caja llena de sombreros en el suelo del dormitorio de sus padres, y la visión de un gorro ruso de piel negra que estaba retorcido como un cerebro y que Nathan recordaba que su padre llevaba durante algún día de invierno en blanco y negro antes de que naciera Ricky, le había llenado de tal nostalgia y enfado que estaba contento de pasar la tarde tomando pizza y deseando los juguetes del centro comercial de Huxley, cuyo aire estaba lleno del olor dulzón de las velas y el jabón, y del amargo del cloro de las fuentes.

Cuando volvieron a casa su padre ya se había ido. La señora Shapiro estaba sentada sola a la mesa de la cocina. Cuando entraron los chicos, se puso rápidamente de pie y, antes de abrazarlos, llevó dos tazas de café y un plato con migas de pan de la mesa al fregadero, ruborizándose de un modo extraño. Al recibir el húmedo abrazo de su madre, Nathan se sintió a la vez abrumado, ciego y despavorido, igual que se sentía a veces cuando un juego exigía de él que trepara por una caja de cartón vacía de la nevera o se metiera en un espacio muy pequeño. Se retorció violentamente entre sus brazos y se apartó.

—Si los dos os vais a pasar el día llorando —anunció—, no quiero estar presente.

Se sintió malvado al decir eso, y salió de la cocina muy confuso.

Subió a toda prisa la escalera hacia su dormitorio, pero se dirigió inexorablemente a la puerta del de sus padres. Estaba entreabierta, y la empujó con la punta del pie, como si pudiera sobresaltar a un animal que durmiera en la cama. Había señales en la alfombra, se fijó, de la cómoda de su padre, de su mesa de trabajo, de su armario que siempre crujía, un dibujo de doce pequeños círculos como los puntos negros de una ficha de dominó. A Nathan no se le había ocurrido que el doctor Shapiro pudiera llevarse los muebles, y su ausencia, curiosamente, le hizo sentir pena por su padre, que ahora iba a tener que arreglárselas con tan poco. ¿Habría una cama en su inimaginable apartamento? ¿Habría una mullida butaca reclinable de cuero?

Se quedó quieto en medio de la habitación semivacía durante un minuto, más o menos, hasta que su mirada cayó sobre una papelera que estaba al lado del espacio que había ocupado la mesa de trabajo de su padre. Estaba casi llena de cartón de camisas y de envolturas blancas de perchas, pero en el fondo descubrió una bola arrugada de papel amarillo, que sacó y extendió en el suelo. Se trataba de una especie de lista, hecha por su padre, y Nathan se dio cuenta inmediatamente de que era una lista secreta, y de que una vez la hubiera leído probablemente desearía no haberlo hecho, lo mismo que siempre le había molestado el recuerdo de una carta de amor que encontró en una caja del sótano escrita a su padre por una chica que había sido la canguro favorita de Nathan. Se tumbó boca abajo en el espacio donde ya no estaba la gran mesa de trabajo de madera de roble y leyó lo que había escrito su padre. La letra era clara y contenida, como si el doctor Shapiro hubiera estado enfadado mientras la escribía.

«RESOLUCIONES», leyó Nathan: «1) Nunca volveré a alzarles la voz a mis hijos. Ni a amenazarles con el dorso de la mano. 2) No pensaré mal de ningún hombre o mujer, pues posiblemente nadie podría estar motivado por preocupaciones más triviales ni más banales que las mías. 3) Dejaré de llamar a mi padre y a mi madre por sus nombres, y procuraré recuperar lo que perdí cuando para mí se convirtieron en Milton y Flo. Es decir, querré a mis padres. 4) No presumiré de haber leído libros que no he leído, ni me atribuiré predicciones que nunca

hice. 5) Dejaré de imbuirle a Nathan un enfermizo amor por los hechos, y no buscaré conocerlos con codicia y ansia de dominio, como he hecho hasta ahora. 6) Seré mejor padre. 7) Escucharé a Bartók todas las mañanas, y a Mozart antes de irme a dormir. 8) Dejaré de lado todas las ambiciones, excepto la que he abrigado desde los diecinueve años, cuando hice mi primera lista de diez resoluciones: amar y comprender el arte, los deportes, la ciencia, la literatura y la música, y convertirme, algún día, en un auténtico hombre del Renacimiento. 9) No tiraré esta lista».

Sintiendo náuseas, y horrorizado como cuando miraba en los manuales de medicina de su padre las partes internas del cuerpo humano, la idea de que el doctor Shapiro ya había roto la resolución número nueve supuso un pequeño consuelo para Nathan. Cogió el papel, lo arrugó, lo mordió y lo partió por la mitad. Sonó el teléfono, y, por la suave e interrogante voz de Ricky en la cocina, supuso que llamaba el doctor Shapiro. Dentro de un minuto tendría que decirle algo a su padre, algo que este nunca olvidaría porque sería lo primero que Nathan le decía en aquellas circunstancias nuevas y especiales. Nathan deseaba, y se lo pidió rápidamente a Dios, balanceándose sobre sus rodillas, que su padre rompiera también las otras ocho resoluciones, siguiera pegándoles a sus hijos, se durmiera mientras en la radio sonaban Harry Belafonte y Doris Day, y se aprendiera de memoria la altitud de las montañas del mundo. A Nathan le parecía que ninguna de estas cosas tenía la menor importancia, y sin embargo habían motivado que el doctor Shapiro dejara la casa donde había vivido durante tantos años como una especie de gigante adorado, ocasionalmente peligroso, como un oso amaestrado e inteligente con un amplio repertorio de trucos. Por la lista, Nathan se daba cuenta de que el doctor Shapiro no sabía del constante placer que sus hijos obtenían de él ni de las leyendas y fábulas que habían fabricado a partir de su nombre. ¡Qué imposible era la vida de un padre!, pensó Nathan. El mejor hombre del mundo podía llenar un millar de páginas de magníficas resoluciones y, a pesar de eso, verse obligado a dejar su casa avergonzado.

—Escucha, papá —dijo Nathan cuando cogió el teléfono, dejándose

caer en la parte de la cama abandonada por su padre—. He estado pensando. En serio. Puedes volver a casa siempre que quieras.

—Ya lo sé —dijo el doctor Shapiro.

—Fuiste un buen padre —dijo Nathan apretando con fuerza la bolita de papel amarillo—. Fuiste el mejor padre del mundo.

—Gracias —le contestó el doctor Shapiro, pero lo dijo distraídamente, con demasiada premura, como si solo fuera una réplica, como si su mente tuviera cosas más difíciles, más maravillosas, en que pensar.

ALMIRANTES

Nathan apretó las zapatillas deportivas contra el respaldo del asiento de su padre y escuchó, ansioso y lleno de aprensión, las primeras notas de la canción en la radio del coche. No tenía la más mínima idea. Su padre llevaba jugando a preguntas y respuestas con él desde hacía tanto tiempo, que ya ni lo podía recordar, y, en consecuencia, Nathan se sabía la lista de los presidentes de Estados Unidos (por orden), las capitales de los cincuenta estados, las provincias del Canadá y las naciones de Europa y sus capitales (incluida Vaduz), los grandes inventos y sus inventores, los ríos principales del mundo según su longitud, los negros y judíos norteamericanos famosos y lo que habían hecho, los dioses y héroes de la antigua Grecia, los planetas y los satélites del sistema solar, además de dos docenas de fobias frecuentes, incluida la pantofobia, el miedo a todo.

Desgraciadamente, el tema del día era el rock and roll, y el doctor Shapiro le hacía las preguntas para demostrarle los conocimientos de su hijo a Anne, su novia, puericultora en el hospital en el que era psiquiatra el padre de Nathan. Iban camino de Annapolis (la capital de Maryland), donde se alojarían en un motel, aunque Annapolis solo estaba a media hora de Ellicott City, donde vivían Nathan, su hermano y su madre. Llevaba toda la mañana lloviendo sin demasiada fuerza, el aire era frío para mayo, y Nathan estaba un poco asustado ante aquellas falsas vacaciones. El doctor Shapiro subió el volumen de la radio y echó una ojeada a Nathan por encima del hombro; luego miró a Anne, para asegurarse de que le prestaba atención.

—Muy bien —dijo el doctor Shapiro moviendo lentamente una mano en el aire, como si guiara a Nathan por un estrecho espacio para aparcar—. ¿Quién es?

—David Bowie —dijo Ricky, el hermano pequeño de Nathan. Se

echó hacia delante para darle un golpecito a Anne en la coronilla, que era lo único visible para los chicos, que iban en el asiento de atrás. Ricky, de siete años, cariñoso, de mal genio y revoltoso, había visto a David Bowie una vez por televisión, vestido como un navajo de Júpiter, y había quedado muy impresionado.

—Silencio, Ricky —dijo el doctor Shapiro—. ¿Nathan?

Desde el divorcio de sus padres, año y medio antes, a Nathan había empezado a interesarle el rock and roll, pero aparte de las canciones de los Beatles, que conocía bastante bien, y unas cuantas de los Rolling Stones, no era nada bueno en este tema concreto. Durante un momento, mientras por su cabeza pasaban nombres de conjuntos y cantantes al azar, le entró pánico y las rodillas le empezaron a doler debido a la presión que estaba ejerciendo contra el asiento de su padre, hasta que se le ocurrió que se trataba de un nuevo tipo de concurso. Esta vez su padre no conocía la respuesta correcta mejor de lo que la conocía él. Podía decir cualquier nombre que se le ocurriera.

—Eric Clapton —dijo Nathan, como quien no quiere la cosa, mirando fijamente la nuca de su padre; luego sintió una súbita alarma y esperó a ver si Anne descubría su engaño. Era más joven que su padre, y Nathan recordó con sobresalto que le había dicho que los Buffalo Springfield habían tocado en su universidad.

—¿Eric Clapton? —dijo su padre—. ¡Estupendo! Es asombroso, ¿no te parece, Anne? —Ella sonrió—. No había sonado ni una docena de acordes y ya le conoció.

—Maravilloso, sin duda —dijo Anne volviéndose a Nathan y sonriéndole. Anne era muy agradable, se recordó Nathan, y luego se sintió culpable por haber tenido que recordárselo. Siempre le había gustado Anne; de hecho incluso se había enamorado de ella cuando solo era una puericultora del hospital donde trabajaba su padre. Él y Ricky habían pasado días enteros en la sala de juegos del hospital, pegando palillos y tejiendo salvamanteles multicolores que luego llevaban a casa para su madre, y Anne les compraba comida china y tebeos. Pero, desde que era la novia de su padre, Nathan había empezado a desconfiar de todas sus atenciones anteriores. Se encogió de hombros y se sentó lo más lejos que pudo de ella.

—¡Es David Bowie! —dijo Ricky—. ¡Pregúntame a mí, papá! ¡Pregúntame a mí!

—¿David Bowie? —dijo el doctor Shapiro—. ¡No digas tonterías!

Pasaron al lado de una señal que indicaba Annapolis.

—Chuck vive en Annapolis —dijo Ricky—. Eso dice mamá.

—¿Quién es Chuck? —dijo su padre.

Sin saber exactamente por qué, Nathan le dio un golpe a Ricky en el brazo, con fuerza, con mucha más fuerza de lo que pretendía, y Ricky se puso a llorar, luego se interrumpió y miró a Nathan, con la frente arrugada y roja.

—Tum, tum, tum —dijo Ricky, haciendo el tonto—. Chuc, cuc, cloc, clauc.

Entonces la canción terminó y a Nathan se le encogió el corazón cuando se dio cuenta de que el pinchadiscos tal vez dijera el nombre del cantante, mientras Ricky llegaba, con un jadeo, al final de su canturreo.

—¡Cabrón! —susurró tapándose la boca con la mano. Miró a Nathan como si tal cosa durante un instante, y luego sonrió con una mezcla de horror y alegría por lo que había dicho; aún tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ya llegamos —dijo Anne, y apagó la radio.

Su madre había tenido cuatro novios desde el divorcio, y a Nathan le habían gustado todos, menos Chuck. Los tres primeros llevaban barba y gafas, como el padre de Nathan, y conducían con tranquilidad pequeños coches extranjeros. Hacían grandes esfuerzos por hacerse amigos de Nathan, y él también los había hecho; jugaron al béisbol, se contaron chistes y discutieron de ciencia. Nathan se sentía triste cada vez que un novio dejaba de llamar y de ir a ce>nar, aunque no tanto como su madre. De los muchos espectáculos nuevos que había originado el divorcio —su madre, vestida con un traje sastre, yendo la mar de contenta a trabajar por las mañanas, Nathan preparándose la cena con la radio a todo meter—, el más inquietante era que su madre lloraba, algo que no había hecho ni siquiera cuando murió su abuelo,

pero que últimamente le había visto hacer por lo menos diez veces.

Y ahora Chuck, un piloto de avionetas, estaba llevando a su madre a extremos de emoción aún más radicales. Tenía un coche italiano, de solo dos plazas. Si algún viernes por la noche Chuck la dejaba plantada, su madre se sumía en una desesperación dominada por los celos y se pasaba la velada devorando una novela o hablando por teléfono con sus amigas durante horas. Les preparaba palomitas a los chicos y participaba con ellos en juegos de sobremesa o en partidas de cartas, sonriendo a medias con aire pensativo. El invierno pasado, una noche, a última hora, bajó con las botas puestas, cogió su abrigo y salió, pero volvió hecha un mar de lágrimas una hora después. A la mañana siguiente Nathan se la encontró sentada en la escalera con la bata puesta y el periódico del domingo enrollado en el regazo. Nathan se inclinó y cogió el periódico y lo abrió, riéndose, como si ella, simplemente, estuviera en Babia.

—Mamá —dijo—, ¿adónde fuiste ayer por la noche?

Se lo contó, llorando; la historia surgió en breves ráfagas, mientras contenía la respiración entre sollozo y sollozo. Y durante el desayuno, en el que Nathan tomó café y oyeron los dibujos animados que Ricky estaba viendo en el piso de arriba, su madre le confió historias desesperadas de sus andanzas siguiéndole los pasos a Chuck, y él sintió, casi físicamente, que se hacía mayor.

Sintió lo mismo ahora, con su padre. El doctor Shapiro le pidió prestadas cuatro monedas de veinticinco centavos para meterlas en el parquímetro, y Nathan se echó a temblar porque era la primera vez que le hacía un préstamo a su padre. Entraron en una librería, donde se burlaron de las novelas rosa y se turnaron para mirar una historia del ajedrez. El doctor Shapiro encontró una guía de los restaurantes de Maryland y, después de reducir las opciones a tres, dejó que Nathan decidiera a dónde irían a comer. Tras estudiar las breves ofertas de cada uno, Nathan se decidió finalmente por un restaurante de pescado a la orilla del mar que se llamaba Bonhomme Richard, especializado en cangrejos de caparazón blando, el plato favorito de su padre. Salieron de la librería y se dirigieron a la bahía, con Anne y Ricky siguiéndoles a unos pasos. Las nubes de la mañana por fin habían

empezado a despejarse, y brillaba el sol; entraron en el Bonhomme Richard y, durante los breves momentos antes de encontrarse con Chuck y la señora que le acompañaba, Nathan se dio cuenta, emocionado, de que pronto llegaría el día en que podría entrar en un restaurante y tomarse como aperitivo un cóctel de color caramelo igual que pedía un postre. Luego vio a Chuck junto al guardarropa, ayudando a una señora pelirroja a ponerse el impermeable.

—Es como el mío —dijo Ricky justo antes de darse cuenta de que era Chuck—. ¡Hola!

Era como el suyo. La señora llevaba un chubasquero de color amarillo, con la capucha desmontable. Chuck le sujetaba la manga izquierda y sonrió a Ricky, cosa que muy a menudo hacían los extraños. Nathan cogió a su hermano pequeño por el brazo, lo más suavemente que pudo, e hizo que se volviera hacia su padre y Anne, que ya entraban en el comedor. Mientras los chicos les seguían, Nathan luchó —como Orfeo o la mujer de Lot— contra el impulso de volverse y mirar al guapo y misterioso piloto de avionetas y a la señora del impermeable de niño. Finalmente, no lo pudo resistir más, y se enfadó al ver que Ricky también se había vuelto a mirar.

—No mires —dijo Nathan.

—Pues tú estás mirando —dijo Ricky.

Se fijaron en que Chuck dejaba un dólar en la pequeña bandeja para las propinas y luego cogía a la dama del brazo; esta alzó una cara alegre hacia la de Chuck, y soltó una especie de resoplido, agitando su flequillo pelirrojo. Eran una pareja feliz. Lo que resultaba triste. Nathan se acordó de una vez, hacía tiempo, en Richmond, Virginia, en que sus padres estaban a la puerta de su dormitorio, cogidos de la cintura, mirándose a la cara y al pequeño Nathan, que bailaba desnudo en su cama. Su padre había llamado Rosie a su madre, la única vez en su vida, y Nathan paró de bailar y gritó: «¡Rosie!».

—Aquí viene papá —dijo Ricky.

Su padre se les acercó, con las manos extendidas y una ceja alzada en una mueca de burlona preocupación.

—Ya vamos —dijo Nathan—. Vamos ahora mismo.

—¿Qué habéis visto? —dijo el doctor Shapiro.

Se sentaron y Nathan abrió la carta. Al principio estaba demasiado agitado para hacer otra cosa que mirar los nombres de los diferentes platos. Dibujos en color de los peces aparecían en el borde de la carta —abadejo, bacalao, rodaballo y lenguado, y un pez muy feo que no era un delfín pero al que llamaban delfín—.* Se sintió —igual que si de repente, y de modo irrevocable, hubiera sido nombrado embajador de su madre en Annapolis y en todo el mundo— a punto de echarse a llorar.

—Mira —dijo Ricky—. Almirantes.

Estaban sentados en una parte del restaurante que se proyectaba sobre el mar, en una mesa frente a una ventana. Al otro lado del comedor, delante de otra hilera de ventanas, estaba la barra, ahora enteramente ocupada por oficiales de marina en uniforme blanco, casi dos docenas, una bandada de almirantes. Sus gorras puestas del revés cubrían la barra; el sol del mediodía caía encima de sus hombros cuadrados y hacía resplandecer sus guerreras. Todos los hombres parecían guapos y contentos, y los cócteles brillaban en sus manos, y a Nathan le entraron ganas de probar uno de aquellos gin-tonics de elegante color lima.

—¿Qué vas a pedir, Nathan? —dijo su padre.

—¿Aunque sea caro? —preguntó él, pues las únicas cosas que parecían apetitosas eran caras. Nathan prefería, como norma, pedir los platos con mayor cantidad de ingredientes y a los que aplicaban mayor número de adjetivos. Su padre asintió con la cabeza e indicó con la mano que daba lo mismo.

—Puedes pedir lo que quieras —dijo. Era lo que siempre decía, y era una de las cuatrocientas cosas suyas que Nathan adoraba.

Vino el camarero y le hizo a Ricky los trucos propios de su profesión: desplegó una servilleta, le preparó el batido de chocolate allí mismo, en la mesa, y le sirvió la leche en el vaso, primero desde poca altura, luego desde más arriba, luego subiendo y bajando, como si la leche fuera una blanca tira de goma. El doctor Shapiro pidió cangrejos e inmediatamente se levantó de la mesa y fue en busca de un teléfono.

Este era otro fenómeno reciente e inquietante. Nathan sabía que a

su padre le gustaba oír lo que pedían los chicos y expresar ceremoniosamente su aprobación o su sorpresa. Pero desde hacía un par de meses el doctor Shapiro solía desaparecer de repente para ir en busca de teléfonos públicos en restaurantes y grandes almacenes, preocupado por «mantenerse en contacto» con los padres de sus pacientes, con el hospital, con sus colegas paquistaníes. Telefoneaba de modo tan mecánico y sumiso, que Nathan había llegado a asociar esas llamadas con las que les hacía a sus hijos un par de veces a la semana, de las que Ricky parecía disfrutar, pero que para Nathan (y este sospechaba que también para su padre) resultaban difíciles y, en cierto modo, insinceras.

Anne y Nathan se miraron y compartieron una sonrisa sarcástica, como si la reciente telefonomanía del doctor Shapiro fuera algo absurdo. Luego el sarcasmo desapareció de la cara de Anne. Buscó con la mirada a su novio, frunció el ceño y se volvió hacia Nathan y trató de sonreír nuevamente. Era como si, durante unos momentos, se hubiera quitado la careta y le dijera que lo adecuado era preocuparse, pues, de hecho, pasaba algo anormal. En aquel momento, Nathan sintió que la quería. Pero entonces ella sonrió.

Ricky, que pidió gambas rebozadas (se encontraba en plena fase de locura por las gambas), derramó el vaso de batido de chocolate. Sus disculpas fueron tan sinceramente enojadas, que unos cuantos de los brillantes almirantes del otro lado del comedor le miraron y se rieron. El vaso, por suerte, no se había roto, y Ricky sonrió y se tranquilizó. Cuando volvió su padre, tirándose de la barba, Ricky se inclinó hacia él.

—Papá, los almirantes se rieron de mí —dijo—. Esos del otro lado del comedor.

Anne cogió a Nathan de la mano y le susurró algo al oído.

—No era Eric Clapton —le dijo sonrojándose.

—¡Oh! —dijo Nathan observando a su padre, que tenía la mirada absorta y pasmada, perdida en la inmensidad del agua de color platino, como si estuviera pasando un gran transatlántico.

—Eran los Rolling Stones —dijo—. La canción era «Te queremos».

Cuando salían del restaurante empezó a lloviznar de nuevo, y anduvieron deprisa por las calles de tienda en tienda. Una de ellas, abarrotada de mesas y sillas antiguas, se encontraba al lado de otra que estaba llena de artísticos juguetes —payasos pintados, bailarinas, trenes de madera con forma de pato—. De modo que se separaron. Últimamente, al doctor Shapiro y a Anne les interesaban los muebles antiguos, y aunque durante un tiempo Nathan había intentado compartir su interés, como haría un adulto —examinaba los muelles de las butacas, se fijaba en la forma de las mesas—, no le resultaba fácil, de modo que como Ricky no se había fijado en la juguetería, Nathan se la señaló sin dudarlo ni un instante. Escuchó los gritos de contento de Ricky, y luego fingió resignación cuando su padre le mandó que acompañara a su hermano a la tienda.

Pronto descubrieron que la mayoría de los juguetes artísticos estaban en el escaparate y que, en realidad, era una juguetería normal, con juguetes buenos pero corrientes. Ricky no cabía en sí de alegría. Disparó a Nathan con una pistola de rayos que lanzaba chispas y zumbidos, se puso unas gafas de buceo y sopló por el tubo de respiración, puso en marcha todos los juguetes con pilas y danzó alrededor de la mesa sobre la que los exponían lanzando exclamaciones de felicidad cuando chocaban unos con otros. Últimamente, cada vez que Nathan entraba en una juguetería se sentía invadido por sentimientos confusos, y ahora estaba con las manos en los bolsillos, junto a una vitrina con caballeros medievales, soldados y animales de granja en miniatura, contemplando con aire ausente los accidentes que provocaba su hermano con los juguetes.

En casa, con su madre, Ricky no se dedicaba a destrozar los aparatos o los jarrones, pero estaba de mal humor y pateaba o protestaba; con su padre estaba contento y hacía comentarios sin parar, pero no podía tener cerca nada valioso, y a veces los aparatos más robustos se hacían pedazos entre sus manos. Los nervios de su madre estaban hechos trizas, como las pipas y los vasos de whisky de su padre. Cuando Ricky no estaba cerca, hablaban de él de un modo que inquietaba a Nathan, porque parecía dejar en claro que Ricky era

una especie de problema, o alguien que iba a provocar problemas pronto, lo cual, pensaba Nathan a veces, casi sin duda significaba que él también era un problema, solo que mayor.

—¡Nate! ¡Nate! —dijo Ricky desde algún punto de la parte delantera de la juguetería. Nathan miró por última vez el caballo y el cruzado, apoyados en su peana de césped metálico (el único objeto de la tienda que deseaba, y sin demasiado entusiasmo), y fue al encuentro de su hermano. Ricky estaba de puntillas, agarrado a la parte de arriba de la separación de madera que protegía a los juguetes intocables del escaparate principal; miraba algo que había en la calle, más allá de los patos y las bailarinas.

Primero Nathan vio el fabuloso coche. Era como un grabado en color del pesado libro que le habían regalado cuando cumplió once años, *Historia de los automóviles:* un Cord, o un Duesenberg, o un Daimler, o cualquier otro de aquellos coches que ya no se fabricaban y parecían pequeñas casas con ruedas, cortinas, picaportes, lamparitas, estribos como alargadas terrazas. Y, como en las ilustraciones que Nathan había mirado durante horas, en el cuarto de baño o debajo de las sábanas de su cama, había algo sin vida y artificial en el coche, algo que parecía muerto e imposible, igual que los esqueletos reconstruidos de los allosaurus y los triceratops de un museo. Había una anécdota, famosa en su familia —hasta Anne la sabía— acerca de Nathan, a los cuatro años, preguntándoles a sus padres qué había existido antes, los dinosaurios o los coches antiguos. A veces le parecía que las cosas que habían pasado antes de que naciera —Pearl Harbor, los jeroglíficos, las catapultas, el día en que se enamoraron sus padres — eran igual de antiguas e interesantes, crípticas y desaparecidas para siempre.

—Es un millonario —dijo Ricky.

—Es un playboy —dijo Nathan.

El hombre estaba de pie bajo la ligera lluvia apoyado en el guardabarros del coche, mirando hacia la lejana bahía. Llevaba una chaqueta azul cruzada con un escudo en el bolsillo del pecho, pantalones blancos, sin calcetines, zapatos náuticos. Con una mano sujetaba informalmente una pipa, y con la otra un encendedor. No

estaba encogido ni totalmente estirado, y Nathan ajustó de inmediato su propia postura para imitar la del playboy, pero lo que más admiraba era el corto pelo plateado del hombre, y las perfectas patas de gallo de los ojos, y su leve sonrisa.

—¿Ves ese pelo plateado? —dijo Nathan—. Cuando sea viejo quiero tenerlo igual.

—Es gris —dijo Ricky—. ¿Podrá correr ese coche a ciento ochenta por hora?

—Cualquier coche corre a ciento ochenta por hora —dijo Nathan el Hermano Mayor—. Ese coche está ahí para que lo miren. No funciona.

Su padre apareció en la acera, delante de la juguetería, y él y el playboy se saludaron.

—Papá está hablando con él —dijo Ricky.

—Está permitido hablar con los tipos como ese cuando están al lado de sus coches —dijo Nathan—. Les gusta. El doctor Shapiro avanzó hacia el hombre del pelo plateado y señaló el coche. El hombre asintió educadamente con la cabeza, pero no sonrió. A su lado, su padre parecía pequeño, empapado, calvo y realmente desaliñado; y la mano vacilante que tendía hacia el guardabarros del coche parecía intentar —sin conseguirlo— agarrarse a él. El playboy dijo algo y desvió la mirada. Nathan comprendió inmediatamente que su padre era un hombre al que el playboy trataba de evitar. Luego una mujer cargada con bolsas de la compra se dirigió hacia el hombre; era una rubia de televisión, que llevaba una trinchera gris ceniza y mucho maquillaje; era muy alta y tenía unos dientes maravillosos. Hizo girar el paraguas por encima de su cabeza de modo que despidió a su alrededor gotas que parecían un castillo de fuegos artificiales de agua.

—Es una actriz —dijo Ricky pellizcando el brazo de Nathan.

El playboy volvió a asentir en dirección al doctor Shapiro, luego rodeó el vehículo para abrirle la puerta a la actriz, que lanzó una mirada al playboy que Nathan reconoció. Había visto a su madre lanzarle la misma mirada a Chuck, y sin duda se la había lanzado a su padre en otro tiempo: una mirada que, ahora se daba cuenta, parecía contener todo lo que, imaginaba Nathan, constituía el deseo sexual, la

franca mirada directa de unos ojos húmedos muy abiertos. Y luego se subieron y se alejaron. El coche salió del sitio donde estaba aparcado con un chirrido de neumáticos y se perdió en la calle sin hacer el menor ruido, como un barco de vela.

—Has dicho una mentira —dijo Ricky—. Ese coche funciona.

—Fíjate en papá —dijo Nathan.

El doctor Shapiro se quedó mirando durante un momento cómo desaparecía el fabuloso coche. Luego se limpió las gafas con la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera escuchando la risa de la pareja que se iba perdiendo a lo lejos.

—No es más que un psiquiatra —dijo Ricky.

—Ahí viene —dijo Nathan. Agarró a Ricky y le empujó por el pasillo entre los juegos de sobremesa. Cuando entró su padre, estaba empapado, y les compró a sus hijos varias cosas muy bonitas que ellos no le habían pedido.

Aquella noche, en la habitación del motel, mientras estaba tumbado al lado de su hermano, Nathan escuchó a las personas que dormían a su alrededor; Ricky roncaba ligeramente. Nathan oía el zumbido de la máquina de hielo del pasillo, oía el tictac del reloj de su padre en la mesilla de noche, y los murmullos habituales, semiimaginarios, que todos los moteles emiten por la noche. Anne había corrido las cortinas; la habitación estaba tan completamente a oscuras, que Nathan empezó a ver colores brillantes, alfombras persas luminosas. Últimamente sentía ansiedad por la noche, y aunque pensaba y pensaba en todo lo que en su vida le podía preocupar —multas de las bibliotecas por devolver tarde los libros, su reciente fracaso para superar el examen de barras paralelas, su miedo al instituto—, no conseguía averiguar lo que le mantenía despierto, con dolor de estómago, noche tras noche. Era como si estuviera tratando de encontrar la respuesta a una de las preguntas de su padre. Se volvió en la cama, las sábanas crujieron y, al cabo de un rato, empezó a adormecerse y los colores se desvanecieron ante sus ojos. Ricky tosió una vez. Luego, en el instante antes de dormirse, una imagen acudió a

la mente de Nathan. Estaba, igual que Moisés, tumbado en una cesta, flotando entre las plantas acuáticas, y sus padres se encontraban en la orilla, a su lado, cogidos de la cintura, mirándole. Le cantaban algo.

—Te queremos —cantaban.

LA FIESTA DE HALLOWEEN

Cada vez que Nathan Shapiro miraba a Eleanor Pamell, era como si mirara una de las ilustraciones hechas con láminas transparentes de celofán de la *World Book Encyclopedia.* En su mente era capaz de pasar una y otra vez de la mujer que fumaba sin cesar, de voz profunda, pelo negro y grandes pechos, vestida con un ajustado vestido rojo o un mono que se lo marcaba todo, descorchando con mucho encanto otra botella de vino rosado de California, a la indecisa, alta y amistosa mujer con falda escocesa que le había alimentado año tras año con Coca-Cola y sándwiches de jamón, cuyo jardín llevaba siete otoños rastrillando y que subyacía bajo esta nueva Eleanor como el esqueleto de una rana debajo del brillante caos de su sistema circulatorio.

Solamente después de cumplir los catorce años y empezar a comprender la nerviosa conversación de las divorciadas —la media docena de mujeres curiosas y tristes de las que se rodeaba su madre—, pudo darse cuenta de que Eleanor Pamell era una mujer de malas costumbres y de iniciativas que terminaban en desastre. Se decía que preparaba y consumía pasteles de marihuana, y que le gustaba pasar el día de Nochebuena jugando al *blackjack* en Las Vegas, y sola. Conducía un Alfa Romeo escarlata con el abandono de alguien que, como señaló la señora Shapiro, siempre había tenido mala suerte.

Cuando era poco mayor de lo que ahora era Nathan, Eleanor había pasado dos años participando en concursos hípicos con gran éxito; pero se cayó de un caballo y se rompió el codo izquierdo. Nathan había visto sus trofeos una vez, dentro de una vitrina, en el dormitorio de Eleanor y el comandante Ray. La agencia inmobiliaria que fundó se vino abajo arrastrada por un alud de citaciones y amenazas de acciones judiciales, algo de lo que Nathan y su madre habían leído en el *New Idea,* de Huxley, y finalmente hasta en el *Washington Post.*

Cayenne, su restaurante al estilo de Nueva Orleans del centro comercial de Huxley, cerró al cabo de unos meses. Y hubo un menudo bebé muy pálido, un pelirrojo que se llamaba Sullivan, que vivió tan poco que Ricky, el hermano pequeño de Nathan, ni siquiera le recordaba.

Todas estas historias desgraciadas, toda la melancolía de los ojos y la boca de Eleanor, tenían el sorprendente —para Nathan— efecto de hacerle sentirse completamente enamorado de ella. La cosa empezó un agosto en que, después de una interrupción de varios años, retomó su antigua costumbre de visitar diariamente la casa de los Pamell para tomar un refresco y charlar con Eleanor. Recurrió a ella, al principio, simplemente debido a su soledad y aburrimiento. Ricky estaba fuera —se había ido a Boston con su padre la primavera anterior—, y durante las tediosas y espectaculares tardes de agosto su casa estaba inquietantemente vacía. La señora Shapiro, que era enfermera, estuvo todo el mes de guardia hasta tarde, de modo que Nathan cenaba con su amigo Edward St. John y su bohemia familia con más frecuencia de lo habitual, y le gustaba mucho pasar aquellas últimas tardes del verano en casa de los Parnell. El comandante Ray —el comandante Raymond Pamell, de Galveston, Texas— no volvía a casa de la base hasta las siete, y Nathan permanecía sentado en la cocina hasta la ruidosa llegada del comandante, viendo a Eleanor fumar y exprimir limones en su Coca-Cola sin calorías, de la que tomaba litro y medio cada día, cantidad suficiente, según aseguraba con frecuencia el comandante Ray, para resucitar a un muerto. Eleanor le pedía a Nathan su opinión sobre los nuevos estilos de peinados, sobre decoración, ecología, religión y música, y él se la daba después de pensar mucho, con un tono de voz frívolo, jovial y ligeramente pedante, que imitaba, sin que lo supiera, el de su padre. Eleanor le había tratado sin condescendencia cuando era niño, y ahora le escuchaba con una atención que resultaba respetuosa y al tiempo distraída, como si esperara a medias que fuese a decirle algo nuevo.

El amor de Nathan por Eleanor le seguía los talones a su largo tiempo esperado pero súbito estirón, y afectaba a cada una de las partes de su cuerpo, hasta que le dolía el pecho debido a la repentina

e irregular expansión de sus sentimientos. En el espejo, la visión de la gruesa montura de sus gafas y su piel poco afortunada, de la nueva e irregular estatura de su cuerpo, de su estómago súbitamente grande —de gordo—, le provocaban ataques de vértigo y ansiedad. Comía demasiados dulces y dormía mal y le sobresaltaban los sonidos intensos. La visión del Alfa Romeo rojo de Eleanor —la visión de cualquier coche rojo— le trastornaba. Estaba lleno de una profunda compasión hacia los animales y los niños, en especial hacia Nickel Boy, el perro de los Pamell, un beagle listo y elegante. De hecho, Nathan le hablaba mucho a Nickel Boy de sus sentimientos hacia Eleanor, aunque sabía que hablarle a un perro no era hablar de verdad con nadie sino que, como había leído en *Psychology Today,* era simplemente pronunciar unos sonidos reconfortantes con objeto de secretar una enzima que disminuía la tensión arterial y volvía el pulso más lento.

Todas las noches, antes de apagar la lámpara, y todas las mañanas, al despertar, sacaba la colección de fotografías de Eleanor Parnell que había arrancado del álbum de su madre y miraba intensamente cada una de ellas, tratando de comunicarse con Eleanor por medio de la telepatía del amor. En el primer curso de lengua y literatura del instituto les enseñaban a escribir poemas, y Nathan, empujado a la acción, compuso haikus, odas y quintillas a Eleanor, además de un soneto acróstico cuyas primeras letras, leídas verticalmente, decían E-L-E-A-N-O-R P-A-R-N-E-L-L; aunque siempre que, en esos poemas, se refería directamente a ella, la llamaba Jennifer, un dáctilo, como «Eleanor».[*]

El sábado anterior al comienzo de su primer curso en el instituto, mientras Nathan se dirigía a su casa atravesando el bosque de vuelta de la de Edward, trataba de caminar estirado cuando vio a Eleanor bajo unos álamos, con un viejo casco de béisbol, rociando violentamente a los nidos de avispas con una manguera. Las enormes y malévolas avispas doradas habían constituido un problema durante todo el verano, y después de las lluvias de julio proliferaron y entraban en las casas a la hora de cenar.

—¿Funciona eso? —gritó Nathan corriendo hacia ella. Una de las cosas que adoraba de Eleanor era su inventiva, por más inútil que

soliera ser.

—¡Oh, no! —dijo Eleanor. En cuanto vio a Nathan se echó a reír, y el chorro de agua subió y bajó antes de alcanzar el suelo. La risa de Eleanor, que era lo primero en lo que Nathan recordaba haberse fijado, siempre había sido rara (áspera y misteriosa, como la de una urraca o una araña de los dibujos animados), pero últimamente para Nathan se había llenado del misterio de la sexualidad y de la aspereza de quien ha sobrevivido a la desgracia. Llevaba mucho tiempo al sol y tenía la cara de un rojo brillante—. No esperaba que nadie me viera haciendo esto. ¿Crees que es una mala idea? Parece que las fastidia bastante. El comandante Ray piensa que no es una buena idea.

El comandante Ray no apreciaba las cualidades de Eleanor.

—No estoy de acuerdo —dijo Nathan mirando las copas de los árboles, de donde las avispas colgaban en sus ciudades de papel. Una densa nube dorada de avispas se agitó alrededor de ellos—. Ahora hay muchísimas menos.

—¿Opinas eso? —dijo Eleanor. Se quitó el casco y miró hacia arriba. El pelo se le pegaba a su frente húmeda y quemada por el sol.

—Sí —dijo Nathan—. Creo que así las ahogas. O puede que el choque del agua las mate. —La nube de avispas aumentó y bajó en su dirección—. Oye, Eleanor. A lo mejor... Bueno, lo podría intentar yo.

—Muy bien —dijo Eleanor. Le tendió la manguera y luego, con solemnidad, el casco, sin quitarles el ojo a los insectos y mordiéndose el labio. Casi inmediatamente Nathan tuvo la sensación de que una manta, o una red, iba a caer sobre él. Eleanor se apartó de un salto con un grito, y Nathan quedó luchando contra las avispas con su arma de lunático, lo que hizo durante quince valientes segundos. Luego corrió, con Eleanor detrás de él. Pasó a toda velocidad por delante de la casa de los Parnell, cruzó el jardín delantero y se metió por Les Adieux Circle. En el centro de aquella calle sin salida había una mancha de césped donde estaba plantado un roble bastante frágil. Ninguno de los de la calle sabía a quién le correspondía segar aquella isla, por lo que generalmente el césped estaba sin cortar y, de acuerdo con una leyenda de los niños de la zona, servía de refugio a una familia de ratones de campo. Él y Eleanor cayeron en la hierba, y las

gafas de Nathan, que eran fotosensibles y se habían oscurecido con la luz del sol, salieron disparadas de su cara. Aturdido, asustado, rodó riendo hasta los rosados brazos de ella, y los dos se abrazaron como una pareja de náufragos con suerte. Luego, mientras a Nathan le latía con fuerza el corazón, consiguió ponerse de rodillas y buscó el reconfortante peso, la protección, de sus gafas.

De las cuatro picaduras que recibió Nathan, tres eran en el muslo y una en el hombro. Eleanor le llevó a la casa, hizo que subiera la escalera y entró con él en el dormitorio, donde la ropa de cama azul estaba plegada encima del enorme lecho, y donde los trofeos de Eleanor brillaban en la vitrina. Luego le empujó al cuarto de baño, bajó la tapa del retrete e hizo que se sentara.

—Súbete las perneras, Nathan —dijo Eleanor. Encontró una caja de levadura y mezcló un poco con agua del grifo en el vaso de plástico del cuarto de baño. Nathan tiró de la pernera de los pantalones cortos, dejando al aire más superficie de su hinchada pierna, y trató de no llorar. Ella se arrodilló a su lado para embadurnarle el pálido muslo hinchado por las ampollas. Nathan se puso tenso, pero la pasta estaba fría, y se sintió dominado por la gratitud. No sabía qué hacer, y se dedicó a mirar la raya del pelo de la milagrosa melena de Eleanor, blanca y delicada como madera pulida.

—Me parece que el comandante Ray tenía razón —dijo Eleanor—. No era una buena idea.

Soltó una risita, y a Nathan le resultó un alivio ver que también ella notaba que pasaba algo raro. Fue tal el alivio, que empezó a llorar, aunque odiaba llorar más que ninguna otra cosa del mundo.

—Dios mío, ¿te duele mucho, cariño? —dijo Eleanor—. Lo siento, lo siento mucho. ¿Duele?

Esta demostración de preocupación hizo que Nathan se sintiera inmoderadamente feliz, y trató de decirle que no le dolía nada, pero se sentía demasiado mal para hablar. Estaba asustado por sus lloros, pero se sentía demasiado bien para parar. Total, que se tapó la cara y sollozó como un niño.

Eleanor dejó de ocuparse de las picaduras de avispa y quedó en cuclillas, mirando a Nathan. Una preocupación diferente asomó a su

cara, y de pronto pareció muy triste.

—¿Qué es lo que pasa, Nathan? —dijo.

Pero Nathan no se lo contó a nadie, ni siquiera a Edward, a quien por lo general confiaba todos sus absurdos amoríos. Los dos chicos se habían contado mutuamente una larga serie de fantasiosos amores, pero hasta entonces los objetos de su afecto siempre habían sido inalcanzables, inverosímiles y absurdos: la reina de unas fiestas, una empleada de correos, la señorita Patocki, la profesora de ciencias naturales, o la turbadora Sabina McFay, una vecina de Edward que tenía diecinueve años, era medio vietnamita y conducía una moto. No así Eleanor Parnell; resultaba inalcanzable e inverosímil, pero en absoluto era absurda, y Nathan no le dijo a Edward nada de ella.

Cuando se enteró, por su madre, de que le habían invitado a la fiesta de Halloween de los Parnell, se sintió halagado y dominado por el miedo, y durante las abyectas y optimistas semanas que siguieron decidió declararle sus sentimientos a Eleanor Parnell de una vez por todas en la fiesta. Durante diez días tuvo la cabeza llena de proposiciones intrincadas que susurraba para sí.

Al caer la noche de Halloween, precisamente cuando los demonios y enfermeras y ratones más jóvenes y más ocultos por sus máscaras empezaban a hacer la ronda, Nathan y Edward estaban sentados en el cuarto de estar de casa de los Shapiro, haciéndole dibujos con lápices de colores en los brazos, espalda y hombros a la señora Shapiro. La madre de Nathan estaba sentada en un taburete, con medias azules de malla, zapatos de tacón alto azules y un traje de baño sin tirantes azul, riéndose y quejándose de que los chicos apretaban con demasiada fuerza mientras le dibujaban anclas, corazones, rayos y serpientes en la piel. Cuando los dibujos empezaron a imponerse a las zonas de piel sin pintar, Nathan dejó el lápiz rojo y dio un paso atrás como para admirar su trabajo.

—Me parece que ya son suficientes tatuajes, mamá —dijo.

—¿Tú crees? —dijo su madre.

—Se me ocurre —dijo Edward, examinándola— que un águila,

bueno, ya sabe, enorme, con una lanza en la garra, ahí, justo debajo del cuello, podría quedar perfecta, señora Shapiro. Rose.

—Me parece muy bien, Edward —dijo la señora Shapiro.

Nathan miró a su amigo, que empezaba a pintar un águila gris con el pico muy abierto. Nada en su voz o atenta mirada indicaba que estuviera poseído por algo más que el entusiasmo del arte. La verdad era que sus dibujos eran mucho mejores que los de Nathan, audaces, bien terminados, fácilmente reconocibles; las serpientes que había dibujado Nathan parecían una especie de agujas de coser, o de cucharillas del té aplastadas.

—Si uno piensa en ello —dijo Edward del modo cuidadoso pero atolondrado con que expresaba sus pensamientos más íntimos—, el símbolo de nuestro país, en realidad, es un símbolo guerrero.

—¡Ejem! —dijo la señora Shapiro—. Es una cuestión interesante, ¿no?

Cuando al fin su disfraz quedó completo y Nathan la contempló en todo su abigarramiento y colorido, el corazón le dio un vuelco y quedó dominado por las dudas sobre el disfraz elegido para él. Después de muchas indecisiones y angustiosos debates con Edward, cuyo padre era un artista de vanguardia, Nathan se había decidido por un disfraz de Halloween *conceptual.* Había convertido una percha en un aro metálico que parecía una diadema, y luego la había doblado de modo que le descansara en la parte de atrás de la cabeza, instalando a continuación un cable y una boquilla donde enroscó una bombilla que se encendía. Cuando se ponía este artefacto, la bombilla encendida parecía que estaba colgada unos centímetros por encima de él, y la percha doblada y el cable, en una habitación no excesivamente iluminada, resultaban prácticamente invisibles. Iba a asistir a la fiesta de Halloween de los Parnell, según la excitada expresión de Edward, disfrazado de tipo que está teniendo una buena idea.

Ahora la idea le parecía infantil y poco conseguida, y le preocupaba que la bombilla no llegase a encenderse y quedara igual que un rizo gris y estúpido, allí, en su coronilla, como si en realidad fuera a la fiesta de Eleanor disfrazado de tipo que está teniendo una *mala* idea. La verdad era que Nathan sentía intensamente que se había convertido

en alguien vulgar, rechoncho y sin gracia —la tripa empezaba a sobresalirle sobre el elástico de sus nuevos pantalones cortos de gimnasia y su madre había reaccionado ante sus últimas fotos del colegio con un suspiro devastador—, por lo que lamentaba haber dejado pasar la oportunidad de ocultarse, aunque solo fuera por una noche, bajo el disfraz de robot o de rey.

—Fantástico —dijo Edward estirándose y soplando suavemente en el tatuaje del águila.

La señora Shapiro se levantó del taburete, fue al espejo cromado que había sido una de las últimas compras juntos de los padres de Nathan, y pareció enormemente complacida por lo que vio en él. No había querido que le hicieran dibujos en la cara, y ahora esta se alzaba pálida y casi sorprendentemente desnuda encima de sus hombros.

—Habéis hecho un gran trabajo —dijo—. Me gusta esa chica hawaiana, Edward —añadió bajando la vista hacia su bíceps derecho.

—Saca músculo —dijo Edward, y fue al espejo y la cogió por el brazo y la muñeca derecha. Nathan les siguió—. Ahora flexiona el brazo —dijo.

La señora Shapiro flexionó el brazo. Nathan miró por encima del hombro de su amigo y pudo ver que la hawaiana movía las caderas y sonreía de modo rudimentario. Buscó con la vista algo a lo que subirse para ver mejor, y su mirada cayó sobre la papelera cromada a juego, que estaba al lado del espejo, pero cuando se subió al borde y consiguió una visión mejor del tatuaje de la hawaiana que bailaba, la papelera se volcó. Las gafas de Nathan, que llevaba semanas diciendo que tenía que ir a la óptica para que se las ajustaran bien, resbalaron de su cara, y cuando cayó, aterrizó sobre ellas con un ominoso crujido.

—¡Oh, no! —dijo la señora Shapiro—. ¡Otra vez no!

—Lo siento, mamá —dijo Nathan.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Edward, riéndose, le tendió la mano a Nathan para ayudarle a ponerse de pie.

—Está usted loco, doctor Lester —dijo.

—Y usted está un poco perturbada, madame LaFarge —dijo Nathan,

automáticamente. Vio que su amigo y su tatuada madre bajaban la vista hacia él con una especie de leve preocupación. Se volvieron el uno hacia el otro y se rieron. Unos cuantos demonios en miniatura llamaron a la puerta de la calle. Nathan se pasó la mano por los ojos, parpadeó y movió la cabeza a uno y otro lado.

—Veo —dijo categóricamente.

Después de que Edward se fuera a casa, él y su madre se sentaron en la cocina, que olía a lápices de colores, y llamaron a Ricky a Boston para saber cómo le había ido en la fiesta de disfraces a la que había acudido y contarle que Nathan podía ver sin gafas. Era algo que los oftalmólogos llevaban diciendo que pasaría desde que Nathan tenía cinco años y tuvo que ponerse sus primeras gafas graduadas. Aunque se suponía que iba a suceder en algún momento, fue sin duda una sorpresa, por más que a él no le sorprendió demasiado, en especial ahora que su cuerpo le sorprendía constantemente, y cuando tantos de los antiguos aspectos de su vida —su delgadez, su cara suave, su padre y su hermano— se iban desvaneciendo uno por uno de ella.

Anne, su madrastra, descolgó el teléfono, pero inmediatamente fue a buscar a Ricky, como hacía siempre, y a Nathan se le ocurrió, por primera vez, que nunca había sido especialmente amable con ella. Miró el auricular, deseando que le hubiera sido posible correr detrás de Anne, y esperó a que Ricky descolgara su supletorio. Su hermano acababa de volver de la fiesta y casi deliraba de satisfacción.

—¡Tomamos tarta de almendra, Nate! —dijo, exultante—. ¡Y bolas de palomitas que sabían a naranja!

—No se deben comer las que no vienen envasadas.

—¿Por qué?

—Pueden tener dentro hojas de afeitar —dijo Nathan. Echaba tanto de menos a su hermano, que le ponía nervioso hablar con Ricky por teléfono. Hablaban uno con el otro tres veces a la semana, pero nunca conseguían gastarse bromas y establecer contacto real, y Nathan, a pesar de sí mismo, siempre se mostraba irritable y burlón, o triste.

—Claro —dijo Ricky, con excitación—. Hojas de afeitar de Halloween. ¡Oh, Dios santo, Nate, alguien me dio pan de pasas! ¡*Pan de pasas,* Nate!

—No lo creo —dijo Nathan—. ¿Sabes una cosa, Ricky?

—Apuesto a que fue la señora Gilette. Oye, ¿de qué te vas a disfrazar? ¿De Galactus?

Ricky llevaba toda su vida esperando a que Nathan se disfrazara de Galactus, el Comemundos, por Halloween, que era algo que tiempo atrás Nathan había dicho que haría, sin imaginar que Ricky nunca lo iba a olvidar, y que había terminado por convertirse en la más importante y más mágica de todas las promesas mágicas que su hermano mayor no había cumplido. En esta ocasión Nathan se sentía más culpable de lo habitual por tener que contarle a Ricky la triste verdad, y se volvió en la silla para que su madre no pudiera verle la cara.

Voy disfrazado de tipo que está teniendo una buena idea —murmuró.

—¿Cómo dices?

—No lo entenderías.

—No lo entiendo porque es una estupidez —dijo Ricky—. Puedo asegurar que es una estupidez.

—¡Vete a la mierda! —dijo Nathan.

—¡Nathan! —dijo la señora Shapiro.

—¡Vete a la mierda *tú!* —dijo Ricky.

—¿Sabes una cosa? Veo sin gafas.

Nathan se volvió para enfrentarse a su madre, que le miró con cierto asombro.

—¿Quieres decir que nunca las tendrás que volver a llevar? —dijo Ricky. Y añadió, de modo ausente—: Ahora ya no estarás tan feo.

Esto no se le había ocurrido a Nathan. Oyó el sonido de una bolsa llena de caramelos en la que rebuscaba su hermano, y comprendió que había agotado la atención de Ricky justo cuando más necesitaba hablar con él. Este inconveniente era lo que a Nathan le había hecho llegar a odiar el tener que hablar por teléfono con su padre en los primeros tiempos después que se fue. Ricky desenvolvió un caramelo y se puso a masticar. Era Bit-O-Honey, por el sonido. Nathan imaginó a su hermano rodeado de caramelos, tumbado en su bonita cama de Boston que tenía forma de coche de carreras. Estaba en un

dormitorio grande, con una enorme y vacía alcoba al fondo, en la que Ricky aseguraba que le daba miedo entrar. Nathan imaginó la noche de Halloween en Boston a través de las ventanas de la habitación de Ricky tal y como se vería desde su cama lanzada a toda velocidad.

—Los hermanos mayores siempre son más feos —dijo Ricky.

—Sé que solo me estás chinchando —dijo Nathan.

Como le había pasado muchas veces antes, en aquel preciso momento se sentía muy lejos de su hermano, lo mismo que se sentía lejos de Anne y de su padre y de su madre y de todos a los que conocía, aislado en su amor y su ansiedad; pero, por primera vez, le pareció que el vacío que había a su alrededor ofrecía una nueva perspectiva, como si se encontrara a salvo subido en el tejado de una casa en medio de una gran inundación. No le apetecía devolverle los insultos a Ricky. Miró a su madre, que, aunque no sabía qué había dicho su hermano, asintió con la cabeza.

—Sé que no soy feo —dijo Nathan.

—No —dijo la soñolienta voz del niño desde Boston, alejándose de Nathan en su cama llena de caramelos—. Tienes bonitos hombros.

Mientras Nathan iba andando por el bosque con su madre camino de casa de los Parnell, empezó a sentirse claramente alterado. A aquellos árboles los cortarían pronto, a fin de dejar sitio para tres nuevas casas, y mientras andaba, con la cara descubierta, por el bosquecillo, le pareció que una claridad especial iluminaba el cielo estrellado de Halloween, una nitidez que hasta entonces solo había olido, y la visión del mundo le sobrecogió con el austero aroma del humo y las hojas secas. En la calle, más arriba, los destellos de la linterna de un niño alcanzaron el suelo, incendiando las hojas rojas del roble que estaban esparcidas por el jardín de los Parnell, y luego se dirigieron hacia arriba, iluminando las copas desnudas de unos árboles anteriormente invisibles.

—No me lo puedo creer —dijo Nathan—. Estoy curado.

—Tienes muy buen aspecto sin gafas —dijo su madre—. Te pareces a tu padre.

—Papá lleva gafas.

—No las ha llevado siempre —dijo ella, y se estremeció dentro del abrigo de piel de conejo que le había regalado Humberto, el jugador de fútbol profesional brasileño con el que había salido el invierno anterior.

—¿Encuentras estúpido mi disfraz, mamá?

—Simplemente, no lo entiendo, Nathan —dijo su madre—. La verdad es que no entiendo tus ocurrencias. Pero estoy segura de que muchas personas lo encontrarán divertido.

Llegaron a la suave pendiente de césped amarillento que llevaba a las planchas de cedro del porche delantero de los Parnell, césped que atravesaba un tortuoso camino de piedras que llevaba al estanque poco profundo con peces de colores al lado de la puerta principal. El comandante Ray había estado destinado cinco años en Yokohama durante la década de los sesenta, y los Parnell habían vuelto con un montón de objetos japoneses. La calabaza con la vela dentro compartía el porche con una lámpara de piedra en forma de puntiaguda casa japonesa, y cuando Nathan y su madre llegaron a la puerta principal —ya se podía oír que dentro había docenas de adultos riéndose—, le sorprendió darse cuenta de que una lámpara hecha con una calabaza era una lámpara de verdad. Su último pensamiento antes de que Eleanor abriera la puerta fue una idea para una novela de ciencia ficción en la que los habitantes de un mundo lejano utilizaban como muebles varias plantas gigantes, que les servían de camas, y se vestían con largas cortezas, e iluminaban sus casas con calabazas. Luego se abrió la puerta. Con tanta ansiedad con respecto a su disfraz, con tanto pensar y repensar la frase que pretendía pronunciar aquella noche, se había olvidado de imaginar cómo iría vestida Eleanor, y se llevó una gran sorpresa.

Nathan había tenido, claro, fantasías nocturnas en las que aparecía Eleanor Parnell. Maquinaba estas felices narraciones de seducción con la misma minuciosidad con la que tramaba todos sus proyectos imaginarios, tales como Davor, el Planeta Dorado, y su ancha autopista, en la que cada una de las áreas de descanso y cada uno de los aparcamientos tenían nombre, y que una vez había trazado en

doscientas páginas de su cuaderno de apuntes. Había imaginado a la señora Parnell en todo tipo de habitaciones vacías, y playas desiertas, y debajo de un remoto cobertizo del Far West, pero durante estos encuentros ella siempre iba recatadamente vestida. (En los momentos cruciales en que Eleanor empezaba a quitarse la ropa, la visión de Nathan tendía a hacerse borrosa.) Pero nunca la había imaginado con un biquini de cuero negro, una capa negra, botas negras, y un antifaz negro con un par de puntiagudas orejas de cuero negro.

—Soy Batman —dijo Eleanor dándole a Nathan un frío beso en la mejilla—. Tienes un aspecto estupendo —le dijo a la señora Shapiro. Dio un paso atrás para examinar a Nathan, y sus ojos le miraron por entre las aberturas en forma de luna de su antifaz—. Nathan, eres... Eres una lámpara. Eres un farol.

—No —dijo la señora Shapiro.

—Tienes razón —dijo Nathan el Farol—. ¡Ja, ja, ja!

No podía decir si sentía deseo hacia ella o una vergüenza total, irreparable.

—Nathan —le dijo su madre—. No vas de lámpara. Explícaselo.

—Entrad —dijo Eleanor—. Estamos en la Sala Amarilla. Entonces, ¿de qué vas, Nathan?

Les introdujo en la casa, cogiéndoles de la mano, según era su costumbre. La Sala Amarilla estaba llena, como Nathan sabía que iba a estar, de alcohol y música disco y personas adultas en su aspecto más intimidante. Dos docenas de hombres y mujeres disfrazados —Nathan distinguió a un caballero medieval, un jugador de béisbol y una especie de bruja— sostenían sus vasos y casi se gritaban unos a otros por encima de la agitada música, y cinco o seis parejas bailaban en el centro de la sala. Desde que su madre se había separado, cada vez se relacionaba más, o eso parecía, con adultos a los que les gustaba bailar, una visión que para Nathan no había perdido la novedad. En especial, le gustaba contemplar a los hombres que bailaban aplicadamente sin casi moverse del sitio.

—Muy bien, me rindo —dijo Eleanor. Se volvió para >mirarle, y Nathan se quedó frío—. No lo puedo averiguar.

Una mirada de ave de presa cruzó su cara cuando examinó el

cuerpo de Nathan, y pareció que por primera vez se daba cuenta de la poca gracia de su disfraz. Nathan se ruborizó y apartó la vista, aunque en parte lo hizo porque tenía miedo de que se diera cuenta de que se le iban los ojos detrás de sus pechos y su radiante estómago.

—¿Vas de Thomas Edison? ¿Es eso? ¿Eres Thomas Alva Edison?

Nathan hizo un esfuerzo para soportar la humillación que le causaba su cara compasiva. Abrió la boca para explicarse, para decirle que en realidad iba de Mago de Menlo Park, a punto de robar el fuego.

—Es un disfraz de tipo que está teniendo una buena idea —dijo la señora Shapiro cruzando los brazos y encogiéndose de hombros—. ¿Qué te parece?

—Nathan —dijo Eleanor sonriéndole y cogiéndole la barbilla entre los largos dedos de su mano—. Eres un jovencito muy extraño.

Soltó su risa de urraca, y en sus ojos, tras el antifaz, Nathan leyó miedo y alegría, como si ya supiera que la amaba. Luego se alejó de él, y las dos mujeres se pasaron el brazo por los hombros, una costumbre que su madre había adquirido debido a Eleanor, que la había aprendido del comandante Ray, que pasaba el brazo por encima del hombro de todo el mundo. Luego fueron a la larga mesa, cubierta por un mantel negro de papel, que servía de barra. El comandante Ray, que llevaba su esmoquin de Bruce Wayne, se acercó a abrazar a la señora Shapiro. Le dijo algo, ella se rió, y luego él se la llevó a un lado, de modo que Eleanor estuvo momentáneamente sola. Durante un momento, Nathan, dominado por el valor de un inventor con el pelo enredado, contempló a Eleanor con su atrevido disfraz. Dio un paso hacia ella, luego otro, con cuidado, reuniendo todas sus fuerzas, como si fuera a pulsar un potente interruptor que proporcionaría, si sus cálculos eran correctos, luz a un centenar de ciudades ya diez mil habitaciones a oscuras. Iba a invitarla a bailar, eso era todo. Durante los escasos segundos anteriores a su llegada al lado de Eleanor, buscó en su memoria una frase delicada o una invitación atrayente de alguna película, pero la única en la que podía pensar en aquel momento era en *El joven Lincoln.*

—Eleanor —dijo—, me gustaría bailar contigo del peor modo

posible.

Eleanor sonrió, luego se aproximó a él y le puso la mano en el hombro y acercó los labios a su oreja. Vaciló durante largo rato.

—Conozco un par de modos muy malos de bailar —dijo finalmente —, pero eres demasiado joven para ello, Nathan.

—Eso me parece —dijo él, casi feliz. Se quitó su gorro de alambre y lo dejó en el bar. Se sentía ligero, casi sin cabeza, tal como pensaba que se sentiría la brillante noche en que probara el alcohol por primera vez. Le cogió la mano, tranquilamente, y la puso sobre sus ojos, luego tapó el antifaz de Eleanor con su propia palma húmeda. Permanecieron un momento a oscuras. Luego él dijo:

—A ver si adivinas quién soy ahora.

EL MUNDO PERDIDO

Una noche de verano, no mucho después de haber cumplido los dieciséis años, Nathan Shapiro bebió cuatro latas de las grandes de Old English 800 y muy pronto se encontró sentado en el asiento delantero de un enorme Ford LTD color plátano, con sus amigos Buster, Felix y Tiger Montaine. Habían bebido la cerveza mientras se bañaban en la piscina de Buster French (los French eran de Los Ángeles) y, debido a ello, iban en el coche muy excitados, bastante borrachos y en distintos grados de desnudez. Buster y Felix E. todavía iban con sus mínimos trajes de baño Speedo, Tiger Montaine solo llevaba puesta una camiseta de malla negra y una tobillera, y Nathan, dominado por una mezcla de alegría y desesperación, iba completamente desnudo.

Quince días antes, su madre, en una sencilla ceremonia casera, se había casado con un tipo que se llamaba Ed, un amable y calvo geólogo de Idaho, con el cual llevaba seis meses saliendo. Y aquella misma tarde, justo una hora antes de que Nathan fuera a casa de Buster French, el doctor Shapiro había telefoneado muy contento desde Boston para anunciar el primer embarazo de su mujer, Anne. Ricky, el hermano de Nathan, llevaba ya un año viviendo en Boston, y habló sin parar por teléfono de la pequeña burbuja de vida que había aparecido en el tubo de ensayo de la prueba casera del embarazo que se había hecho Anne, tubo que Ricky había llevado a su cuarto y colocado entre su trofeo de fútbol y una fotografía de su padre, su madre y Nathan batidos por el viento en Nag’s Head.

Todos estos acontecimientos, aunque hizo lo imposible por aceptarlos, habían dejado a Nathan un poco más confuso de lo normal. Le gustaba su nuevo padrastro, que había estado en la Antártida y el Perú y Nueva Zembla, y había vuelto con todo tipo de

relatos que ponían los pelos de punta y muchas piedras raras; a su modo, estaba tan sinceramente excitado como Ricky ante la perspectiva de un nuevo hermanito; y era lo suficientemente mayor para considerar aquellos cambios como la inevitable expansión, igual que la de un imperio o una galaxia, de lo que una vez había sido su familia. Estaba contento de las nuevas vidas de sus padres, del mismo modo que siempre había estado contento de ellos, por más que hubieran terminado deshaciendo su matrimonio; y por lo tanto andaba buscando un motivo, una excusa, para sentirse tan intranquilo, cabreado y nostálgico a la vez; y el alcohol parecía convenirle a la perfección. No tenía idea de adónde iban él y sus amigos, y solo después de haber circulado sin objetivo por las vacías y fragantes calles de Huxley durante lo que parecieron horas, comprendió que se dirigían —como indicó Buster French— a casa de Chaya Feldman.

Buster, que conducía el coche de la señora French, dijo esto justo cuando la bebida, los mullidos asientos de terciopelo y el dulce olor de la hierba que entraba por las ventanillas abiertas habían empezado a adormecer a Nathan, y ante la mención del nombre de Chaya Nathan se había sobresaltado. Buster luego llamó a Chaya «calentorra», lo que significaba, hasta donde Nathan había sido capaz de determinar, que la chica les iba a permitir —a los cuatro— esas oscuras libertades de las que él todavía lo ignoraba casi todo, una idea que le llenó de admiración y solicitud hacia Chaya, a la que conocía desde los seis años. Era una chica tranquila, con una cara morena seria y el pelo enredado, y sus padres la vestían como a una muñeca. La recordaba como a alguien que siempre recogía a cachorros abandonados y a pájaros con un ala rota, en el campo y en las carreteras donde nadie más habría encontrado nada, y luego intentaba con torpeza y por medio de un cuentagotas lleno de leche o de agua azucarada devolverles la salud. Su principal actividad social y artística —al menos, hasta fecha reciente—, había sido que, cuando se lo encargaban, podía pintarle a uno de un modo extremadamente realista un ojo, con una chispa en el iris y pupilas fantasmales, y las delicadas líneas de las venas.

Nunca habían sido amigos de verdad, pero de vez en cuando Nathan

todavía pensaba en una lejana tarde en la que él y Chaya habían terminado jugando juntos, en los campos que había detrás del Complejo Interconfesional de Huxley. Entre la hierba alta y los matorrales habían jugado a un juego que había inventado la propia Chaya, que se llamaba el planeta de los pájaros. Nathan había sido un náufrago intergaláctico que trataba de sobrevivir en un mundo cubierto de hierba y batido por el viento, y Chaya se había puesto el pelo como si fuera una cresta de plumas mientras lanzaba diversos gritos. Chaya incluso aseguraba que cuando fuera mayor escribiría un libro ambientado en ese imaginario planeta, cuyo nombre, dijo, era Jadis; también dibujó en el polvo un plano de sus océanos y refugios para aves. Aunque en aquellas divertidas tardes de domingo Nathan había jugado con niños con los que nunca había vuelto a jugar —en toda infancia hay una docena de ellos, más o menos—, su recuerdo de aquel desvanecido atardecer se mantenía luminoso y claro. Durante los tres años siguientes a su liberación de la escuela hebrea, había visto a Chaya un par de veces, desde lejos, saliendo del cine con sus padres y su hermana, Mara. Ahora Nathan de repente tenía miedo de ella, y tenía miedo, por primera vez en su vida, de los inquietos cuerpos de sus amigos.

—Oye, Buster —dijo Felix E. Scott echándose hacia adelante de modo que durante un instante su muslo suave y frío se pegó al de Nathan—, ¿qué le vas a hacer a Chaya Feldman?

—No me hagas hablar de cosas que no sabes, Felix E. —dijo Buster metiendo el LTD en una corta calle sin salida que Nathan reconoció, aunque hacía mucho que no entraba en ella, como la calle de Chaya.

—Para el motor —sugirió Tiger Montaine, que siempre hacía gala de un comportamiento furtivo. Llenaba el depósito de su destrozado y pequeño Fiat con gasolina que sacaba de otros coches, robaba pitillos en el supermercado y, durante meses, con la emocionada connivencia de Nathan, había reemplazado de una en una las pastillas de codeína de la señora Shapiro por Tylenon extra fuerte—. No quiero que nos oiga ese jodido israelí.

El padre de Chaya, Moshe, que era oncólogo, había nacido y se había criado en Israel, y era, de hecho, el padre con peor genio y más

severo de los ciento cinco padres que Nathan había conocido en su vida. Tenía una poblada barba negra y unas cejas espesas y enredadas, y todos decían que guardaba un fusil ametrallador Uzi, de sus días en el ejército de Israel, escondido debajo de la cama.

Buster paró el motor y el coche empezó a deslizarse en silencio hacia la casa de Chaya. La repentina calma tranquilizó a los chicos, y ninguno de ellos habló; a lo mejor porque querían andarse con cuidado. Nathan se imaginó a Chaya, dormida, con las piernas recogidas debajo de la ligera manta veraniega; ¡una calentorra! Luego, como habían parado el motor, el volante quedó bloqueado de modo automático y, antes de que Buster pudiera hacer nada, saltaron el bordillo y se detuvieron justo al comienzo del jardín de una casa.

—Aquí estamos —dijo Buster, y todos se rieron—. ¿Y ahora quién va a llamar a la ventana de esa calentorra?

—Llamaré yo —dijo Nathan—. La conozco.

Todos los demás chicos se volvieron para mirarle. Aunque Nathan solía notar que sus amigos le tenían cierta estima —su presencia desnuda entre ellos era un testimonio de ello—, nunca se había distinguido por su audacia, y de hecho, por lo general, tenían que convencerle para que llevara a cabo proezas poco importantes tales como bailar con Twanda Woods o llevar los playeros sin cordones, una costumbre que sacaba de quicio a su madre. Y todos los chicos sabían, pues Nathan había sido incapaz, a pesar de sí mismo, de ocultarlo, que nunca había hecho el amor con una chica. Envalentonado por la cerveza, se echó hacia delante y empujó a Felix E. y Tiger, de modo que estos cayeron hacia atrás uno encima del otro.

—Fui a la escuela hebrea con ella —explicó.

Puede que solo se tratara de su sorpresa ante esta demostración tan poco característica de falta de miedo, pero cuando Nathan se apeó del coche, notó que había una mirada extraña en los ojos de sus amigos. Era una especie de asombro, como si el juego fuera a salir mal. Nathan se preguntó si todo aquello no sería una mentira, si Chaya no tendría nada de calentorra, ni mucho menos, si todos aquellos chicos no serían vírgenes, y si ninguno de ellos no tendría la más remota idea de qué destino le aguardaba mientras empezaba a avanzar, desnudo,

descalzo, como un niño, por la suave hierba. Lanzó una mirada hacia el coche, hacia las tres siluetas de las cabezas que ahora se habían juntado en lo que parecía una ansiosa conversación, y casi dio media vuelta.

Al momento siguiente, sin embargo, sintió que tenía una clase de borrachera enteramente nueva; notaba el aire caliente contra la piel, los labios, los brazos, y —por increíble que pareciera— la luz de la luna iluminaba su pene. Deseó que hubiera un kilómetro hasta la casa de Chaya, y no unos pocos pasos, de modo que pudiera seguir andando de aquel modo un poco más, como un genio por un brezal a la luz de la luna. Justo aquel verano —justo aquel mismo mes su cuerpo había empezado a adelgazar, y avanzó por la hierba con el paso elástico de un hombre joven, disfrutando de la firmeza de sus piernas. Llegó al camino de entrada de la casa de los Feldman y se dirigió zigzagueando rápidamente hacia la fachada izquierda, donde se encontró con una cerca de madera que estaba cerrada. Se detuvo y contempló la puerta enrejada. Ahora jadeaba y sentía que le corría el sudor en las cejas; una gota se le deslizó por la mejilla. Justo cuando notó el agua en la cara, vio, a través de la cerca, que al fondo había una piscina, larga e inusualmente estrecha. No era una piscina para darse baños de placer; era una piscina para nadar no más ancha que dos calles. Nathan recordó que había oído que el doctor Feldman y su familia nadaban dos kilómetros diarios.

Durante un momento, Nathan hizo como si fuera el furtivo Tiger Montaine, y, conteniendo la respiración, abrió la cancela lentamente sin hacer ruido. Avanzó por el suelo de madera que había en el extremo más cercano de la piscina y se quedó quieto durante un momento, mirando la luna que se reflejaba en el agua negra y tratando de conseguir que se calmase la agitación que notaba en el estómago. Estaba tan nervioso, que olvidó por qué estaba tan nervioso, y se limitó a permanecer en el borde de la piscina de Chaya, temblando. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Dónde estaba su ropa?

Se agachó y luego se zambulló rápidamente, como un venado que huye de un bosque en llamas, en el agua fría. Atravesó la piscina nadando con brazadas seguras y cómodas. El ejercicio de sus brazos y

su corazón en el agua fría aclaró sus pensamientos y le dejó con un agradable escozor de cloro en los ojos, y cuando llegó al otro extremo de la piscina sintió mayor confianza en sí mismo y en la general benevolencia de la noche de aquel martes de julio. Salió de la piscina y anduvo de puntillas hasta la parte de atrás de la casa de los Feldman. Había unas sábanas, unas fundas de almohada a rayas y un par de toallas de baño colgando de un tendedero giratorio, y pensó en coger una toalla y ponérsela alrededor de la cintura. Pero notaba, de un modo poco claro, que su desnudez le proporcionaba ciertas ventajas, unas ventajas casi mágicas que Tiger Montaine, por ejemplo, nunca podría dejar de admirar, y se dirigió a las ventanas del sótano donde siempre se había encontrado el cuarto de Chaya, y se detuvo un momento, con las manos en las mojadas caderas, mirando las ventanas a oscuras, dispuesto a despertarla. El agua de la piscina le caía desde el pecho a los muslos, y se le puso carne de gallina cuando llamó suavemente al cristal, tratando de producir una especie de ritmo seductor.

Dentro se encendió una luz. En la cama se sentó una persona —en la cama de Chaya—, y esa persona no parecía que fuese Chaya. Era demasiado alta, y tenía el pelo más espeso y más oscuro, y por la abertura de debajo del brazo del camisón, transparente y corto, Nathan vio el llamativo contorno de un pecho de mujer muy grande. Dio media vuelta y empezó a retroceder para alejarse de la ventana, pero la puerta se abrió casi inmediatamente, y se volvió avergonzado.

—¿Está Chaya? —dijo en un tono que esperó que le hiciera parecer lo suficientemente estúpido para justificar que estuviera haciendo algo ilícito.

—¡Nathan! ¡Nathan Shapiro!

—¡Chaya!

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde tienes la ropa?

La luz que salía del interior la reducía a una silueta, y Nathan no podía asegurar si estaba enfadada o solamente sorprendida. Su voz era un susurro entrecortado y en la oscuridad sonó más bien a lastimero,

como si también tuviera miedo de meterse en algún problema.

—Me estuve bañando en tu piscina —explicó Nathan, no muy seguro de que aquella fuera una explicación adecuada.

—Bien, pues lo mejor será que te largues de aquí. Mi padre está dormido y no se encuentra bien.

—De acuerdo —dijo Nathan—. Adiós. Has crecido mucho, Chaya.

La miraba fijamente.

—La pubertad, ya sabes —dijo Chaya—. ¿Nunca has oído hablar de ella?

Se echó hacia atrás y, a la luz de su habitación, Nathan vio que le sonreía con aquella especie de sonrisa severa que siempre había tenido, y entonces sintió que la reconocía.

—Chaya, me siento tan raro... —dijo. Al ver su rostro serio, familiar, sintió que estaba a punto de echarse a llorar.

—Muy bien, pasa. Pero tienes que estar callado.

—Vale.

Nathan siguió a Chaya a su habitación, que tenía el techo bajo y el olor a moqueta húmeda característicos de los sótanos. En una pared de madera había una litografía de *Noche estrellada* y un póster de El Al con una foto de la ciudad vieja de Jerusalén; en la otra pared había un cuadro que debía de haber hecho la propia Chaya; un cuadro de una palmera llena de papagayos de brillantes colores bajo un sol doble, y Nathan recordó el día que había pasado en el planeta Jadis. Al lado del cuadro estaba la cabeza disecada de un venado, con una oreja rota, que llevaba gafas de sol y una boina roja. En la mesita de noche había una lamparilla con la pantalla verde, un paquete de cigarrillos Kool y un libro de Erica Jong que a Nathan su abuelo le había prohibido leer en dos ocasiones. El círculo de luz de la lámpara parecía caer casi por entero en la cama, y Nathan apartó los ojos, pues la visión de las blancas sábanas abiertas y la profunda concavidad de la almohada resultaban demasiado íntimas. La marca de la cabeza dormida de Chaya, la idea de la propia Chaya dormida, le afectaron de un modo muy intenso, y no pudo seguir mirando. Oyó el crujido de los muelles de la cama y el sonido de estirarse de unas sábanas, cuando ella se volvía a meter en la cama.

—No quiero decir que me parezcas feo o algo así, Nathan —dijo Chaya—, pero ponte algo encima, ¿vale?

—¡Estoy desnudo! —dijo Nathan.

Se miró y comprendió que estaba desnudo. Y vio, como a través de los ojos de Chaya, que al adquirir algunas de las proporciones y los rasgos masculinos, su pene también empezaba a adoptar un aspecto en consonancia, y se tapó con los antebrazos y las manos. Sin embargo, esto no pudo disimular la blancura de sus muslos, ni la pequeña mata de pelo alrededor de su pezón izquierdo, pero aún no del derecho.

—Hay una toalla en la silla.

—Será mejor que me vaya —dijo Nathan. Se volvió y empezó a dirigirse a la puerta, tratando de taparse el culo, de aspecto probablemente ridículo.

—Está bien, adelante, póntela, Nathan —dijo Chaya.

—Me trajeron ellos —dijo él volviéndose de nuevo y dando cortos pasitos en dirección a la silla que había junto a la mesa de Chaya—. Los chicos me trajeron. Tiger y Buster y Felix E.

Se sujetó rápidamente la toalla en torno a la cintura y se metió el extremo por el borde en la cadera, del modo que su abuela, por algún motivo, llamaba turco. Era una toalla blanca muy gastada que había sido robada, a juzgar por las letras ilegibles en hebreo que tenía cosidas a un lado, de un hotel israelí. El desequilibrio del vello de su pecho seguía suponiendo un intenso embarazo, y la toalla era tan pequeña que el nudo que se había hecho en la cadera casi no conseguía sujetarla.

—¿Están ahí fuera?

—Sí. Me mandaron ellos. Dijeron…

—Tienes el pelo mojado.

Chaya había cruzado los brazos delante del estómago, sobre el embozo de las sábanas, y le miraba fijamente. Solo parecía relativamente sorprendida de ver a Nathan, como si la estuviera visitando en sueños. La cara se le había puesto más ancha, tenía los pómulos más pronunciados que la última vez que la había visto, y con su piel bronceada y sus espesas cejas y aquella desordenada melena, Nathan pensó que resultaba muy guapa y que daba un poco de miedo.

Se sentó y cruzó los brazos. Le castañeteaban los dientes.

—Muy bien, ahora será mejor que me vaya.

Volvió a ponerse de pie.

—Espera —dijo Chaya. Dio unos golpecitos a las sábanas y le indicó que se sentara a su lado. Nathan se acercó cautelosamente a sus pies, manteniendo sujeto con una mano el nudo turco de la toalla.

—Nathan Shapiro —dijo ella, moviendo a uno y otro lado la cabeza.

—Chaya Feldman.

—De la clase de la señora Falutnick.

—Nunca masquéis chicle delante de una r-radio —dijo Nathan, repitiendo un incomprensible consejo de la señora Falutnick, con un acento que no había imitado desde hacía seis o siete años. Chaya se echó a reír, pero Nathan solo estornudó por la nariz. ¡Hacía tanto tiempo de los días en clase de la señora Falutnick! Se vio a sí mismo sentado en una silla de plástico al fondo de la ruidosa aula del Complejo Interconfesional de Huxley, pintándoles bigotes y pelos a las fotografías de Emmalazarus y Abraham Cahan de su ejemplar de *Aventuras de los judíos en Norteamérica,* y metiéndose furtivamente en la boca varios centímetros de chicle cuando la señora Falutnick daba su enorme espalda a la clase, y recordándolo se entristeció de repente, y suspiró, sacando a Chaya de su fantasía.

—Oí que tus padres se habían divorciado —dijo ella. Bajó la vista, y su largo pelo cayó sobre sus manos cruzadas.

—Sí —dijo Nathan, volviendo a cruzar los brazos. El estremecimiento que aquella palabra le producía nunca había durado más que un segundo o dos.

—¿Por qué se divorciaron?

—No lo sé —dijo Nathan.

—¿No lo sabes?

Nathan pensó en ello unos segundos, luego negó con la cabeza.

—Resulta que me lo contaron, pero olvidé lo que dijeron.

—Es complicado —manifestó Chaya amablemente—. Las personas cambian.

—Creo que en parte se debió a eso —dijo Nathan, pero no creía que

aquello explicara en realidad nada de nada.

—¿Tu padre todavía vive aquí?

—Se trasladó a Boston.

—Eso está muy bien —dijo Chaya. Se separó el telón de pelo de la cara y volvió a soltar otra sonrisa torcida—. Ya me gustaría que mi padre se trasladase a Boston.

Nathan dijo automáticamente:

—¡No te vayas!

Hasta entonces se las había arreglado para olvidar al aterrador doctor y miró por encima del hombro. Advirtió que en el rincón más alejado de la habitación había tres maletas de plástico y una guitarra en su funda, claramente dispuestas para un viaje inminente.

—¿Adónde vas? —dijo señalando el equipaje.

—A Jerusalén —dijo Chaya—. Mañana. Hoy, mejor dicho. Esta misma mañana a última hora.

—¿Con tu familia o tú sola?

—Yo sola.

—¿Vas a volver?

—Claro que voy a volver —dijo ella—. Mi padre cree que ha llegado el momento... bueno, quiere que aprenda a ser israelí.

—¡Oh! —exclamó Nathan.

No estaba seguro de lo que suponía aquello, pero de repente se imaginó a Chaya manejando una grúa en una gigantesca obra en el desierto, accionando los mandos del generador de una turbina o cargando con un haz de judías mientras el polvo del Neguev soplaba a su alrededor como una larga bufanda.

—¿Te dijeron ellos que yo me dejaba? —dijo Chaya—. Me refiero a esos chicos.

—Algo así —dijo Nathan, cogido con la guardia baja, antes de que se le ocurriera que aquello era admitir que había ido allí para follar, cuando de hecho había ido... ¿Por qué habría ido?—. Era más bien una apuesta, creo —dijo—. Me obligaron, más o menos, a venir.

—Ninguno de ellos estuvo sentado nunca en mi cama como lo estás tú —dijo Chaya.

Durante un momento Nathan se preguntó qué querría decir

exactamente con aquello, y al momento siguiente, se inclinó hacia ella y la besó en los labios. Esto lo hizo casi sin darse cuenta y no esperaba que ella le abrazase con tanta fuerza. Sorprendido, sin idea de lo que debía hacer a continuación, le puso una mano en la nuca, la otra en la espalda, y luego se quedó muy quieto tumbado a su lado. Podía notar los huesos de las caderas de Chaya apretándose contra él, como un par de puños, y sus labios y en cierto modo su respiración quedaron enredados en el pelo de la chica. El olor a ropa recién lavada de las sábanas era intenso y dulce.

—¿Eres virgen, Nathan? —dijo ella con su boca muy cerca de la suya.

Pensó en la respuesta mucho más de lo necesario, tratando de decir algo lo más ambiguo posible.

—En cierto modo, sí —dijo por fin, sonrojándose.

Chaya aflojó su abrazo, y se fue echando hacia atrás lentamente y luego se dejó caer en la almohada, volviendo a mirarle con tranquilidad. Nathan tuvo la sensación de que ella había esperado una respuesta completamente distinta de la que le había dado. Luego Chaya suspiró de un modo aburrido y teatral que en los oídos de Nathan sonó a persona mayor, y tuvo miedo, en definitiva, de que ella se hubiera convertido en una calentorra de verdad, en una especie de puta, de que fuera posible realmente que se perdiera la pista de alguien de un modo tan absoluto que la persona en cuestión llegara a convertirse en alguien completamente distinto sin que uno lo supiera.

—¿Todavía dibujas ojos? —dijo.

—¿Ojos? —dijo ella con rostro inexpresivo—. Claro que los dibujo.

—¡Chaya! ¡Mara! —gritó el doctor Feldman desde algún punto de la casa. Su voz resonó como un hachazo—. ¡Ya está bien!

Los dos se sobresaltaron y se miraron un momento el uno al otro como niños o amantes cogidos con las manos en la masa.

—¿Te puedo decir una cosa, Nathan? —dijo ella—. Cuando vaya a Israel, *no* voy a volver.

—Tienes que volver —dijo él cogiéndole la mano.

—¡Chaya! —tronó el doctor Feldman desde muy lejos—. Duérmete de una vez.

—Te escribiré —dijo Chaya—. Dame tu dirección.

—Les Adieux Circle setenta y cuatro. ¿Va a venir?

—No —dijo ella—. Cree que eres mi hermana menor. Nunca recordaría esa dirección. Déjame que la escriba.

—Bueno, déjalo —dijo Nathan levantándose—. No tienes por qué escribirme.

—No, espera un momento.

Volvió a saltar de la cama, sonriendo, y fue a una mesa azul de madera, debajo de la escalera que llevaba al piso bajo de la casa. Nathan contempló el movimiento de su camisón detrás de su pequeño trasero cuando se inclinó para abrir un cajón; luego tanteó dentro de él, buscando una pluma. Encontró una hoja de papel de cartas color rosa y se puso a escribir en ella con un rotulador.

—Chaya, será mejor que me vaya —dijo Nathan. Empezó a caminar hacia la puerta.

—¡Espera! —dijo Chaya.

Escribía furiosamente, con una letra puntiaguda y llena de rasgos que casi parecía hebreo, y él esperó, con una mano en el nudo de la toalla, a que ella terminara, deseando que el doctor Feldman no volviera a gritar. Cuando Chaya dejó el rotulador, sacó un sobre rojo, blanco y azul de correo aéreo de otro cajón, dobló la hoja de papel color rosa por la mitad, la metió en el sobre y pasó la lengua por la solapa. Luego se volvió a inclinar sobre la mesa y, apartando el pelo del sobre, escribió lo que desde lejos Nathan comprendió que eran su nombre y su dirección.

—Toma, te he escrito una carta desde Jerusalén —dijo Chaya volviéndose hacia él—. No la leas hasta mañana.

—De acuerdo —dijo Nathan—. Adiós.

La abrazó tímidamente, temeroso de tener una erección, y luego abrió la puerta del sótano.

—¡Pero si ya estoy allí! —dijo ella, continuando en el mismo plan burlón y misterioso. Le puso una mano en cada hombro y le besó en la mejilla. Nathan cogió la carta, un tanto inseguro. Probablemente solo fuera un manojo de garabatos, o una disculpa por no haber querido hacer el amor con él.

—¡Sé lo que estás haciendo! —dijo el doctor Feldman, con aquel extraño acento israelí suyo, y Nathan salió desnudo a la noche.

Ya no estaba tan borracho, y esta vez el trayecto en torno a la casa, el rodeo de la piscina, no le parecieron especialmente interesantes ni peligrosos. El perro de la casa de al lado de la de los Feldman olió a Nathan y se puso a seguirle la pista, por lo que tuvo que correr el resto del camino, al tiempo que trataba de determinar si el doctor Feldman y su Uzi le perseguían. Mientras corría atravesando el jardín delantero de los Feldman, a punto ya de entrar en el de sus vecinos, la toalla, por fin, se le deslizó de la cintura y cayó al suelo, y por poco no se le enredó en los pies; dejó para Chaya la tarea de explicar por qué estaba allí, y continuó desnudo el resto del camino.

Llegó a un costado del coche y dudó con una mano en la puerta. Los tres estaban dormidos, Felix E. y Tiger caídos a ambos lados del asiento de atrás, Buster tumbado a lo largo del asiento delantero. La radio sonaba muy baja e iluminaba con una luz verde los muslos de Buster. Roncaban con el vigor de niños, y Nathan sintió piedad por ellos y deseó que pudieran seguir durmiendo. Cuando se subiera al coche, comprendió, sus amigos querrían saber hasta dónde había llegado con Chaya; y cuando les enseñara la carta, querrían leer lo que le había escrito. Tenía miedo de que su contenido le pudiera avergonzar, así que buscó un sitio donde esconderla.

Al principio consideró la posibilidad de recuperar la toalla, pero le daba miedo volver sobre sus pasos, y en cualquier caso, si envolvía la carta con la toalla, formaría un bulto de lo más sospechoso. Luego paseó la vista por el jardín en que estaban aparcados, para ver si encontraba algún sitio en el que pudiera esconder la carta, pero solo distinguió la plateada superficie del césped, arbustos y luz de luna. Debajo de las ventanas delanteras de la casa de los vecinos había una pequeña hilera de arbustos, y trató de meter el sobre entre ellos, pero cualquiera lo vería desde un kilómetro de distancia, pues reflejaba la luz de la luna como un trozo de espejo, y lo volvió a recoger, mirando a su alrededor.

Justo cuando iba a darse por vencido y tratar de esconder la carta en algún sitio del coche de French, debajo de una esterilla, o incluso

en la guantera, distinguió un comedero de pájaros, a unos cinco metros de distancia, que colgaba de la rama baja de un arce joven. Tenía forma de casa transparente, con un techo de plástico en punta y paredes de cristal, y estaba medio lleno de alpiste. Nathan lo descolgó de la rama y le dio la vuelta, con las manos temblándole de miedo por lo inapropiado de su plan. Quitó la base de plástico del comedero y metió la carta dentro, enterrándola entre el alpiste. Cuando volvió a colgar la casita, la carta resultaba casi invisible, y regresó corriendo, con cierto aire de frialdad, hacia el gran LTD amarillo.

Sus amigos se despertaron en cuanto Nathan subió nuevamente al coche; estaban sobrios y avergonzados, y le daban constantes golpecitos en la cabeza. Querían saber qué le había pasado en la habitación de Chaya, y mientras conducían lentamente hacia casa, Nathan se inventó una historia, llena de complicados orgasmos y algunos fragmentos de diálogos sexuales en el poco hebreo que recordaba. Los otros chicos parecieron creerle por completo, aunque quedaron sorprendidos, si bien le echaron la culpa a la cerveza y a la agitación hormonal, cuando, a la mitad de su relato, de repente Nathan se echó a llorar, se interrumpió y dejó de decirles mentiras.

A la noche siguiente Nathan salió furtivamente de casa después de que su madre y Ed se hubieran ido a la cama. Anduvo media hora en bicicleta, a oscuras, con objeto de recuperar la carta de Jerusalén. No había luna, y unas sombras oscuras parecían surgir amenazadoramente cruzándose en su camino. Se detuvo delante de la casa de los Feldman y la contempló durante un momento, apoyado en el manillar de la bici. No había señal de la toalla que había dejado caer. Le dolió que Chaya ya no volviera a vivir en aquella casa nunca más, que se hubiera ido tan de repente. Sentía mucha curiosidad por leer lo que le había escrito, pero cuando llegó hasta el comedero de pájaros y lo abrió, una vez pasadas las dos rodadas que había dejado el LTD en la hierba, encontró que dentro no había nada más que alpiste. Los pelos de la nuca se le erizaron y se volvió instantáneamente, medio esperando ver a Chaya, con la carta en la mano, riéndose de él desde detrás de la cortina de la parte baja de la ventana de su dormitorio. Buscó con la vista por el césped, en la hilera

de arbustos, en las ramas del arce, pero la carta no aparecía por ninguna parte, y al cabo de unos cuantos minutos de intensa búsqueda volvió a subirse a la bicicleta y pedaleó hacia casa. Mientras estaba tumbado en la cama aquella noche, trató de imaginar qué podría contener la carta, qué declaración de amor, qué penas, qué absurdos, qué vergüenza, qué noticias del planeta de su infancia. Luego se durmió.

Un sábado, semanas después, Nathan y su padrastro estaban en la cocina entregados a una discusión mientras trataban de decidir si la ensalada de atún debería llevar pepinillos picados, según la abuela de Ed la había preparado siempre. Aquella discusión era meramente la última y puede que la menos importante de lo que se estaba convirtiendo en una descorazonadora rutina para Nathan y Ed, y aquel concreto intercambio de intransigencia educada había empezado a provocarle a Nathan dolor de estómago —no estaba dispuesto a capitular— cuando la señora Shapiro-Knipper entró en la cocina trayendo el correo.

—Dos cartas —dijo tendiéndole a Nathan dos sobres, uno de ellos tricolor, lo que hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Voy a poner pepinillos —dijo Ed—. Ya verás. Le dan un gran sabor.

Esta vez, aunque todo lo que a Ed le gustaba comer, desde ostras crudas a pizza con piña tropical y jamón, parecía tener un gran sabor, Nathan lo dejó pasar. Se levantó de la mesa de la cocina y llevó las dos cartas por el vestíbulo hasta su dormitorio. La segunda, en un sobre sencillo, era evidentemente de su padre, que anteriormente nunca le había escrito una carta a Nathan, y este permaneció largo rato sentado en su cama sin abrirla, pensando en los carteros, y en las cartas lacradas, y en los misterios del correo.

Suponía que el vecino había encontrado la carta de Chaya oculta en el comedero de pájaros antes de que él la pudiera recuperar, y se había decidido finalmente a pegarle un sello y mandársela. Como durante las semanas anteriores Nathan había decidido que estaba

enamorado de Chaya, y había estado muy ocupado construyendo en su imaginación todos los contrafuertes y torres y pendones necesarios, la sorpresa de la llegada de su carta, que él había dado por perdida, era un delicioso añadido a la estructura, por lo que retrasó todo lo que pudo el momento de abrir el sobre.

Querido Nathan:

A veces aquí hace mucho calor. Tengo más de mil novios. Me asusto si disparan un arma por la noche.

Me hiciste reír muchas veces en clase, lo recuerdo.

«Tómatelo con calma.»

Te quiere,

CHAYA

Quedó intensamente decepcionado. Aborrecía el hecho de que le hubiera hecho reír; y le molestaba, sin motivo, lo sabía, que todas las demás cosas —y eran muy pocas— que había escrito ella fueran hipotéticas y tan insustanciales como el planeta de los pájaros, o el matrimonio de sus padres, o el niño que crecía en el vientre de su madrastra. Volvió a guardar la carta en el sobre y la hizo pedazos.

Todavía se sentía mal cuando al fin se decidió a abrir la carta de su padre. Era una nota breve, escasamente legible, en una hoja de papel blanco. Después de unos comentarios jocosos sobre los Red Sox y las clases de kárate de Ricky, el padre de Nathan había escrito: «Tu madre me cuenta que has hecho nuevos amigos y que está un poco preocupada porque andas por ahí con los zapatos sin cordones. Ponte los cordones. No te enfades con nosotros, Nate. Ya sé que ahora todo parece diferente, pero tienes que acostumbrarte a ello. Siempre te querré igual que a cualquier nuevo Shapiro que llegue.»

—¿Nathan? —Su madre le llamó desde el otro lado de la puerta de su habitación—. Ven a comer.

—No me gusta la ensalada de atún con pepinillos —dijo Nathan, pero casi se había olvidado de la discusión, y se levantó para comer con su madre y Ed. Se secó rápidamente los ojos y gateó por la cama

para recoger la carta de su padre y los trozos de la carta de Chaya que estaban dispersos por ella. Cuando los guardaba cuidadosamente en la caja de puros Roi-Tan en la que conservaba sus recuerdos más importantes, se fijó en el extraño y bonito sello de correos en la esquina desgarrada del sobre tricolor y en el matasellos, impreso en una escritura extraña.

* Estilo musical que en un principio era patrimonio de grupos de aficionados que se reunían en garajes particulares, así como en fábricas abandonadas y lugares similares, y que se caracteriza por su vocinglera torquedad y su anticonvencionalismo, conocido también como *garage punk. (N. del T.)*

* En inglés, *big* significa «grande», y *nuts,* «nueces», así como también, en argot, «cojones». *(N. del T.)*

* *Beryl* significa «berilo», una variedad de la esmeralda. *(N. del T.)*



* *Sandpiper* es un ave marina a la que en algunas zonas costeras españolas llaman «lavandera». *(N. del T.)*

* *Dolphin* en inglés es «delfín» y «dorada». *(N. del T.)*

* En inglés, Eleanor se pronuncia como si tuviera tres sílabas. *(N. del T.)*

Michael Chabon, nacido en 1957, se convirtió en joven prodigio literario con sus primeros relatos publicados en la revista *The New Yorker* a mediados de los ochenta, antes de cumplir los treinta años. Poco después saboreó el éxito con su primera novela, *Los misterios de Pittsburgh*. Es también autor de las novelas *Chicos prodigiosos*, *Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay* (premio Pulitzer 2001) y *El sindicato de policía yiddish*, y de los libros de relatos *Un mundo modelo* y *Jóvenes hombres lobo*.

Título original: *A model world*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

ISBN: 978-84-397-2701-9

Conversión a formato digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice